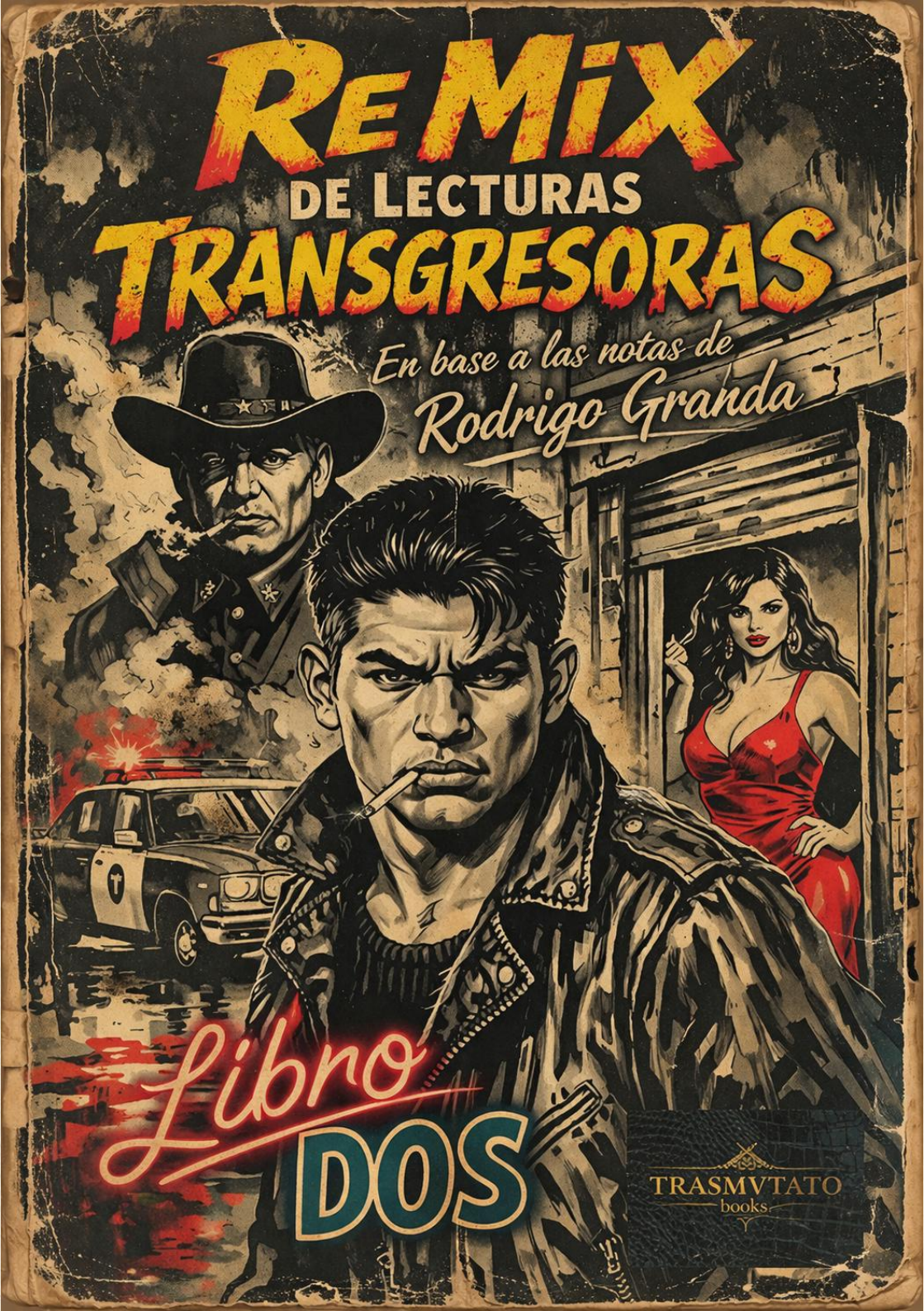
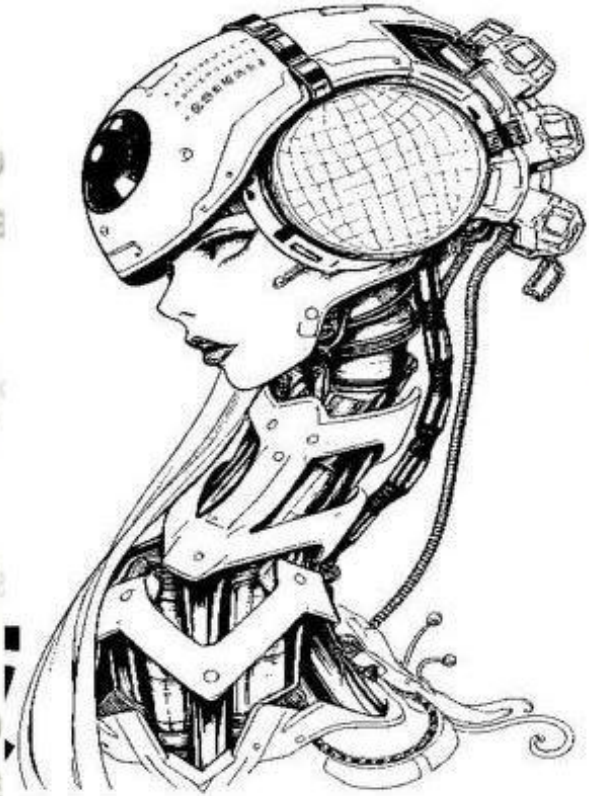
ReMiX
DE LECTURAS
TRANSGRESORAS

En base a las notas de
Rodrigo Granda



Libro DOS

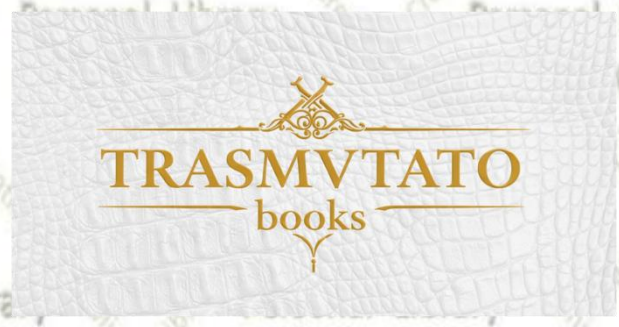
TRASMVTATO
books



Un archivo familiar renace.

Curado con amor por Sokoły Granda Ananeva, esta colección preserva la voz, las imágenes y el legado de Rodrigo Granda. La memoria se transforma en futuro.

“Lo que una vez se perdió, ahora respira de nuevo —a través de los ojos de una hija, la memoria regresa convertida en luz.”


TRASMVTATO
books

Re MiX de Lecturas Transgresoras, *en base a las notas de Rodrigo Granda.* Libro dos. Copyright © 2026 por el editor y los autores. Esta obra cuenta con una licencia internacional Creative Commons BY-NC-SA 4.0, lo cual significa que usted es libre de copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, así como de remezclar, transformar y crear a partir del material, siempre y cuando atribuya claramente la obra a los autores (pero no de una manera que sugiera que los autores o TRASMVTATO books respaldan a usted o su trabajo), no utilice esta obra para obtener ningún beneficio comercial de ninguna forma, y, para cualquier remezcla o transformación, distribuya su obra derivada bajo la misma licencia.

http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Publicado por primera vez en 2026 por **TRASMVTATO books**; Corporación Ciudad de México, Nueva Babilonia. https://archive.org/details/@rodrigo_granda887

ISBN-13: pendiente (impreso), ISBN-13: pendiente (PDF)

DOI: pendiente, LCCN: pendiente

La información de catalogación de la Biblioteca del Congreso está disponible en dicho sitio.

♀

Invocación del libro: la **Coven** que danza en los **Esbats Shaná** del tiempo expandido, **Me'uberet**, donde lo imperfectamente vivo revela su magia y transforma la inquietud en poder.

Re MiX de Lecturas Transgresoras

en base a las notas de Rodrigo Granda

Libro dos

Atribución-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

“Al César, cuya sombra y luz convocan el círculo.
Coven de 13, en Esbats Shaná Me’uberet: allí donde lo imperfecto se vuelve sagrado.”

PHANEINTHYMOS

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este libro contiene referencias explícitas a violencia institucional y policial, encierro correccional, consumo problemático de sustancias (incluyendo crack y alcohol), representaciones explícitas de relaciones sexuales de alto contenido erótico, abuso de poder, trauma psicológico profundo, intentos de suicidio, manipulación emocional, violencia doméstica, corrupción sistemática y escenarios de peligro extremo.

El tratamiento de estos temas responde a un ejercicio de memoria histórica, archivo personal y relectura crítica de las estructuras de poder en el México de finales del siglo XX. Su representación busca la honestidad narrativa, no la glorificación, y puede resultar perturbador para algunas personas.

Se recomienda una lectura atenta, consciente y situada en su contexto histórico y social.

Ø

ÍNDICE 🕯

Guía Inicial de Lectura:

Re MiX de Lecturas Transgresoras, Libro Dos

Prefacio:

Sobre la necesidad de los nombres y el derecho a perderlos

Biografía de los autores

Biografía del autor

Las Re Mezcladoras

Colectivo TRASMVTATO

Introducción
Cartografías de la identidad: entre la ley y la sombra

Volumen IV

Capítulo I
Bajo la cortina a media vida
El reencuentro con la banda de los muñecos diabólicos. 🕯 La noche como territorio de aprendizaje. 🕯 La primera lección: la calle no perdona, pero tampoco olvida.

Capítulo II
Vecindad de espejos rotos
Un cuarto, una llave, una foto de la madre. 🕯 Los códigos del barrio. 🕯 El oficio de abonero y el peso de una identidad funcional.

Volumen V

Capítulo III

La visita de la dama de humo

Dorian, el Thunderbird rojo y la mansión del señor Philippe Fabré-Palaprat. 🕯 Valeria, el sobre con lacre y la promesa de un viaje. 🕯 El regreso al peligro.

Capítulo IV

El peso de los nombres

La libreta negra de Don Luciano. 🕯 La fecha: 1 de mayo de 1776. 🕯 El enigma del ojo que todo lo ve. 🕯 La vecindad como archivo de vidas sin nombre.

Capítulo V

El galope de las sombras

La hacienda en las faldas del Popocatépetl. 🕯 Jennifer y la lección de los caballos: la vida se aprende llevándola, no dominándola. 🕯 La despedida de Valeria.

Capítulo VI

La noche de los volcanes

La oferta de Nastya. 🕯 La llave de la casa en la Condesa. 🕯 El poder como trampa simbólica. 🕯 El dilema entre la domesticación y la libertad.

Capítulo VII

La piel de la serpiente

El enfrentamiento en la cocina. 🕯 La confesión de Nastya. 🕯 El fin de la farsa y la elección de un camino propio.

Capítulo VIII
El último de la vieja escuela
El regreso a la casa de Don Luciano. 🕯 La revelación de su hijo, Rodrigo Luciano. 🕯 La confesión final: el crimen fundacional y la promesa de un padrino de AA. 🕯 La escritura como última trinchera.

Epilogo

Nota editorial Final Re MIX
Un comentario final sobre las intersecciones entre historia personal y colectiva, la violencia institucional y la construcción de una identidad a través de la memoria y la palabra.

Glosario

Guía de Personajes

Bibliografía general

TRASMVTATO
books

Guía Inicial de Lectura:

Re MiX de Lecturas Transgresoras, Libro Dos

1. ¿Qué es este libro?

Re MiX de Lecturas Transgresoras es una transcripción que se presenta como una novela-memoria, tejida a partir de las notas sin fecha de calendario de Rodrigo Granda. No es una autobiografía lineal ni una novela pasional o histórica convencional. Es un pastiche narrativo que combina:

- **La memoria personal:** la historia de Rodrigo, un joven que sale de la correccional para varones y se inserta en un mundo de supervivencia urbana, lealtades callejeras y relaciones complejas en el México de los años noventa.

- **El documento histórico:** enlaza eventos reales, personajes históricos y estructuras de poder (la masonería, la Dirección Federal de Seguridad, la Guerra Cristera, el Escuadrón 201) para construir un universo donde la historia flota como polvo.

- **La nota editorial:** cada capítulo está acompañado de una "Nota editorial Re MiX", que funciona como comentario metaliterario; analiza temas, que al final conecta con bibliografía real y aclara referencias, creando un diálogo entre ficción y análisis académico.

- **La estética pulp:** el estilo, el ritmo y las imágenes evocan deliberadamente las revistas de novelas ilustradas de los puestos de periódicos del Distrito Federal, con un lenguaje crudo, cinematográfico y lleno de jerga callejera.

2. Estructura de la obra

El libro está organizado en capítulos que alternan entre la narrativa de Rodrigo, los diálogos y las notas editoriales.

- **Introducción: *Cartografías de la identidad...*** Establece la tesis central: la identidad como una construcción frágil, en tensión entre la "ley" (el Estado que registra, clasifica y nombra) y la "sombra" (la vida callejera que sobrevive en los márgenes). Presenta al Comanche como figura emblemática de esta dualidad.

- **Capítulos I a VIII:** constituyen el cuerpo narrativo. Siguen la voz de Rodrigo desde su salida de la correccional, su integración al barrio, su relación con Diana y el Comanche, su vínculo con el misterioso "Viejo Kirk" y las hermanas Valeria y Nastya, hasta su confrontación final y el descubrimiento de un legado familiar inesperado.

- **Capítulo VIII (Nota editorial):** funciona como bisagra y es el más denso en términos históricos. Revela los orígenes del Comanche y de Don Luciano, conectando la historia personal con la historia breve de México (Guerra Cristera, Escuadrón 201, DFS).

- **Bibliografía general:** cierra el libro con referencias reales, subrayando que el uso de la ficción por parte de las curadoras de la obra se apoya en un andamiaje de investigación histórica, sociológica y cultural.

3. Personajes clave

- **Rodrigo Granda:** narrador original. Un joven que aprende a navegar entre la calle y las élites. Su identidad es múltiple y cambiante; su arco es el de la supervivencia, pero también el de la construcción de una memoria.

- **El Comanche:** figura paternal y mítica. Ex agente de la DFS, de origen incierto (indígena, recogido en un mercado), representa la "ley de la calle". Su identidad e historia se revelan de forma fragmentaria.

- **Don Luciano:** el "último de la vieja escuela". Veterano de la Guerra Cristera (del lado del gobierno) y del Escuadrón 201. Es memoria viva de la violencia institucional del México del siglo XX.

- **Valeria y Nastya:** hermanas de distinta madre. Valeria es la "loca", adicta al crack, con una relación obsesiva con Rodrigo. Nastya es calculadora, fría y ambiciosa, y busca manipularlo.

Diana, Jennifer, Dorian y el Loquillo: identidades en la vida de Rodrigo. Cada uno representa un aspecto de su mundo: la lealtad del barrio, la posibilidad de ascenso social, el pasado familiar y la amistad transgresora.

4. Temas principales

- **Identidad y nombre:** tema central. ¿Qué significa tener un nombre? ¿Quién lo otorga? ¿Es prisión o libertad? Los personajes construyen, cambian, heredan o roban sus nombres.

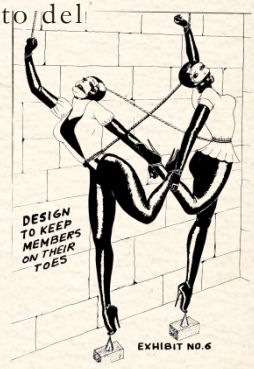
- **Ley vs. sombra:** el Estado (ley, registro civil) que pretende definir quiénes somos, frente a la vida callejera (sombra) que lo subvierte.

- **Memoria y archivo:** escribir es un acto de resistencia. La libreta negra de Don Luciano es un archivo secreto; las notas editoriales, un archivo académico.

- **Violencia institucional:** el libro deja al lector decidir si la violencia del Estado mexicano del siglo XX fue o no necesaria (Guerra Cristera, represión, DFS).

- **Sincretismo y ocultismo:** símbolos masónicos (Benito Juárez), esoterismo (**el ojo que todo lo ve**, estrella de Ishtar), cábala (**Merkabah**) y alquimia funcionan como lenguaje secreto que conecta tramas y personajes.

- **México de los noventa:** el TLC, la crisis, la caída del PRI, el surgimiento del crimen organizado y el narcotráfico como telón de fondo. Se sugiere también una pérdida progresiva de la riqueza del idioma y del pensamiento filosófico frente al empobrecimiento del lenguaje público.



5. Cómo leer este libro

- **Acepta la fragmentación:** no busca una cronología perfecta; se mueve entre tiempos y voces. Las notas editoriales son parte integral de la obra.

- **Presta atención a los símbolos:** el ojo, la pirámide, los nombres tachados, la fecha "1 de mayo de 1776", la casa número 1776. Son claves, no decoración.

- **Conéctate con la bibliografía:** no es adorno académico, sino el andamiaje real de la novela.

- **Disfruta el lenguaje:** conviven lo coloquial y lo culto; ese contraste es parte de su pulso.

- **No busques respuestas definitivas:** muchos misterios quedan abiertos. La identidad no se resuelve: se construye.

6. Referencias esenciales para entender el contexto

- **Benito Juárez y las Leyes de Reforma:** origen del control estatal sobre la identidad.

- **La masonería:** presente como estructura simbólica y de poder.

- **Guerra Cristera (1926–1929):** conflicto entre gobierno e Iglesia.

- **Escuadrón 201:** unidad mexicana en la Segunda Guerra Mundial.

- **Dirección Federal de Seguridad (DFS):** policía política, fundada en 1947.

- **El 1 de mayo de 1776:** fecha enigmática con múltiples interpretaciones (Illuminati, independencia de EE. UU.); en la novela, número de una casa clave.

7. Preguntas para guiar la lectura

- ¿Cómo se define Rodrigo? ¿Cómo lo definen los demás?

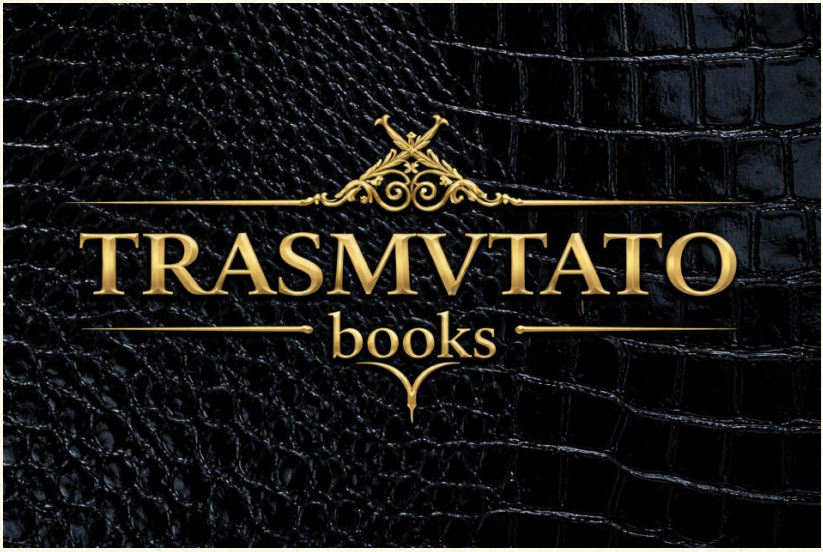
- ¿Qué representa el Comanche: mentor, padre o fantasma?

- ¿Qué papel juegan los otros en la construcción de su identidad?

- ¿Qué significan “ley” y “sombra” en el barrio y en la historia de México?

- ¿Cómo opera el esoterismo como lenguaje de poder?

- ¿La “Nota editorial” acerca o distancia la experiencia emocional?



Corolario

Re MiX de Lecturas Transgresoras, Libro Dos exige una lectura activa. No es un libro para consumirse, sino para descifrarse. Invita a sumergirse en un territorio donde las fronteras entre lo real y lo ficticio, lo académico y lo callejero, la ley y la sombra, se desdibujan con intención—como tinta que se niega a secarse del todo.

Prefacio:

Sobre la necesidad de los nombres y el derecho a perderlos

Este bulto de hojas de papel con tinta que tiene entre sus manos, comenzó como una conversación en un bar de mala muerte de la avenida Fray Servando Teresa de Mier, días después de la detención de Raúl Salinas de Gortari. No lo recuerdo con precisión —la memoria tiene la cortesía de desdibujar los bordes de las noches que importan—, pero sé que estábamos el Comanche, Diana, el Loquillo y yo. También sé que la conversación derivó hacia los nombres, como tantas veces en aquellos años.

Alguien dijo: «El que nace con nombre, muere con nombre. Pero nosotros nacimos sin él, así que no podemos morir». El Comanche, que ya había sido Juan, Santiago, Guillermo, Gerónimo, Pérez, Martínez y tantas otras combinaciones que nadie podía seguir, alzó la botella y sentenció: «Entonces estamos a salvo».

Lo dijo riendo. Pero en su risa había un fondo de verdad que a mí, que apenas empezaba a entender el oficio de la calle, me heló la sangre.

Porque el Comanche no estaba a salvo. Nadie lo está. Pero lo que él había entendido —y que yo tardaría años en comprender— es que la identidad no es un nombre escrito en un acta. Es lo que se hace con las horas que la vida regala, y también con las que roba. Es el mapa que se traza con los pasos, no el que entrega el Registro Civil. Es, sobre todo, la capacidad de seguir caminando cuando los papeles se queman, cuando los nombres se olvidan, cuando el Estado decide que uno ya no existe.

Este libro es un mapa de esos caminos.

No es una autobiografía, aunque esté escrito en primera persona. Tampoco es una novela, aunque use sus recursos. Es, si se quiere, un *re-mix* de lo que vi, de lo que me contaron, de lo que forma parte de mi historia personal y que, al lado de otras historias, permitirá a quienes lo lean imaginar lo que no se puede olvidar. Una mezcla de géneros, de tiempos, de voces que se superponen como las capas de carteles en las paredes de los barrios del Distrito Federal. Un archivo de sombras, como el que el Comanche llevaba en la cabeza sin necesidad de escribirlo.

La advertencia de don Luciano —*escribir es la única forma de no volverse como ellos*— me persiguió durante años antes de entenderla. ¿Cómo iba yo, que apenas había terminado la secundaria en una correccional, a escribir algo que valiera la pena? Pero don Luciano no hablaba de literatura. Hablaba de memoria. Hablaba de no dejar que los nombres se pudrieran en el olvido, como fruta en los mercados de cada barrio, sin olvidar los sobre-ruedas o Tianguis. Don Luciano hablaba de que quien cuenta lo que vio se apropia de lo vivido, y

quien calla termina siendo habitado por lo que no pudo decir.

Y, por supuesto: al ver la carencia de lenguaje y el mercado editorial saturado de una generación de escritores fantasma que venden su obra, terminé por convencerme de hacerlo.

Este libro es mi intento de no callar.

Es importante aclarar que no soy historiador ni periodista. No soy nada que pueda acreditarse con un título colgado en la pared de un despacho en Polanco o Interlomas. Soy un sobreviviente que aprendió, con los años, que la única forma de no repetir los errores es ponerlos en palabras, aunque esas palabras no alcancen para nombrar del todo lo que se vivió.

Hay cosas que no caben en un relato, lo sé. Pero también sé que sin relato no hay recuerdo, y sin recuerdo no hay futuro. Por eso, quienes hayan leído los textos anteriores podrán evaluar y completar la historia.

Este es un compendio de eventos en México. En particular, del Distrito Federal —ahora Ciudad de México— que ya no existe, pero que todavía late en las esquinas a las que no llegaron las aplanadoras de la modernidad. Sobre el México de los noventa: ese puente extraño entre el autoritarismo y la falsa democracia, donde todo parecía posible y nada estaba garantizado. Un país donde las identidades se compran y se venden como mercancía en los mercados, donde los nombres son moneda de cambio, donde la ley es una cortina de humo y la sombra la única certeza.

Y aunque falta desglosar las identidades que me han acompañado en la vida, en este escrito comenzamos con el Comanche —quien presumía haber nacido sin nombre en un mercado de Oaxaca—. El comanche supo que la identidad era manipulable, y esa fue su ventaja: utilizarla para no ser el centro de atención, sino el eje de los eventos. Por eso pudo moverse entre mundos que parecían incompatibles: el de los policías de a pie y el de los generales de la DFS; el de los comerciantes judíos de La Merced y el de los dueños de cabarets en la Obrera; el de las bandas de barrio y el de los intelectuales que frecuentaban las librerías del Centro.

Él no era de ningún lado, y por eso podía estar en todos. Ese don, que parecía una bendición, fue también su condena. Porque quien no pertenece a ningún lugar termina, a veces, sin tener a dónde volver.

Este texto es mi intento de devolver un lugar a las personas importantes en mi vida. No es lo que perdimos en forma física, sino lo que se construye con las palabras que dejamos. Porque, si algo aprendí de quienes cito, es que la memoria no es un acto individual: es colectiva, o no es. Es compartida, o se desvanece. Es un tejido que requiere de muchas manos para no deshacerse.

Las notas que dejé como Rodrigo Granda —ese nombre que nunca fue mío, pero que elegí para firmar lo que escribía— fueron el punto de partida de este *remix*. No soy yo quien habla aquí, o no solo yo. Habla él, hablan los que ya no están, hablan los que siguen caminando por esas calles que ya no son las mismas. Habla la ciudad, que se fue haciendo otra mientras nosotros tratábamos de sobrevivir en sus pliegues.

Habla, sobre todo, la necesidad de contar. De poner en orden lo que no tiene orden. De encontrar, entre tanto caos, un hilo que permita seguir avanzando.

Quienes me conocieron, no me conocieron de verdad. Algunos saben que no soy hombre de iglesias ni de templos. Pero, si algo parecido a la fe me queda, es la convicción de que las palabras pueden salvar lo que las armas destruyen. Que quien escribe resiste. Que quien narra sobrevive. Que quien archiva impide que la historia se escriba sin él.

Don Luciano, que había matado a su propio padre sin saberlo y cargó con ese secreto toda la vida, me dijo al despedirse: «Cuando se sienta perdido, cuando no sepa quién es, recuerde que usted no es el que encerraron. Usted no es al que le pegaron. Usted no es al que le hicieron. Usted es el que escribió esto».

No lo entendí del todo en ese momento. Pero ahora, al poner estas palabras al inicio del libro, creo que empiezo a comprender.

Escribir es un modo de habitar el mundo. No el único, pero quizás el más libre. Porque quien escribe puede ser muchos, puede cambiar de voz, puede transitar por los tiempos sin pedir permiso. Puede, como el Comanche, ser Juan y Santiago y Pérez y Martínez sin que nadie pueda reclamarle nada. Puede, como yo, ser Rodrigo Granda y también el otro: el que no tiene nombre, el que todavía está aprendiendo a ser.

Este libro no pretende ser la verdad absoluta. Es, como los viejos cabarets que recorría el Comanche en los cincuenta, un lugar de paso: un espacio donde las identidades se disuelven y se recomponen; donde los

muertos siguen hablando; donde los vivos se permiten ser lo que no se atreven a ser afuera.

Si algo de lo que aquí se narra les resuena, si alguna de estas páginas les devuelve un rostro, un olor, una calle que creían olvidada, entonces este texto habrá cumplido su propósito. Porque el propósito no es enseñar, sino recordar. No es convencer, sino acompañar. No es fijar una versión definitiva de los hechos, sino abrir un espacio para que otras voces puedan decir su parte.

El Comanche decía que la calle no perdona, pero tampoco olvida. Este libro es un intento de honrar ese olvido que es, también, una forma de memoria.

Ahora, si me permiten, los dejo con la historia —o con las historias—. Con ese río revuelto que corre por debajo de todas ellas, llevándose los nombres que nadie reclamó y trayendo otros que nadie pidió.

Que cada quien encuentre aquí lo que necesita. Yo ya encontré lo que buscaba: un lugar para que los que ya no están sigan estando. Un nombre que, aunque prestado, es mío. Una palabra que, aunque dicha por mí, pertenece a todos.

—Rodrigo Granda

Desde la noosfera, donde el tiempo no se mide en cifras.

TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

Biografía del autor

Rodrigo Granda nació en la Ciudad de México en algún punto de la década de 1970, cuando el Distrito Federal todavía se escribía como D.F. y la gente se nombraba a sí misma, en las vecindades, como defeños. Creció entre los barrios de La Merced, la Moctezuma, el Deportivo Oceanía y las canchas de tierra alrededor del canal del desagüe, donde aprendió que la identidad es una moneda que se cambia a cada rato y que la lealtad vale más que cualquier título.

Su vida ha sido un ejercicio constante de traducción: entre el barrio *vs.* los hábitats de lujo y confort de las zonas Pirruris. Fue así que, en una casa neocolonial de la colonia Del Valle, entre las palabras de los libros que le prestó el Viejo Kirk y las claves que aprendió en la correccional, a terminar de formar su carácter.

Ha sido un mal aprendiz de muchas cosas, lector a destiempo y, sobre todo, archivero de historias que nadie más quería contar, ya fuera por miedo o por no considerarlas parte de ningún evento "importante".

Re MiX de Lecturas Transgresoras surge de sus descarriadas y originales notas personales: un intento por poner en orden el desorden de una memoria que mezcla la historia oficial con los rumores de cabaret, los expedientes de la Dirección Federal de Seguridad con las letras de las canciones de la época, que funcionan como su propia música incidental.

Escribir, para Granda, es la única forma de no volverse como ellos.

Actualmente vive en la noosfera, donde sigue tomando café, hace sus notas y tripula una Merkabah. No tiene un nombre fijo, pero responde a casi todos.

Las Re Mezcladoras
Colectivo TRASMVTATO

Somos un archivo en movimiento. Un *coven* de lectoras, editoras y grafómanas que encontró en las notas de Rodrigo Granda un mapa para habitar los pliegues de la breve memoria mexicana. TRASMVTATO no publica libros: **remezcla** documentos. Tomamos los expedientes de la DFS, las fotonovelas de la calle, los tratados de filosofía griega, los versos de Charles Bukowski, y los ponemos a dialogar en un mismo plato.

Nuestro método es el del DJ: samplear, cortar, pegar, encontrar el ritmo donde otros solo ven ruido. Nuestro compromiso es con las historias que la historia oficial prefiere olvidar. Creemos que la identidad no se registra en un acta: se construye en la esquina, se negocia en la cama, se escribe en las páginas que nadie va a leer hasta dentro de cincuenta años.

Este libro es el segundo de una serie que nació de una pregunta: ¿qué pasa cuando la ley escribe un nombre y la calle lo borra con polvo?

Las voces de esta remezcla son:

• **La archivista**: la que encontró la libreta negra entre las pertenencias de un viejo agente operativo.

• **La DJ sentimental**: la que insiste en que las canciones de José José explican mejor el desamor que cualquier tratado de psicología.

• **La lectora de griego**: la que susurró al oído de Rodrigo que *areté* y *eudaimonía* son conceptos que florecen incluso en el barrio más duro.

• **La de los pies en la tierra**: la que nunca se olvida de poner direcciones, fechas y nombres de calles, porque sin geografía no hay memoria.

Operamos bajo la filosofía del *copyleft*: esto es tuyo, es nuestro, es de quien lo necesite. Puedes copiarlo, mezclarlo, transformarlo, pero nunca venderlo. Y si lo intentas vender, la fraternidad te buscará para disolverte. Así que, si lo compartes, que sea con la misma libertad con la que lo hicimos nosotras.

Este libro fue escrito en las madrugadas de la Ciudad de México, en un departamento (número 1776) sobre la avenida de los Insurgentes, mientras afuera los volcanes humeaban y la ciudad aprendía a ser otra.

Para saber más (y menos) sobre nosotras:

@... no te preocupes, nosotras te buscaremos. Y será la sorpresa más agradable de tu vida.

Nota adicional

“Este libro no se lee: se escucha. Como un disco rayado en una tornamesa de fayuca. Como la voz de Ray el Rata intentando enamorarte en la penumbra de un bar, para después narcotizarte, sodomizarte y robarte. Como el galope de un caballo que sabía quién eras antes de que tú lo supieras.”

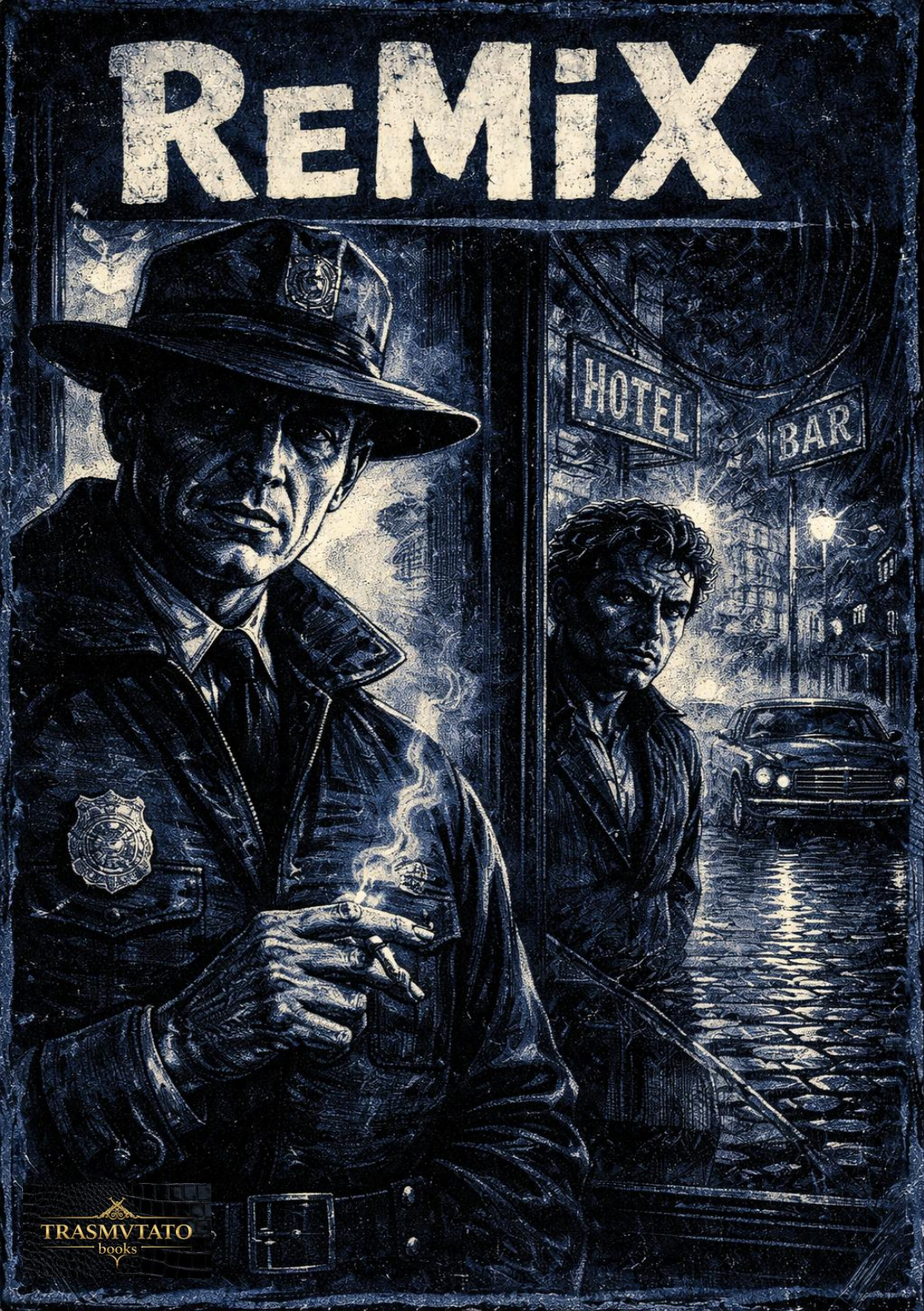
TRASMVTATO
books

Re MiX de Lecturas Transgresoras

En base a las notas de Rodrigo Granda

Libro dos

REMIX



TRASMVTATO
books

Introducción

Cartografías de la identidad: entre la ley y la sombra

El 28 de julio de 1859, en el puerto de Veracruz, Benito Juárez promulgó la Ley Orgánica del Registro Civil, un acto fundacional mediante el cual el Estado asumió, por primera vez de manera absoluta, la potestad de definir la identidad legal de sus ciudadanos. Aquella decisión, piedra angular de las Leyes de Reforma, no fue solo administrativa: fue filosófica, casi ontológica. Nombrar, registrar, clasificar... domesticar la existencia.

Juárez, iniciado en la masonería el 15 de enero de 1847 en la Ciudad de México, ingresó en la Respetable Logia Simbólica Independencia No. 2 del Rito Nacional Mexicano, una corriente concebida no como eco de Europa, sino como una voz propia, afinada a las tensiones de un país en construcción. Este rito surgió deliberadamente al margen de influencias como el Rito Escocés o el Rito de York, y, por extensión, fuera del reconocimiento de la Gran Logia Unida de Inglaterra, cuyos principios de "regularidad" nunca abrazaron del todo las particularidades políticas, culturales y lingüísticas de México.

Así, mientras el Estado escribía nombres con tinta oficial, la calle los borraba con polvo.

Ese pulso —entre la institución que fija y la vida que desborda— encuentra un eco inesperado en una figura del siglo XX: el Comanche. Un espectro urbano que, como Juárez fue llamado "El Indio de Guelatao", aunque también acumuló nombres sin pertenecer a ninguno. Pero a diferencia del estadista, su identidad no fue elevada: fue fragmentada.

Nadie sabía con certeza cómo se llamaba.

Su fe de bautizo, manuscrita y sellada con lacre en una congregación de San Simón Zahuatlán, no coincidía con su acta de nacimiento mecanografiada, plagada de errores y apellidos comunes que se repetían como ecos sin origen. Juan, decían algunos. Santiago, insistían otros. La historia más persistente narraba que fue recogido en un mercado de Oaxaca por una mujer que trabajaba como nana para una familia judía, al verlo consumido por el hambre, como si la vida misma lo hubiera arrojado a una prueba silenciosa: existir sin pertenecer.

En el México de 1950 —ese teatro dorado donde el cine nacional santificaba la pobreza—, la miseria podía parecer virtud en pantalla, pero en la realidad era un archivo sin nombre. Para la Dirección Federal de Seguridad, el Comanche no era un hombre: era un síntoma. Un elemento incómodo, útil y prescindible. Su origen indígena se convirtió en herramienta de desprecio, cuestionando su legitimidad como sujeto dentro de un sistema heredero de las jerarquías virreinales.

Y, sin embargo, sobrevivía.

El comanche obedecía órdenes de generales que

transitaban entre oficinas como la de Información Política y Social, pero nunca perteneció a ninguna doctrina. No era masón, ni liberal, ni devoto. Tampoco nacionalista. Admiraba, de forma casi herética, a Maximiliano de Habsburgo, figura central de la Segunda Intervención Francesa en México, como si en ese imperio fallido encontrara una forma alternativa de orden, una nostalgia de algo que nunca fue suyo.

Su verdadera escuela no fue ideológica, sino territorial.

Llegó a La Merced, donde el caos no se estudia: se respira. A inicios del siglo XX, ese barrio se transformó en refugio de comunidades judías provenientes del antiguo Imperio Otomano y Europa del Este. En vecindades donde un solo cuarto contenía mundos enteros, se hablaba ladino y yidis, se respetaban dietas kosher, y las celebraciones —como el Bar Mitzvá— se desbordaban hacia patios compartidos, donde la intimidad se volvía colectiva.

Allí, entre telas, voces y deudas, el Comanche aprendió a existir.

Un comerciante judío —hábil, discreto, quirúrgico— le ofreció lo que el Estado le había negado: una identidad funcional. No hubo preguntas, solo transacción. A partir de un acta de nacimiento olvidada en el vientre de un hermoso portafolio Gail Leather Products —pieza de lujo, curtida en pieles exóticas y silencios caros— comenzó a latir otra vida.

El portafolio había cambiado de manos como cambian los secretos: rápido, sucio, sin rastro. Comprado en 150 pesos, revendido en 350, terminó entregándole al Comanche un obsequio más valioso que

el dinero: un nombre común. Invisible. Intercambiable. Un fantasma con papeles.

La Merced respiraba caos. Un laberinto de barracas de madera y lámina, torcidas, vivas, donde el orden era una ficción y la huida, un arte. Entre gritos, sudor y mercancía apilada, los ladrones que danzaban con manos ligeras, arrancando billeteras, plumas, bolsos, portafolios, cadenas, esclavas y relojes sin perturbar el ritmo del tumulto. Nadie veía. Nadie quería ver. Allí, la delincuencia no era excepción, sino lenguaje: la gramática áspera de la supervivencia.

El miedo lo cubría todo como una segunda piel. Comerciantes y transeúntes aprendían a no intervenir, a no mirar de frente, a no recordar. De ese miedo nació la venta del portafolio. Y del portafolio, los papeles.

Papeles destinados a la degradación más banal, a disolverse en la humedad de un uso olvidable... salvo uno.

Porque esa acta de nacimiento no limpió suciedad.

Limpió a un hombre.

Perfecto para desaparecer. Perfecto para infiltrarse.

Bajo la guía de su mentor, se convirtió en abonero, recorriendo calles con mercancías y aprendiendo el lenguaje del crédito informal. Trabajó en la calle de Jesús María, entre boneterías y sastrerías, absorbiendo la lógica económica desde abajo. Incluso se convirtió en uno de los primeros ahorradores del Banco Mercantil de México, aunque siempre permaneció al margen de la vida religiosa comunitaria.

Nunca aprendió yidis. Nunca entró del todo.

Era un huésped de todas las identidades. Dueño de ninguna.

La década de 1950 trajo consigo un evento que lo cambiaría todo: el asalto a una sucursal del Banco de Comercio en el Centro Histórico, donde fueron sustraídos aproximadamente 1.5 millones de pesos. Un golpe quirúrgico, casi cinematográfico. Mientras las autoridades colapsaban en su propia burocracia, el Comanche hizo lo único que sabía hacer: observar.

Siguió a dos hombres ebrios que derrochaban dinero en los cabarets de la ciudad.

Durante tres noches, los rastreó por el mapa nocturno: desde Corregidora hasta Mesones, de Izazaga a Topacio. Cabarets como el Clave Azul, el Macao o el Molino Rojo no eran solo centros de entretenimiento; eran templos donde el deseo se monetizaba y la identidad se disolvía entre luces y humo. La figura de las ficheras —mujeres que intercambiaban compañía por fichas— sintetizaba esa economía simbólica del afecto.

El recorrido terminó en La Rata Muerta.

Allí, en ese punto donde la decadencia rozaba lo mítico, el Comanche actuó. Contactó a un general de la Dirección Federal de Seguridad, quien le debía favores por antiguas gestiones en el mercado negro. Gracias a un descuido de los ladrones —invitar fichas a todo el local— se pudieron rastrear los números de serie del dinero.

Ese instante selló su destino.

De la sombra pasó al uniforme.

Recomendado por el general, ingresó a la Policía de Pie, donde el conocimiento del territorio valía más que cualquier formación académica. Así comenzó la carrera de Juan Pérez Martínez —el nombre más común, el más invisible— alias el Comanche.

Lo conocí el primer día de secundaria.

Y desde entonces entendí algo:

hay hombres que nacen con nombre,

y otros que lo construyen

como quien roba fuego en la noche

Este libro es el mapa de ese robo. La crónica de una identidad que no se recibe por herencia, sino que se forja en los márgenes, entre la ley que nombra y la sombra que desdibuja. Es la historia de un aprendiz que se convierte en archivero de los secretos que otros quisieran enterrar. Es, sobre todo, un intento de responder a la pregunta que atraviesa estas páginas como un fantasma:

¿Quién soy cuando nadie me está mirando?

La respuesta, como advertirá el lector, no está en el acta de nacimiento. Tampoco en el nombre que se compro en La Merced. Está en los gestos que nos salvan: una mano que nos levanta del suelo, una palabra que nos devuelve a nosotros mismos, una página en la que escribimos lo que no podemos decir en voz alta.

Este libro es mi página. Y también, de algún modo, la de todos los que han tenido que construirse desde el silencio.

Re Mix:

EDITORIAL · NARRATIVA URBANA

CRÓNICA: El Comanche

Narrativa · México, siglo XX

NOTA EDITORIAL

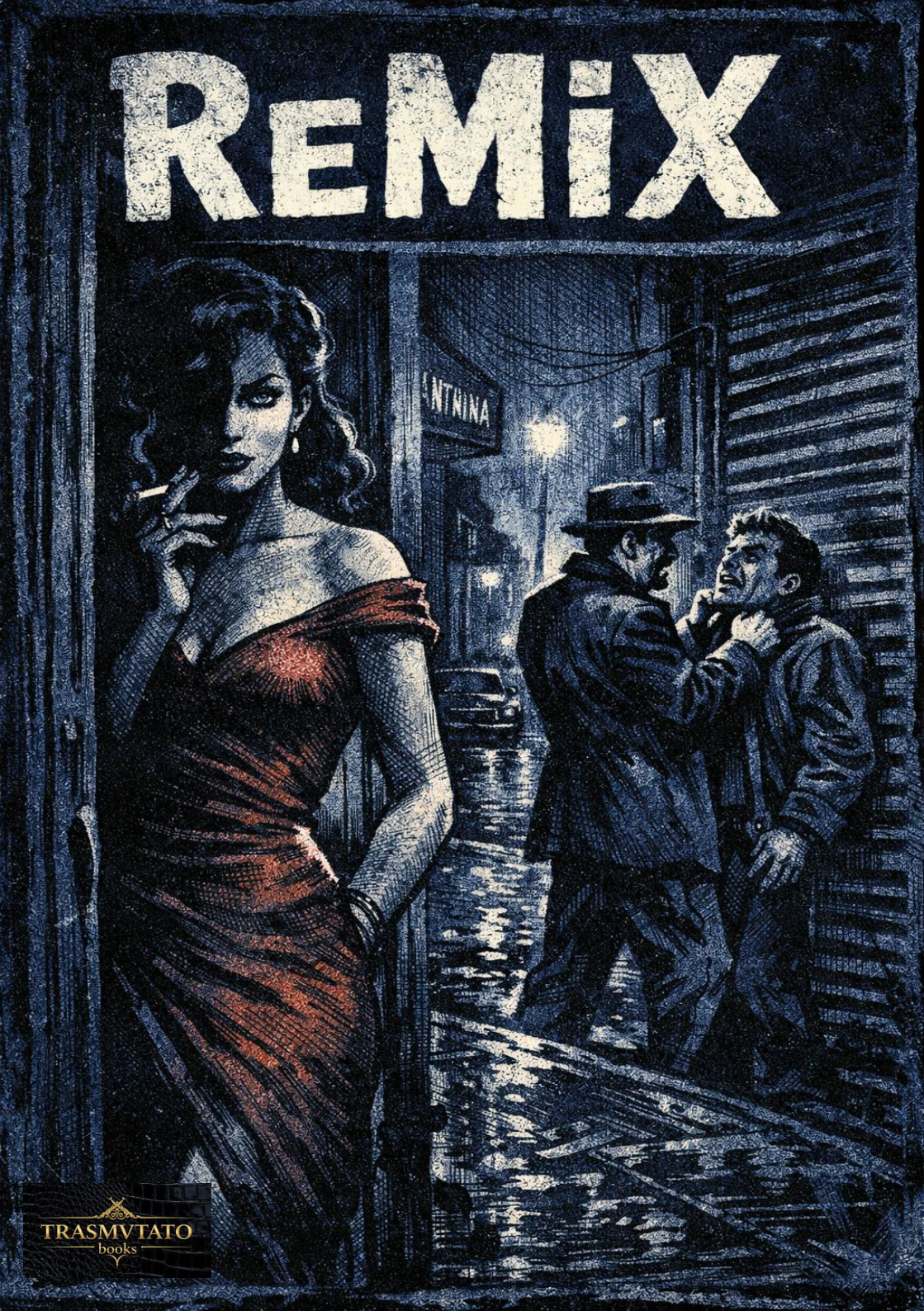
Hay hombres que nacen con nombre. Otros lo construyen en la oscuridad, acta por acta, calle por calle. *El Comanche* era de los segundos.

"¿Quién soy cuando nadie me está mirando?"
Esta es la pregunta que atraviesa cada página como un fantasma sin acta de nacimiento.

Desde los portales de La Merced hasta los cabarets de Izazaga, esta crónica reconstruye la vida de un hombre sin archivo: sin fe de bautismo válida, sin origen fijo, sin doctrina. Un infiltrado que aprendió el idioma del crédito informal, de los números de serie y del silencio útil.

Re Mix publica esta historia porque sabemos que los márgenes también tienen literatura. Y que la identidad, a veces, se consigue en 150 pesos y se revende en 350.

ReMiX



TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

Capítulo I

“Bajo la cortina a media vida”

En el libro anterior les había contado que, al salir de la correccional, me fui directo al barrio a buscar a la banda de los Muñecos Diabólicos.

No había mucho que pensar: o regresabas al origen… o te tragaba el silencio.

Al llegar al local donde se reunían las vestidas para matar, la cortina estaba a la mitad, como si dudara entre dejarte pasar o escupirte de regreso a la calle. Pero adentro no había duda: la música tronaba a todo volumen, el humo del cigarro se enredaba con las risas burlonas, los alocados gritos, la vida misma latiendo sin permiso.

Pegué con fuerza en la cortina.

—¡Pasa! —gritaron desde adentro.

Levanté la lámina oxidada.

Y ahí estaban.

Diana… impactante, brutal, hermosa. Con el cabello hasta la cintura, cortándole el pelo al Comanche como si fuera un ritual. En ese instante me cayó el veinte: mi vida, a pesar de todo el desmadre, tenía una facilidad rara. Como si los errores —esos que te tumban— también te empujaran hacia donde tenías que estar.

Si hubiera salido por la escalera correcta... no estaría ahí, frente a los dos arcángeles que me sostuvieron cuando todo se iba al carajo: primero en el tutelar, luego en la correccional.

Me serví una caguama bien fría en un vaso de vidrio robado de un hotel llamado Playa Internacional. La espuma bajaba como si limpiara el pasado. Diana le bajó al estéreo AIWA de fayuca para que el Comanche pudiera hablar.

—Ahijado... ¡qué puto chingado gusto verte, libretas! —dijo, con esa alegría que no se finge—. Hay que celebrar. Deja que estas pinches pirujas generen, y tú te vienes conmigo y el Loquillo a cobrar la cuota. Es viernes de quincena... y mi vieja está chingando que quiere sala nueva.

—¡A la orden, mi Comanche! —le respondí, con emoción.

—Tu vieja, la Diana, ya juntó un cambio para rentarte un cuarto... aunque yo preferiría que te vinieras conmigo a la vecindad.

—Lo que usted ordene.

—¿Tú qué opinas, Diana?

—Se hará lo que usted diga, comandante. Si usted ordena que mi hombre esté bajo su cuidado... así será.

—Así me gusta, mi niña. Pero como no quiero verte triste... también te vienes tú.

Diana sonrió. Sabía que ese "también" era destino.

Seguí tomando. Agarré un cigarro de un bote negro que decía John Player Special; otro de los objetos de contrabando del viejo Kirk. Esperé a que Diana sacudiera el cabello canoso del Comanche mientras el Loquillo estacionaba el New Yorker dorado, nave personal del jefe.

—Bueno, mija... ¿no le vas a dar un beso a tu Romeo? Si quieren me volteo para no hacer mal tercio, cabrones... —dijo el Comanche, girándose... no para respetar, sino para meterse un pericazo.

—Te extrañé mucho —me dijo Diana, abrazándome, besándome leve—. Ten cuidado. Ya no confío en el Loquillo.

—Yo tampoco... pero no quiero pedos con el Comanche.

—¡Ya, basta de miel! Luego te la coges —dijo, subiéndole el volumen al estéreo que le había vendido a Diana en pagos.

La música volvió a reventar, mientras el Comanche bailaba como Piporro:

A todos los bailes no puede faltar...

—¡Órale, vámonos! —ordenó.

Sacó un billete nuevo de cien pesos y se lo metió a Diana entre sus renovados implantes de silicona. Ella lo sacó y me lo puso en la mano. Era la primera vez que veía uno: el busto de Plutarco Elías Calles, el Banco de México al fondo; un dibujo que representaba

al estado de Sonora y un venado en el reverso. Dinero nuevo, vida vieja. Aunque, en ese momento, sentí que el venado me miraba.

El Loquillo confirmó la salida por radio, usando claves en alfabeto aeronáutico. Una Julia y un Dart K, con sus pistoleros uniformados, nos seguían. Yo me senté atrás, con el Comanche.

—A ver, ahijado, póngase verga. Este es su examen para dejar de ser aprendiz. Se baja donde yo le diga. Usted nada más dice que viene por la cuota. Le van a dar un sobre amarillo. Con esta misión va a conocer la chamba que hace el Loquillo. El Loquillo se va a la judicial con su propio grupo: a perseguir mulas, dueños de discotecas que venden material para los fresas y padrotes de niñas ricachonas en Las Lomas.

—Vámonos riendo entonces.

Y nos fuimos riendo.

La noche de los noventa en Fray Servando era un mapa de sudor, luces baratas y supervivencia. Paramos en La Chaqueta, luego en La Metralleta, después en La Víbora... puro templo de lo informal, donde la vida valía lo que una ficha y una canción en la sinfonola.

Después jalamos al Barba Azul, en la Obrera, reliquia viva de otra época. Pero el hambre y la sed pegaban, así que fuimos a El Patio. Otro mundo: cena-show, artistas internacionales; el punto de transición entre asustar borrachos pestilentes de cabarets de mala muerte y tratar con respeto al *jet set* que acudía, por aquellos días, a los *table dance*. Mientras cenábamos, sonaba a un par de metros José José en vivo:

Que anduve por ahí, de bar en bar...

El Comanche fue llamado a la mesa del viejo Kirk. Nadie podía acercarse. Ahí estaba de espaldas don Rodrigo Luciano (mi futuro padrino de AA), el Guacho y una hermosa mujer eslava vestida como diva de Hollywood.

Yo me dejé caer en la música... hasta que sentí la mano del Comanche en el hombro, justo cuando saludaba de mano a José José mientras los presentes le regalaban una lluvia de aplausos.

Señal de salida.

Había caído un pitazo: una célula del PROCUP planeaba un atentado. La mafia atolondrada de la autollamada guerrilla urbana: bombas hechizas, delirios de revolución reciclada. Lo mismo de siempre, pero más chafa: ideología vieja con manos torpes.

Se sentían con fuerza por la deserción del ala cardenista del PRI; pero al Partido Oficial lo fundó el ejército constitucionalista, así que a los civiles que no querían ser parte del sistema había que darles migajas... o hacerles creer que mandaban.

El Comanche ya conocía ese tipo de parásitos. En el 86, con un grupo de militares entrenados en la Escuela de las Américas, había desactivado un coche bomba de quince kilos. Sabía que los adictos no sirven para el sabotaje: hablan de más, fallan peor.

Uno de esos terroristas de cartón amenazaba con quitarse la vida en la catedral de Notre Dame, como

Antonieta Rivas Mercado, o con poner un explosivo cuando pasara el presidente. Puras historias de borrachos.

Los dos juniors pendejos por los que entraron, "Roberto" y "Tania", presumían ser revolucionarios en los bares bajo control de la fraternidad. Un mesero los grabó con una Sony de reportero que el viejo Kirk había conseguido en su último *shopping* en Japón. Se les cayó el teatro: su puesta en escena, más falsa que un *goyim* haciéndose pasar por judío.

Los drogos querían jugar a la revolución, sentirse el Che Guevara o el profesor Lucio Cabañas. Apenas podían sostenerse de pie de tanta marihuana y ron de caña. No hubo necesidad de violencia extrema, aunque las libretas con sus apuntes marxistas y fotocopias de volantes subversivos quedaron como evidencia.

Dicen que, si el Comanche hubiera intervenido desbaratando a todos los rojos desde Guerrero hasta Chiapas antes del 94... otra historia sería. Pero ya se veía que era mejor dejarlos actuar y revelar el velo de sus ambiciones.

Pero eso ya es otro capítulo.

Días después, el Loquillo me contó todo entre tragos de Bacardí:

—Pinche Roy, te perdiste la mejor película de acción del cine de ficheras. Ni los Almada le hubieran dado una actuación de ese nivel a Cinematográfica Calderón.

—Sí, pero Televisa no dijo nada.

—Hay cosas que no se cuentan... hasta que se enfría el pedo.

—Ojalá y un día hagan una película con todas las pendejadas que vemos todos los días.

—Roy, ya te vi haciendo cola en el Palacio Chino para el estreno.

—Con que la veamos con toda la banda de los muñecos diabólicos en el cine Piscis, es más que suficiente.

Reímos, como en los días en que caían los goles en la portería del equipo rival en la correccional. Horas después lo acompañé a una casa de citas para brindar con una botella de Chivas Regal, como si fuéramos dueños del destino y de aquel par de eslavas políglotas recién llegadas.

En ese rincón del mundo, entre humo, alcohol y memorias de un par de adolescentes descarriados, entendí algo: la calle no perdona... pero tampoco olvida.

Para no olvidar ese momento, me puse de pie, mirando a Loquillo entre ese par de hermosas mujeres que lo agraciaban:

—Como diría cualquier borracho pendejo, robándose unas líneas de Charles Bukowski... *Encuentra lo que amas... y deja que te mate.*

TRASMVTATO
books

Nota editorial Re Mix

Este capítulo forma parte de un archivo intervenido.

Lo que aquí se narra no responde a una cronología confiable ni a una verificación institucional de los hechos. Ha sido ensamblado a partir de fragmentos: libretas sin fecha, recuerdos contaminados por el tiempo, voces que se superponen y versiones de los testigos consultados, que se contradicen entre sí.

En Re MiX de Lecturas Transgresoras entendemos la memoria como un territorio en disputa. Por ello, este texto no busca fijar una verdad, sino exponer sus fisuras.

Algunos nombres han sido alterados. Otros han sido conservados como un acto deliberado de provocación o de homenaje. Las escenas pueden haber ocurrido como se cuentan... o como alguien necesitaba recordarlas para poder seguir viviendo.

Las referencias a hechos políticos, organizaciones o figuras públicas deben leerse como parte del paisaje narrativo de una época donde la frontera entre la realidad y la ficción operativa era, en el mejor de los casos, difusa.

Este capítulo ha sido remezclado bajo los principios del colectivo TRASMVTATO: cortar, desplazar, superponer. No corregimos la memoria; la amplificamos.

Si encuentra inconsistencias, contradicciones o vacíos, considérelos parte esencial del documento.

Porque en este archivo, lo que falta también dice.

—Las Re Mezcladoras

Colectivo TRASMVTATO

TRASMVTATO
books

Capítulo II —
Vecindad de Espejos Rotos
LED ZEPPELIN
TRASMVTATO
books

CAPÍTULO II

«Vecindad de espejos rotos»

Llegué con dos bolsas de plástico negro y una caja de cartón donde decía RCA Victor en letras deslavadas. Dentro, mi vida: unos jeans, tres camisetas de Led Zeppelin, un cuaderno con las pastas rotas, una foto de mi madre que ya olía a humedad, y un silbato de árbitro que me había robado en la correccional. No llevaba nada que valiera la pena robar, pero en la vecindad del Comanche —cercana al canal del desagüe— eso no te eximía de que te checaran para ver si venías de cana. El barrio tenía su propio código: si traías las manos vacías, te las llenaban de algún encargo, fuera lícito o ilícito.

El Comanche me había platicado, mientras regresábamos de dejar al Loquillo en la casa del Viejo Kirk, que la vecindad estaba atrás del mercado, por la calle donde terminaba la secundaria, donde los olores se mezclaban hasta volverse uno solo: el aroma a chile de los guisados caseros, la grasa del taller mecánico de al lado, la humedad de casas viejas hechas de adobe sin cimentación —a punto de caer desde el terremoto de 1985—, el thinner y el PVC de los monosos. Un aroma que por años a un depredador como yo se graba de las recámaras de las "bellas de noche", que emanan una extraña combinación entre alcohol, sexo y lociones de catálogo. Y al final de la calle ese tufo dulzón que dejaban las bodegas de fruta podrida para una fábrica de jugos.

El New Yorker dorado se quedó a una cuadra; el Comanche no quería llamar la atención, quería esperar la mudanza de la tienda de La Lagunilla —*El Mueble Perfecto*— con la sala nueva estilo Luis XV para su esposa. Aunque un carro así en esas calles era como una virgen de oro en un tianguis: tarde o temprano te la piden prestada para una boda o unos quince años.

—Te dejo aquí, ahijado —dijo, sin bajarse del asiento, con la mano en el volante y la mirada puesta en el retrovisor—. La Diana ya mandó a arreglar tu cuarto con mi tía Chuy. Es un cuarto chiquito, pero con baño para que tengas más privacidad; ella te dará la llave. Eso sí: dile a tu vieja que tiene que pagar puntual, porque aquí la palabra vale más que cualquier puto papel. Aunque no creo que el dinero sea problema para ella; trae un cliente que la cuida como si fueran a casarse y tener un bebé.

—Sí, mi Comanche.

—Y otra cosa... —se volteó a verme, y por un segundo su cara no fue la del comandante, sino la del hombre que me había enseñado a leer el mapa de las calles—. No le debas a nadie. Ni dinero, ni favores. Aquí la deuda es más pesada que un cadáver. El único que da órdenes saliendo de la vecindad soy yo, y adentro, mi tía. Ya después te dejo un radio localizador para que me marques de un teléfono público al celular que trae mi "Niu-Yórker".

El Comanche apretó el acelerador como piloto de carreras y se fue, dejándome con las bolsas y la caja en medio de la banqueta. Me quedé viendo cómo "la mamila de oro" —apodo del carro— se perdía entre las calles y el sol de un nuevo día. El final de la noche en

los barrios del Distrito Federal tiene horario; es una costumbre que se hereda.

Subí por un pasillo angosto, de esos donde dos personas no caben si una no se pega a la pared. Las paredes estaban pintadas de un azul que alguna vez fue alegre, pero que ahora parecía moretón. Cada puerta tenía su historia: un número escrito con plumón, un alambre que hacía de cerradura, una cortina de tiras de plástico que se movía con el viento como si respirara. En una, un radio prendido con música Salsa; en otra, el llanto de un niño que nadie consolaba; en otra, el silencio más denso, ese que te hace saber que adentro hay alguien que no quiere ser escuchado. Claro, sin olvidar las peleas de matrimonios, desde los recién casados hasta los de bodas de oro.

El cuarto era el último del pasillo, casi en el fondo. La puerta tenía dos chapas: una de esas baratas que se abren deslizando una radiografía por el marco, y otra de metal oxidado, más antigua, como si antes hubiera servido para otra cosa. Doña Chuy me estaba esperando con una cubeta de agua y un trapo. En el piso había varias cajas; la de arriba estaba abierta y tenía zapatillas de plataforma, lo que me hizo pensar que eran de Diana.

—Ya sé que esto no es el Hotel del Prado —dijo, mientras me pasaba el trapo como si me estuviera entregando un mandato—, pero es tuyo por quinientos nuevos pesos al mes. La loca de Diana ya pagó el primero y el segundo mes. Aquí no hay lujos, pero hay respeto. Pinche **Rambo** si te pones pendejo, te saco yo misma, con el Comanche o sin él. Aprovecha: es el único cuarto de este lado que tiene baño con boiler. El tanque de gas está a la mitad; es mío, pero te lo presto

porque el cabrón de mi sobrino te aprecia más que al puto de su hijo.

Le di las gracias y entré.

El cuarto medía lo que una habitación de casa rica, así como la de los abuelos de Tini, pero con todos los servicios dentro: una cama matrimonial con un colchón que había visto mejores décadas, un buró de madera con las patas disparejas, un clavo en la pared para colgar la ropa, una ventana que daba al pasillo de servicio y otra que daba a la vía del tren que llegaba a la fábrica Ánfora, un baño donde se lavaba la ropa en pila de cemento junto al excusado, una regadera con las llaves rotas. Un espejo estrellado donde las líneas rotas dibujaban un ojo dentro de una pirámide, y de esa pirámide salían cuernos. La luz era un foco colgado de un cable que parecía venoso, de esos que tiemblan cuando pasa un camión. Lo prendí y el cuarto se volvió amarillo, como si todo estuviera cubierto de una capa de nicotina. Junto a la puerta de entrada, un hueco donde cabía una pequeña estufa y un frigo bar, una pequeña alacena y una vitrina. En medio de todo: un sillón, dos sillas y una mesa.

Me senté en la cama y el colchón se quejó. No creo que a Diana le importe; al contrario, se pone más loquita. Saqué la foto de mi madre y la puse en el buró. La había tomado un fotógrafo ambulante en el Zócalo: ella con un vestido blanco, el cabello recogido, los brazos cruzados como si estuviera posando para ser una estrella de cine. En el reverso, con letra manuscrita, decía: *Para mi Rodrigo, que Dios te bendiga. 1984*. Tenía yo diez años. A mis once se volvió a casar. A los doce la vi por última vez, con una sonrisa para mí en la puerta del Consejo Tutelar.

En la vecindad, las primeras noches son un examen. No duermes del todo; aprendes los sonidos. Los pasos que suben, los que bajan, los que se quedan quietos en el descanso. Las puertas que se abren a deshoras. El silencio que no es silencio, sino una forma de esperar. Yo llevaba años durmiendo en dormitorios colectivos, con luces que nunca se apagaban y voces que te despertaban si te movías en la noche. Pero esto era distinto. Aquí la soledad era tuya, y pesaba. Me ponía alerta escuchar zapatillas en las escaleras casi al amanecer; no sabía quiénes entraban o salían. Un vecino decía que de las diez de la noche a las cinco de la mañana, las que trabajaban de noche podían entrar y salir las veces necesarias; fuera de ese horario no podían hacerlo casi encueradas porque a doña Chuy le gustaba el respeto a la casa. De ese lado de la vecindad no estaba Patsy, así que me desilusionaba no poderla ver todo el tiempo —tal vez ya no tardaría en entrar con Diana por la puerta con las bolsas del mercado—. Poco a poco los muñecos diabólicos fueron llegando con obsequios para el cuarto, pero más con los recuerdos de nuestros días de encierro.

Diana no les dio "taquito" porque una cosa es la esquina y otra el barrio, aunque eso no impedía sacarla a bailar en el "Tíbiri-Tábara".

Al tercer día, Diana apareció con una bolsa de mandado y una sonrisa que no le creí del todo. Traía tortillas hechas a mano, una lata de frijoles refritos, una bola de queso Oaxaca y ocho Cocas en envase de vidrio. Entró con la seguridad de quien se sabe dueña de todo, y en cierto modo lo era: ella había negociado el precio, ella había puesto el depósito, ella había decidido que yo merecía una segunda oportunidad.

—¿Ya conociste a los vecinos? —preguntó, mientras sofreía los frijoles y hacía quesadillas en la vieja estufa.

—No. He salido nomás a las canchas de La Semilla a jugar fútbol y pegarle al costal que colgó Patsy en el patio.

—Pues tienes que hacerlo. Aquí no puedes ser fantasma. La vecindad se come a los fantasmas. Casi todos me conocen, y yo necesito cambiar los muebles; quiero que los dos estemos bien, pasar más tiempo juntos. Pero un cliente me ha traído movida en estos días; ya casi completo para comprar todo nuevo, y así devolveremos los muebles a doña Chuy. También quiero pintar y sobre todo quitar ese espejo del baño: me da miedo.

Me explicó quiénes eran los vecinos sin que yo se lo pidiera. Era su forma de darme un mapa. Al fondo vivía el Güero, un gringo que había desertado del ejército de Estados Unidos y que reparaba motores usando como taller la calle, siempre buscando quién le ayudara con las piezas pesadas. En la puerta de junto, la señora Toña, que vendía tamales por las mañanas y sabía todas las vidas del barrio mejor que el Centro de Investigación y Seguridad Nacional. Más adelante, el Cuatro Ojos, un tipo que no hablaba con nadie pero siempre estaba viendo desde su ventana, y de quien todos decían que había sido algo en el gobierno, aunque nadie sabía qué. Y en la planta baja, la familia de los Uribe: siete hijos que se turnaban para usar el mismo uniforme escolar y que siempre estaban jugando en el pasillo con una pelota de trapo.

—¿Y el Comanche? —pregunté—. ¿No vive aquí?

—El Comanche vive del otro lado de la vecindad; ese lado está mejor. Ojalá podamos pasarnos después allá; allí los cuartos tienen más ventanas. Pero aquí viene seguido. Aquí creció. O más bien, aquí aprendió a ser quien es.

Diana puso la comida en dos platos de peltre azul. Comimos en silencio, con la puerta entreabierta para que entrara el aire. Afuera, los niños de los Uribe seguían jugando, y el golpe de la pelota contra la pared sonaba como un metrónomo.

—Rodrigo —dijo Diana, dejando el plato en la mesa—. El Comanche te quiere como a un hijo. Pero no te confundas. Él no te va a resolver la vida. Él te va a enseñar a caminar, pero los pasos los das tú. ¿Me explico?

—Sí.

—Y yo tampoco voy a estar siempre. Tengo mis metas por cumplir. El Comanche me cuida, pero yo me muevo por mi lado. Si te quedas esperando que alguien te salve... te vas a secar aquí, como muchos.

Me quedé viendo la foto de mi madre. La Diana también la vio.

—Ella sí te quería —dijo, como si pudiera leer lo que yo pensaba—. Pero el querer a veces no alcanza.

No le respondí. No porque no tuviera nada que decir, sino porque las palabras se me atoraban en la garganta, como si todavía no hubiera aprendido a usarlas en este nuevo territorio.

A la semana, el Comanche me buscó en la vecindad. Llegó sin avisar, con una bolsa de pan dulce y un termo de café. Se sentó en la cama como si fuera suya, miró el cuarto, aprobó con la cabeza, y luego me dijo lo que yo sabía que iba a decir:

—Ya descansaste. Ya comiste. Ya lloraste lo que tenías que llorar. Ahora hay que moverse.

Me entregó un sobre color hueso. Lo abrí. Adentro había una identificación temporal con mi nombre alterado y una edad diferente, mi fotografía, y un cargo que no entendí del todo: Auxiliar de Cobranza. Debajo, un papel membretado con las iniciales de una dependencia que nunca había oído nombrar.

—No es para que trabajes ahí —aclaró, como si leyera mi confusión—. Es para que te crean cuando digas que trabajas ahí. En este barrio, la gente abre la puerta más fácil si traes un papel. Pero el papel no te va a dar de comer. Eso lo vas a hacer tú.

—¿Qué tengo que hacer?

—Aprender. El Loquillo te va a enseñar el oficio. No te voy a poner a cobrar las cuotas grandes todavía. Primero quiero que conozcas las calles. Las que tienen nombre y las que no. Las que cambian de nombre según a quién le preguntes. Porque en este trabajo, la calle es tu única credencial.

El Loquillo me recogió a la hora siguiente, en un Montecarlo rojo con radio de frecuencia civil. Olía a cigarros finos y a ambientador de pino. Traía el radio apagado, los vidrios arriba, y una expresión que no era

de amigo ni de jefe, sino de alguien que estaba haciendo un favor por compromiso.

—¿Sabes lo que hace un cobrador? —preguntó, mientras arrancaba.

—Más o menos.

—Pues olvídate de lo que sabes. Aquí no se trata de cobrar. Se trata de que la gente te pague. Y para eso tienes que entender cómo piensan. Qué les duele. Qué les da miedo. Qué les da vergüenza. Pero sobre todo si son católicos y festejan la independencia de México. El Comanche aprendió eso en los cincuenta, cuando nadie daba un peso sin asegurarse de que no te ibas a desaparecer con él. Yo lo aprendí en los ochenta, cuando el billete valía menos que el papel en que venía impreso. Tú lo vas a aprender ahora. Pero la lección es la misma: la deuda no es dinero. Es confianza.

Arrancó el carro y nos metimos en el tráfico del Anillo de Circunvalación. Yo iba viendo los letreros, las del talón, los chineros, los puestos, los tamarindos sacando para el chesco, la gente que caminaba como si siempre tuviera prisa.

Pensé en el cuarto de la vecindad, en la foto de mi madre, en las palabras de Diana. Pensé que, por primera vez en años, estaba eligiendo algo. Aunque no supiera bien qué.

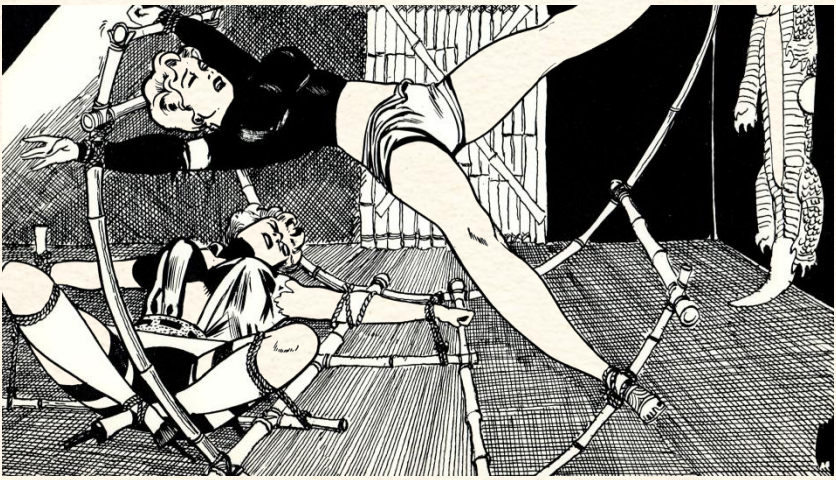
El Loquillo puso el radio. Sonaba "La Maldita Vecindad", esa canción que acababa de salir y que ya sonaba en todas partes:

Difícil es caminar / en un extraño lugar / en donde el hambre se ve / como un gran circo en acción / en las calles no hay telón / así que puedes mirar / como rico espectador / te invito a nuestra ciudad...

La ciudad sonaba a eso: a mezcla, a ruido, a algo que todavía no terminaba de definirse.

Miré por la ventana. Afuera, el mercado Ampudia y La Merced seguían siendo los mismos desde la era del Comanche: un archivo de vidas sin nombre, un mercado donde todo se compra y todo se vende, incluso la identidad. Pero ese barrio no era tan distinto de donde ahora yo estaba. Ya tenía un cuarto con llave para dormir. Un sobre con un papel que traía el nombre de alguien que probablemente ya estaba muerto. Una foto en un buró. Un varón que ahora era mi mujer.

No era mucho. Pero era lo básico: en esa ciudad de sombras y leyes, tener algo ya era empezar a existir.



Nota editorial Re Mix

Este capítulo pertenece a Re MiX de Lecturas Transgresoras, Libro dos, elaborado en base a las notas de Rodrigo Granda. El texto ha sido revisado ortográficamente respetando la voz narrativa original, los modismos del habla popular del Distrito Federal de los años ochenta y noventa, y las marcas estilísticas del autor. Se preservan deliberadamente las formas coloquiales, los nombres propios del argot callejero y las referencias culturales que constituyen el tejido vivo de esta crónica urbana. La edición Re Mix no corrige lo que el barrio enseñó a decir.

TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

CABARET

CAPÍTULO III

La visita de la dama de humo

Les había contado en el libro anterior que, después de aquella madrugada en Garibaldi con Jennifer y Sharon, la vida se había vuelto un torbellino de cenas, autos y negocios que no terminaba de entender. Pero el barrio, ese viejo mapa de heridas y lealtades, nunca dejaba de llamar. Sobre todo cuando las campanas sonaban en la Parroquia de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos y uno sentía que algo se movía en las sombras. Y dentro de esas sombras no les había dicho que "Tania", la mariguana revolucionaria que no detuvo el Comanche por ser hija de un empresario español, era Jennifer, con la que años después me fui a vivir. También la muerte del Viejo Kirk fue un evento planeado: era para cambiar de identidad y dejar a un prestanombres extranjero al que no se le podían aplicar las leyes mexicanas desde su despacho en Londres. Dorian regresó de San Fernando Valley y se volvió parte de la operación del Viejo Kirk, quien se convirtió en el señor Philippe Fabré-Palaprat. Ahora era conocido en el ambiente del TLC como un multimillonario inversionista francés y asesor en la BMV.

Dorian me llamó al celular para avisarme que iría a buscarme al ático de Jennifer. Era una tarde en la que el sol caía a plomo sobre la Colonia del Valle. Llegó con su Thunderbird rojo y música salsa a todo volumen:

Igual que el reloj / Marca las horas sin ser dueño del tiempo /
Todo este papeleo no contiene / Ni un miligramo de amor

Desde la ventana del departamento, Jennifer la vio estacionarse en doble fila, desafiando a los cargadores de las camionetas de mudanzas que pitaban como gallinas asustadas. Dorian se retocaba las uñas y mostraba un humor que no presagiaba nada bueno.

—Tu puta llegó —dijo Jennifer, con esa ironía que usaba para marcar territorio.

—No es mi puta. Es... fue la sobrina del Comanche, y ahora trabaja para Nastya.

—Ah Dorian, la que se fue a Estados Unidos a hacerse la estrella porno. Qué padre. ¿Viene a llevarte al barrio o a pedirte que le grabes una video cinta en Beta o VHS? Que bueno que tenia la cinta canela a la mano.

—No sé. Mejor bajo.

Dorian me esperaba apoyada en el auto, con unas gafas de sol Guess enormes, de forma octagonal, que le cubrían medio rostro. A pesar del calor, traía una chamarra de mezclilla negra con costuras blancas que no le quitaba lo espectacular y que a la vez cubría todos sus tatuajes y las cicatrices de las veces que había intentado quitarse la vida. Usaba unas mallas de licra negras que resaltaban su hermosa figura y unas zapatillas negras de charol Christian Louboutin.

Olía a cigarros mentolados, al perfume Trésor de Lancôme y a algo más: a tensión. No sé si era por el ancho cinturón que moldeaba su cintura o por la encomienda de llevarme a toda costa.

—Rod, tenemos que ir a ver al señor Fi-líp Fa-bré

Pa-la-prá.

—¿Al señor qué?

—No preguntes, cabrón. Solo súbete.

Subí al auto sin pensarlo dos veces. Jennifer asomó medio cuerpo por la ventana del ático, como una virgen bizantina bendiciendo la partida, pero con un cigarro en la boca y una mirada que decía: ya veremos a la hora de la verdad. Antes de que bajara me había hecho la pulsera de preservativos con cinta canela, como se lo enseñó Nastya.

Dorian arrancó con su peculiar violencia y se metió por las calles como si llevara años sin manejar en la ciudad. Iba seria, cosa rara en ella. Normalmente Dorian era pura carcajada y albur, pero ese día traía la boca apretada y las manos blancas del esfuerzo sobre el volante.

—¿Qué pasó, Dorian?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué me sacaste de ahí como si te hubieran encargado un secuestro?

—Porque tu nueva matrona me cae gorda. Esa niña rica que se cree hippie me cae peor que un operativo en el Dandy's.

—No seas así. Es buena onda.

—No me vengas con tus cuentos, Rodrigo Enrique. A mí no me la vas a hacer de chivo los tamales. Esa morra te va a usar y te va a tirar como

trapo viejo. Igual que todas.

—¿Igual que todas? ¿Como tú también lo hiciste?

Dorian se quedó callada un buen rato. El tráfico sobre avenida Insurgentes era una serpiente de metal y humo. Cuando llegamos a la altura del World Trade Center, por fin habló:

—Yo no te usé, Rod. Yo te quise. Otra cosa es que no supiera qué hacer con ese cariño. Pero eso ya es harina de otro costal.

No supe qué contestarle. Puse el botón de stop del auto estéreo Clarion y prendí la radio. Sonaba I Wanna Be Adored de la banda británica The Stone Roses, y me dejé llevar por la letra mientras Dorian se metía por las calles de la Nápoles, luego por las del Valle, dando más vueltas de las necesarias, como si quisiera estar conmigo más tiempo del que tomaba ir de la calle Fresas a la casa del Viejo Kirk, mansión que se convirtió después en las oficinas de Nastya.

En las nuevas oficinas de *LAW Capital* el señor Philippe Fabré-Palaprat, le pidió a Nastya conservar el estilo de la mansión que ocupaba una manzana entera. Dorian metió el Thunderbird por el estacionamiento de servicio, como si entráramos a hurtadillas, aunque los guaruras ya nos habían visto desde el primer semáforo.

—¿Por qué entramos por atrás?

—Porque la visita no es oficial. Así lo pidió la albacea del Viejo Kirk.

—¿Nastya?

—Esa mera. La que ahora le ayuda con los negocios. Dicen que es más peligrosa que el viejo y el nuevo director de la operación.

Bajamos del auto y cruzamos un patio con una fuente morisca que parecía sacada de una película italiana. Todo olía a jazmín y a tierra recién regada. Al fondo, en un invernadero que hacía las veces de despacho, se veía la silueta de Philippe Fabré.

—Me esperas aquí —dijo Dorian, con una mano en mi pecho—. Esto es solo para ti.

—¿Para mí? ¿Entonces por qué me sacaste de la casa de Jennifer?

—Porque te necesito al salir. Y porque... porque si le digo que voy a verte, me va a preguntar un montón de cosas que no quiero responder.

—¿Quién?

—La que me pidió que te trajera.

—Dorian, ¿de qué estás hablando?

Pero ella ya caminaba hacia el invernadero con paso firme, como si llevara años entrando a ese lugar.

Me quedé en el patio, junto a la fuente, viendo cómo el agua caía con libertad y sin prisa. Saqué un cigarro de la bolsa —de los Delicados que fumaba entonces— y lo encendí. El humo se mezcló con el olor a jazmín, y por un momento pensé en todas las veces que había estado en ese lugar sin ser invitado: las veces que el Viejo Kirk me había llamado para que le cantara, para que llevara papeles, para que hiciera de

puente entre él y el Comanche.

Nunca me había sentido parte de ese mundo, pero tampoco del todo ajeno. Era como un perro callejero que entra a una cocina caliente: sabes que no es tu lugar, pero el aroma te atrapa. Así como la mano que te alimenta y te saca con la escoba.

No habían pasado ni diez minutos cuando la puerta del invernadero se abrió. No salió Philippe Fabré ni Dorian. Salió ella.

La señora Valeria.

Venía vestida de blanco, con un traje sastre que le marcaba la cintura y unas sandalias de tacón que hacían clac, clac, clac sobre las losas del patio. Su cabello, siempre impecable, caía sobre los hombros como una cascada que no terminaba de decidirse si era rubia o cana. Detrás de ella, Dorian hacía gestos de disculpa, como si la hubieran atrapado haciendo algo prohibido.

—Rodrigo —dijo Valeria, con esa voz que alternaba entre lo maternal y lo peligroso—. Tú sí que eres difícil de encontrar.

Me quedé paralizado. No era miedo; era algo peor: era el recuerdo de sus manos en mi cara, de sus piernas enredadas en las mías, del olor a crack y a Chanel N.º 5 mezclados en la misma almohada. La última vez que la había visto, tenía un picahielos en la mano y la boca llena de insultos.

Valeria había estado internada en el Hospital McLean en Belmont, Massachusetts; allá medio la compusieron, y verme era un peligro para ella, así co-

mo para mí.

Cuando dos adictos crean un vínculo tan fuerte, no cualquiera disuelve esa unión cósmica.

—Señora Valeria —atiné a decir.

—¿Señora? —se rió, pero no era una risa amable—. ¿Ahora soy señora? Qué rápido olvida la gente.

—No le he olvidado.

—Menos mal. Porque he venido a buscarte. El socio de mi difunto padre quiere verte. —Valeria no sabía de la puesta en escena de la que era parte; para ella, el Viejo Kirk la cuidaba desde el cielo, y en la tierra lo representaba su socio francés.

—¿El muy distinguido señor Philippe Fabré-Palaprat? ¿Por qué?

—Eso lo sabrás cuando entres. Ven Ro. Y deja ese cigarro apestoso; huele a pobreza. Yo te voy a regalar unos habanos que fueron de mi padre.

Dorian me miró con una mezcla de lástima y advertencia. Asintió apenas, como diciéndome que no había alternativa. Apreté el cigarro contra la pared de la fuente, sentí cómo se deshacía entre mis dedos y la seguí.

El invernadero olía a tierra húmeda, a madera vieja y a dinero. El señor Philippe Fabré-Palaprat estaba sentado en su sillón de cuero, con un coñac en la mano y una sonrisa que no prometía nada bueno. A su lado, la directora de la corporación —Nastya— revi-

saba unos papeles sin levantar la vista. Dorian se quedó junto a la puerta, como una centinela que no sabe si debe quedarse o huir.

—Rodrigo —dijo el señor Philippe Fabré-Palaprat, levantando la copa—. El azteca favorito del difunto Kirk, ¡gloria en el cielo esté! Siéntate, siéntate. No seas tímido. Ya sabes que esta casa siempre ha sido tuya, aunque ahora me pertenezca.

Me senté en una silla que parecía flotar de lo liviana que era. Al lado, Valeria ocupó el asiento contiguo, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

—Dorian me ha dicho que andas con la hija de un empresario de autobuses, al que vamos a ofrecer un saneamiento financiero —Philippe Fabré rió; un ronquido que le sacudía la barriga—. *Il est malin, ce mec.* De las rejas al ático. Eso sí que es movilidad social.

—No es para tanto, señor Philippe Fabré-Palaprat.

—No seas modesto. Lo tuyo es enamorar, no robar. Eso me lo confirmó la señora Nastya. Y por eso mismo te he mandado llamar. Y quien mejor que Dorian, ya sabes cómo es la sobrina del difunto Comanche: todo lo quiere resolver con golpes, gritos y escándalos, pero contigo se doblega.

—Señor Philippe —intervino Valeria, con una mano en mi rodilla—. No le dé tantas vueltas.

—Tiene usted razón Señora Valeria. Déjenme ser directo —Philippe se enderezó en el sillón y, por un

momento, regreso el hombre que había hecho fortuna con una maleta y un par de contactos—. Rodrigo, necesito que trabajes para mí. No como lo hiciste antes para esa adorable familia que ahora protejo por cláusula, honor y gusto. No es para recados y canciones. Esto es más... delicado.

—¿Delicado cómo?

—Hay unos papeles. Documentos de Argentina, Chile y España. Cosas que el Viejo Kirk estaba resolviendo cuando se nos adelantó al cielo, pero que están pendientes desde la época de las dictaduras militares. Su familia... bueno, la familia de Valeria del lado materno... tiene asuntos que resolver allá. Herencias, propiedades. Cosas que no puedo dejar en manos de abogados comunes.

—No entiendo.

—No necesitas entender nada Rodrigo Enrique. Solo necesitas hacerlo—Philippe metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de cachemira y sacó un sobre café, grueso, cerrado con lacre—. Esto es para Don Luciano. Él sabe qué hacer con eso. Tú solo llévaselo. Y después...

—¿Después?

—Después, si todo sale bien, habrá un viaje. Llevarás a la señora Valeria a uno de los ranchos en Puebla por unos meses, para que siga su tratamiento, mientras se arregla lo que lleva años esperando.

Miré a Valeria. Sus ojos brillaban con una intensidad que no le había visto desde los días del departamento. Pero ahora no había droga en su mirada:

había algo más oscuro, más antiguo. Una fiebre que llevaba años incubándose.

—¿Y por qué yo? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque eres discreto —dijo Philippe—. Porque sabes moverte en la calle y en las oficinas. Porque Don Luciano te respeta. Y porque Valeria confía en ti. Eso último es lo más importante.

Valeria apretó la mano sobre mi rodilla. Sus dedos eran fríos, pero firmes.

—Tú me defendiste a mí y a Tini cuando nadie más lo hizo —dijo, con voz baja—. Eso no se olvida. Y menos lo que sucedió después.

—Tini ya no es débil. Ahora es un peligro de nombre Sharon. —le dije sin pensarlo.

—Lo sé —suspiró—. Por eso también necesito que vengas. Allá en Francia, Sharon conoció gente que no me gusta. Gente que le ha metido ideas raras en la cabeza. Necesito que me ayudes a traerla de vuelta.

—Valeria, Sharon ya es mayor de edad. Puede decidir por sí misma.

—No hables como si no te importara —me sujetó la mano—. Tú la conoces desde que era un niña acobardada. Sabes que es vulnerable. Sabes que esa gente solo la va a usar.

—¿Y tú no la usas? —lo volví a hacer, hablar sin pensar.

El silencio se hizo tan denso que hasta el agua de la fuente pareció dejar de correr. Philippe carraspeó. Nastya, que no había levantado la vista de los papeles, movió una ceja. Dorian se pegó a la pared, como si quisiera desaparecer.

Valeria me miró con una expresión que no supe descifrar. Dolor. Rabia. Algo que parecía orgullo. Era como continuar nuestra ultima pelea verbal, pero con otros testigos.

—Tienes razón —dijo al fin—. Yo también la usé. Pero no quiero que otros la usen peor. Y tú... tú eres el único que puede estar a su lado sin querer sacar provecho.

—Eso no es cierto. Yo también saqué provecho. De las dos.

—Sí —admitió—. Pero al menos contigo el provecho era honesto. O tan honesto como puede ser entre dos personas que no saben qué hacer con tanto vacío.

El señor Philippe Fabré-Palaprat se levantó con dificultad, ya que aun se reponía de varias cirugías. Dio la vuelta al escritorio y dejó el sobre en mi mano.

—Llévale esto a Don Luciano. Dile que es urgente. Y cuando regreses, hablamos de lo otro: de una excelente compensación, de Sharon, de lo que haga falta.

—No he dicho que acepto.

—¡Claro que vas a aceptar! —dijo Valeria, levantándose y poniendo sus hermosas manos en mi

rostro—. Porque no tenéis nada mejor que hacer, porque te aburrís en el ático de tu niña rica y porque, aunque no lo quieras admitir, extrañáis esto. El peligro. La adrenalina. Eso que te hace sentir vivo. ¿sabes cuantos millones de dólares valen esos documentos?

Me quedé con el sobre en la mano, sintiendo el peso del lacre contra la palma. Tenía razón. Maldita sea, tenía razón. Con solo el 1% de comisión podría regresar a buscar a mi madre y demostrarle que no soy un error.

Salimos del invernadero en silencio. Dorian se adelantó para arrancar el Thunderbird, mientras Valeria me detuvo junto a la fuente. La luz de la tarde le daba en el rostro y, por un momento, volvió a ser la mujer que había conocido en la secundaria: la que me llevaba a su casa para que estudiara con Tini, la que me daba chocolates y me preguntaba si había comido.

—Ro, mí Ro —dijo, usando el apodo que solo ella y Sharon usaban—. Cuídate. Esto que viene no es como lo de antes. Es más grande. Más sucio.

—¿Val, cómo sabes que no voy a fallar con un riesgo tan grande?

—Porque sos un animal herido, Rodrigo. Y los animales heridos siempre vuelven al lugar donde los curaron, aunque ese lugar también los haya lastimado.

Me besó en la boca. Un beso seco, rápido, que no dio tiempo a nada más. Luego subió a un Lincoln Town Car que estaba esperando en la entrada principal, con chofer y todo. Sin mirar atrás.

Dorian me esperaba con el Thunderbird en mar-

cha y encendió la radio a todo volumen. Me subí y guardé el sobre en el bolsillo interior de mi chamarra.

—¿Estás bien, cabrón? —preguntó, con una voz que no era la de siempre.

Apagué la radio.

—No sé. ¿Tú?

—No —admitió—. Pero qué remedio.

Arrancó y nos metimos de nuevo en el tráfico de avenida Insurgentes. Yo iba viendo las luces de la ciudad, pensando en todo lo que me había dicho Valeria, en el sobre que llevaba pegado al pecho, en la mirada de Jennifer cuando me había visto partir con Dorian.

—¿Sabes qué? —dije, sin voltear a verla.

—¿Qué?

—A veces pienso que todos los caminos que tomo me llevan al mismo lugar.

—¿Y cuál es ese lugar?

—Ninguno. O todos. Ya no sé la diferencia.

Dorian no contestó. Solo aceleró un poco más, como si quisiera dejar atrás no solo el tráfico, sino todas las preguntas que no tenían respuesta.

Cuando regresamos a la zona del Parque Hundido, la noche ya había caído por completo. Las luces del ático de Jennifer estaban encendidas. Dorian se detuvo

en la esquina, sin querer acercarse más.

—Bájate aquí —dijo.

—¿No quieres subir?

—No. Ya me chingué bastante por hoy. Además, tu novia me cae gorda, ¡ya te dije!

—Sí, ya me dijiste.

—Pues entonces. Y otra cosa, Rod.

—¿Qué?

—No confíes en la señora Valeria, ahora que la viste de blanco con todos esos collares de colores da mucho miedo. Tiene algo que no me gusta. Algo que no es de este mundo.

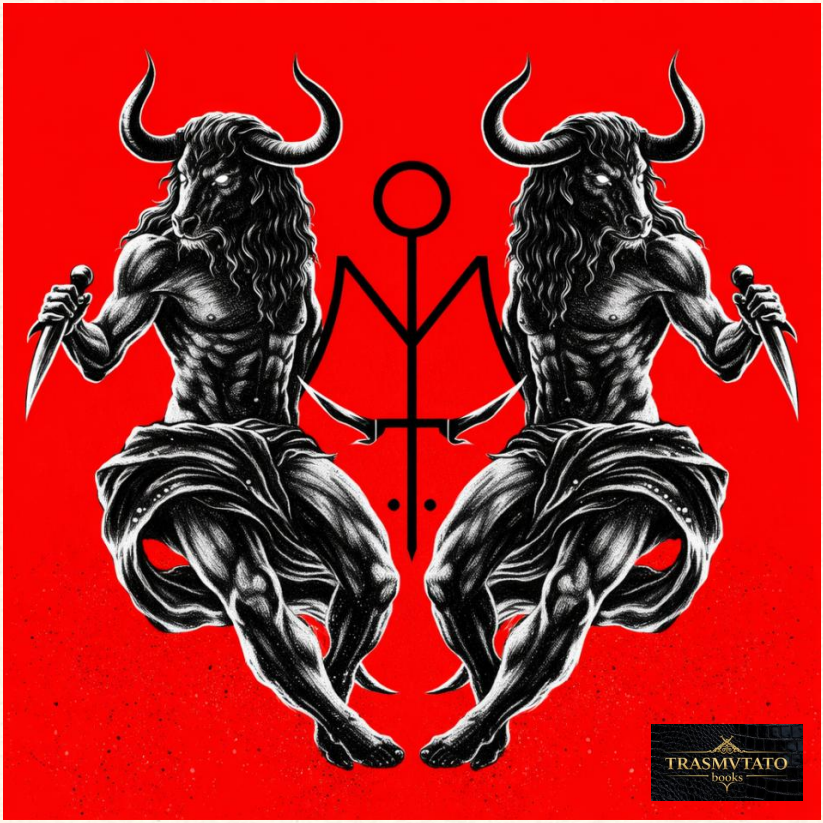
—¿Y de qué mundo es?

—Del mismo que el tuyo. El mundo de los que nunca debieron salir del encierro, pero salieron. Y ahora no saben qué hacer con tanta libertad.

—Claro que es de otro mundo, su Padrino era Adolfo Constanzo, él le regalo esas protecciones que te asustan. Aunque no recuerdo porque las dejo de usar.

Bajé del auto. Dorian me esperó hasta que entré al edificio. Desde la ventana del ático, Jennifer me hizo señas con una linterna, como si estuviera en un faro guiando a un barco perdido. Subí las escaleras con el sobre pegado al pecho, sintiendo cómo el lacre se calentaba con mi propio calor.

Al día siguiente llevaría el paquete a Don Luciano. Y después... después vería qué hacer con todo lo demás. Pero por ahora, solo quería llegar al ático, sentir el perfume caro de Jennifer desprenderse de su cuerpo mientras teníamos sexo y fingir que esa noche no había vuelto a cruzarme con un fantasma vestido de blanco.



TRASMVTATO
books

NOTA EDITORIAL REMIX

"La visita de la dama de humo" es uno de los capítulos bisagra del segundo libro de las *Lecturas Transgresoras Re MiX*. La escena concentra, en una sola tarde de Ciudad de México, la lógica de todo el universo narrativo de Granda: identidades superpuestas —el Viejo Kirk que resucita como Philippe Fabré-Palaprat, Tini que ya es Sharon, Tania que siempre fue Jennifer—, afectos que circulan como moneda de cambio y un protagonista que actúa como conductor involuntario de fuerzas que lo rebasan.

El capítulo articula tres tiempos simultáneos: el tiempo de la calle —el Thunderbird, el tráfico sobre Insurgentes, la salsa a todo volumen—, el tiempo del dinero transnacional —los documentos de Argentina, Chile y España, las dictaduras militares, la BMV, el TLC— y el tiempo del cuerpo, que es el único que no miente: el lacre que se calienta contra el pecho de Rod, el beso seco de Valeria, las manos blancas de Dorian sobre el volante.

La figura de Valeria —vestida de blanco, con collares de colores, saliendo en un Town Car— no es solo un personaje: es la condensación de todo lo que el narrador ha intentado dejar atrás y no puede. Valeria lo dice con precisión de diagnóstico: los animales heridos vuelven al lugar donde los curaron, aunque ese lugar también los haya lastimado. En ese enunciado cabe toda la poética de Re Mix: la herida como orientación, el daño como forma de pertenencia.

El detalle del Dandy's —lugar de operativos y confrontaciones parte de las ediciones anteriores— funciona aquí como ancla intertextual. El lector que

viene del primer volumen reconoce el peso de esa referencia; el que llega nuevo intuye que hay un pasado denso detrás de cada nombre propio. Esa es la apuesta formal de la saga: cada libro puede leerse de manera independiente, pero gana profundidad en la acumulación.

La conversación del picahielos remite a la página 173 del Libro I, donde el episodio con Valeria queda narrado desde otro ángulo. Re Mix construye así su propio aparato de citación interna: la historia se "footnotea" a sí misma, como si la memoria del narrador necesitara bibliografía para sostenerse.

— *Colectivo Editorial Re Mix*

TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

Capítulo IV

El peso de los nombres

Les había contado que aquel sobre color hueso, cerrado con lacre bermellón, lo llevaba pegado al pecho desde que salí del invernadero de las oficinas de *LAW Capital*. Durante todo el camino de regreso lo sentía latir contra mis costillas como si fuera un segundo corazón. Pero antes de regresar al ático de Jennifer le pedí a Dorian que me dejara unos minutos pasar a la vecindad. Por lo que me dejó en la esquina, justo donde **la mamila de oro** se estaba oxidando sin llantas sobre unos tabiques. Recordé el día que se había estacionado aquella primera noche y, ya que no sabía qué hacer, era necesario regresar al origen de las cosas. Dorian me dijo:

—Regreso en 15 minutos. No lo pierdas, cabrón. Si ese sobre se te extravía, más te vale irte a la chingada con tu niña rica y no volver a poner un pie en el barrio.

—No te preocupes —le contesté, aunque mis dedos ya sudaban sobre el lacre.

—¿Preocuparme yo? Me preocupas tú, que te estás metiendo donde no debes. El señor Philippe no es el Viejo Kirk, Rod. El Kirk era un viejo puto que se dejaba querer. Este otro... este otro es serio.

—¿Qué tan serio se ha vuelto?

—¿viste la daga curva con mango en forma de cola de escorpión, en su escritorio?

—Si.

—¿Sabes que putas madres significa?

—claro, las usaban los *fedayines*

—¿Esa madre que es?

—Cuando te vuelva a tener desnuda sobre la cama te platico. —le di un beso con mordida en el labio inferior y baje del auto.

Dorian aceleró, el Thunderbird rojo se tragó la calle como un animal de fuego, dejándome solo con el sobre, la noche y las preguntas que siempre llegaban cuando menos las necesitaba.

Subí a la vecindad con pasos que procuraban no hacer ruido. Las tablas del pasillo crujieron igual, pero ya no me sonaban a amenaza. El olor a chile y grasa seguía siendo el mismo, el llanto de algún niño al fondo, la música salsa que nunca se apagaba del todo. Me había acostumbrado a ese ruido de fondo, como quien se acostumbra al mar. Ahora me parecía casi doméstico, casi familiar.

Doña Chuy estaba en su puerta, como siempre, tejiendo algo que parecía una colcha pero que llevaba meses siendo el mismo rectángulo.

—¿Llegas solo, hijo? La Diana anda buscándote. Dijo que te trajera de las orejas si te veía. —Doña Chuy padecía Alzheimer y en consecuencia no recordaba que Diana había muerto con el Globie en un accidente de motocicleta.

—Ando en la chamba, doña Chuy. Cosas del

Comanche.

—Ya no es el Comanche, hijo. El Comanche ya está jubilado. Ahora son otros los que mandan —me miró con esos ojos que lo han visto todo, que lo han visto tanto que ya no necesitan moverse para saber lo que sucede en este plano dimensional—. Cuídate, Rodrigo. La vecindad te quiere, pero la calle no conoce el cariño.

Asentí sin decir nada. Entré al cuarto que ahora era de Patsy, cerré la puerta con las dos chapas y, por primera vez desde que llegué, me sentí como si estuviera protegiendo algo más que mis pocas pertenencias.

El cuarto aún olía a Diana. A su perfume, a su talco, a los cigarros que fumaba cuando creía que nadie la veía. Sobre el buró, junto a la foto de mi madre, había un vaso con un clavel rojo y la ultima nota de Diana escrita con letra temblorosa: *Llegué a buscarte, mi amor. Mañana temprano vuelvo. No te duermas tarde.*

Guardé el sobre debajo del colchón, junto a la Biblia que me había regalado Valeria y los pocos documentos que me acreditaban como alguien. Me quité la chamarra, me senté en la cama y encendí un cigarro. El humo subió hasta el foco desnudo, donde las polillas hacían su danza de siempre.

Pensé en Valeria. En sus manos quemadas por el encendedor. En sus ojos vidriosos cuando me hablaba de los arcontes, del ojo que nos miraba desde la pirámide. Pensé en Sharon, en cómo me había llamado por mi nombre completo cuando la fui a buscar al departamento de los RIS, como si ya no me conociera.

Pensé en Jennifer, en sus piernas envueltas en las mías, en cómo me había sujetado la pulsera de preservativos con cinta canela como si yo fuera un perro al que había que marcar.

Pensé en el contenido del sobre. Pero más en por qué Patsy nunca sintió que había llegado: no se movió, o tal vez se hizo la dormida.

Y pensé en Don Luciano, el hombre al que debía entregarlo.

Sabia que Don Luciano no era como el Comanche. El Comanche era ruido, presencia, una fuerza que ocupaba el espacio sin pedir permiso. Don Luciano, en cambio, parecía querer desaparecer. Vivía en una casa de teja y adobe en los límites de Tláhuac, donde el asfalto se convertía en terracería y la ciudad empezaba a desdibujarse en chinampas y canales que olían a lo mismo que el gran canal del desagüe: a podrido, a viejo, a algo que nunca termina de morir.

Al día siguiente tome un camión, luego una combi, luego caminando hasta donde finalice el camino de terracería. El sobre lo llevaba dentro de mi chamarra, pegado al pecho, como si con eso pudiera asegurarme de que no se fuera a perder. El sol caía a plomo sobre las milpas, y el polvo se me metía en los pulmones, mezclándose con el humo de los cigarros que no dejaba de fumar.

La casa de Don Luciano tenía un jardín que parecía más selva que jardín. Bugambilias, helechos, un laurel de la India que ya tenía más de cien años, según me contó después. En el patio, dos perros flacos me miraron con esa indiferencia de los perros que ya han

visto demasiado. No ladraron. Solo me siguieron con los ojos hasta que crucé el umbral.

—Ya llegó el ahijado del Comanche —dijo una voz femenina y longeva desde adentro. No era una pregunta.

Don Luciano estaba sentado en una mecedora de mimbre, con un sombrero de palma calado hasta las cejas y una taza de barro con café negro en la mano. A su lado, una mesa de madera con un tablero de ajedrez en medio, las piezas dispuestas como si estuviera jugando contra sí mismo.

—Pase, joven. Siéntese. No se quede parado, que aquí la gente viene a descansar, no a trabajar.

Me acerqué con la mano extendida. No la tomó. Me señaló una silla de madera, de esas que parecen que se van a romper pero que aguantan más que el orgullo.

—Déjeme ver eso que trae.

Saqué el sobre con cuidado. Don Luciano lo tomó, lo giró entre sus dedos como quien examina una fruta podrida. Miró el lacre, lo olió, lo sopesó.

—El francés ese cree que todavía vivimos en la Edad Media —dijo, rompiendo el sello con la uña del pulgar—. Pero el lacre, joven, el lacre no engaña. Cuando un hombre usa lacre es porque sabe que lo que escribe no debe leerse dos veces. Sepa usted, joven Rodrigo, que me da pena romper el sello; valoro mucho el detalle perfecto del Búho de Minerva posado sobre un libro abierto.

Abrió el sobre. Sacó una hoja que se veía vieja,

doblada en tres partes; la luz que entraba con abundancia por los huecos de las tejas dejaba ver a contraluz que la hoja tenía letra mecanografiada. Leyó en silencio. Su cara no cambió de expresión, pero vi cómo sus dedos apretaban el papel, cómo la taza de café temblaba un poco sobre el platillo.

—¿Usted sabe lo que trae aquí, joven Rodrigo?

—No, señor. Solo me dijeron que se lo entregara.

—Hace bien en no saber. El que sabe, carga culpas. Y usted ya carga bastante.

Dobló el papel, lo guardó en el bolsillo de su camisa de cuadros y me miró con unos ojos que parecían sacados de otra época. Ojos de alguien que ha visto cuerpos colgando de puentes, trenes descarrilados, estudiantes en la calle con la cara tapada por un paliacate. A quien estuvo al servicio del general Abelardo L. Rodríguez, el militar emanado del Ejército Constitucionalista que fue uno de los múltiples ejércitos mexicanos que surgieron durante la Revolución Mexicana. Este ejército fue liderado por Venustiano Carranza. Don Luciano efectivamente era el último soldado raso con vida de «la vieja escuela».

—¿El Comanche sabe que anda haciendo mandados para el francés?

—No, señor. El Comanche está muerto.

—El Comanche no ha muerto, joven. Solo cambia de máscara. Ahora el Loquillo tomó su lugar. Así es este negocio: son dos hombres muy diferentes, pero tienen la misma misión, y no cualquiera aguanta ser el

que limpia el desorden de otros.

Don Luciano llamó a una mujer, una venerable anciana que estaba en la cocina. Le pidió que nos trajera algo de comer. Ella apareció con un plato de quesadillas de huitlacoche y requesón, dos platos con sopa de hongos y dos vasos de agua de jamaica. Comimos en silencio, mientras afuera el sol se iba poniendo gordo y colorado, como si la ciudad estuviera echando lumbre.

—Mi compadre el Comanche siempre habló bien de usted —dijo Don Luciano, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Decía que usted no era como los otros. Que no pedía, que no se rajaba, que no se dejaba comprar. Eso en el barrio vale más que una cartilla militar. Usted es honrado, por eso nunca dejará de ser pobre. Usted morirá tal vez a los cuarenta años entre las piernas de alguna de sus queridas, o tal vez queridos.

—El Comanche me enseñó lo que sé. —respondí, respondí lo mas idiota que pude.

—El Comanche le enseñó a sobrevivir. Pero eso no es lo mismo que vivir. Usted sabe la diferencia, ¿verdad?

No supe qué contestar. Don Luciano se levantó de la mecedora con un esfuerzo que parecía costarle más que a otros hombres. Caminó hacia un mueble de madera tallada que estaba en la esquina, sacó una llave del bolsillo, abrió un cajón. De allí sacó una libreta negra, de esas de pasta dura que usan los contadores, y me la entregó.

—Esto es para usted. No se la muestre a nadie. Cuando sepa lo que tiene que hacer, lo hará. Por ahora, solo guárdela.

Abrí la libreta. Las primeras páginas estaban en blanco. Las siguientes también. Hasta que llegué al medio: una lista de nombres, algunos tachados, otros subrayados, algunos con fechas al margen. No reconocí la mayoría. Pero uno de ellos me detuvo: Juan Pérez Martínez. El nombre que había comprado aquel comerciante judío en La Merced, hacía ya tantos años. Y también estaba mi nombre común. Mi nombre invisible.

Al lado, una fecha: 1 de mayo de 1776.

—¿Qué significa esto? —pregunté, con la voz más firme de lo que me sentía.

—Significa que usted, sin saberlo, lleva años formando parte de algo más grande que una banda de adolecentes descarriados. Usted es idóneo para desbastar como a una roca, el Comanche lo sabía. Por eso lo protegió. El Viejo Kirk también. Y ahora el francés... bueno, el francés tiene sus propios intereses. Aunque yo, ya no tengo interés de tener un aprendiz.

—¿Y usted?

Don Luciano sonrió por primera vez. Fue una sonrisa sincera de un hombre duro, que chocaba con su mirada de ojos de halcón.

—Yo solo soy un viejo que juega ajedrez con las piezas que otros movieron antes que yo. Cierre esa libreta, joven Rodrigo. Ya verá cuándo la tenga que abrir.

Regresé a la vecindad cuando ya había caído la noche. Dorian me esperaba sentada en las escaleras, con un cigarro en la boca y una expresión que no era de enojo, sino de algo peor: decepción.

—¿Dónde te metes, cabrón? Llevo todo el día buscándote.

—Trabajando. Cosas del señor Philippe.

—El señor Philippe, el señor Philippe —se levantó, apagó el cigarro contra la pared—. Ya parece que te vas a casar con él. ¿Y Jennifer? ¿También la dejaste plantada?

—No, mujer. Fui a hacer el encargo, nada más entregue el sobre, y ya. —Habíamos quedado de que ella me llevaría, pero eso hubiera motivado a Jennifer a ir también. Y yo trabajo solo; no me gusta andar cargando a nadie.

—Pues el envío te va a costar, porque la señora Valeria anda como loca. Llamó a Patsy, llamó a Doña Chuy, llamó hasta a Sharon para que le dijera dónde estabas.

Recordé a Valeria con el picahielos, así como las palabras que me había dicho antes de salir corriendo.

—¿Qué quiere?

—¿Qué va a querer? Que vayas a verla. Dice que necesita hablar contigo, que fue un malentendido, que no te va a hacer nada. O tal vez que le metas la verga; eso es lo único que sabes hacer, pendejo.

—Dorian, no puedo. Ya te expliqué...

—No me expliques nada, Rodrigo Enrique. Yo sé lo que te dieron. También sé que la señora Valeria se puso como loca por verte; la alteraste, anda consumiendo y gritando que te fuiste con otra a fumarse su fortuna.

—No fue así. —Llegó un mensaje de texto a su radiolocalizador.

—Como tú digas. Pero mañana tienes que ir a verla. Me lo pidió el señor Philippe Fabré-Palaprat. Dice que tu trabajo estuvo bien, pero que la otra parte te falta, así que le debes la mitad del trabajo por el cual te dio un buen anticipo. Además, ¡te falta cogerme pendejo!

¿En qué nuevo problema me había metido por ese enfermo amor por Valeria? Como una sombra que no se iba, como un lazo que me ataba al pasado aunque no estuviera tan lejos.

—Está bien. Mañana voy. —La jale del cinturón.

Dorian me abrazó con una fuerza que no le conocía. Apretó su cara contra mi pecho y, por un momento, sentí que era ella la que necesitaba que la sujetaran, no yo.

—Te quiero, Rod —dijo, con la voz rota—. No te vayas a desaparecer como los otros cuando me quede dormida en el hotel.

—No voy a desaparecer, además te voy a contar la historia de esa daga. —le mentí.

Al día siguiente, al mediodía, Jennifer me recogió en el Lincoln Town Car de su padre en el metro

Eugenia. Traía un vestido de algodón blanco y un sombrero de ala ancha que le daba un aire de película de los años cuarenta. Olía a protector solar y a su perfume caro, ese que siempre llevaba en una botellita de cristal en su bolsa de mano.

—¿Listo para tu misión de rescate? —preguntó, con una sonrisa que no era del todo amable.

—No es una misión de rescate. Es... un trámite.

—Lo que tú digas. Pero si tu ex amante me saca los ojos, tú te haces responsable.

—No va a pasar nada.

—Claro que no. Yo tengo mi propia pala en la cajuela. Por si acaso.

Dorian nos esperaba en el Thunderbird, con el motor encendido y la música salsa a todo volumen afuera de la bodega de la importadora *LAW Capital*. Llevaba puesta una camiseta de los Rolling Stones y unos shorts de mezclilla que dejaban ver sus piernas llenas de moretones, esos que nunca terminaban de curarse por inyectarse líquidos para ganar volumen en el trasero y en las piernas. Jennifer guardó su vehículo en la bodega, después sacó su silla de montar, su traje y botas de equitación.

—¡Ya cogió la parejita más feliz! —gritó al vernos salir de la bodega—. ¿Se suben o se van a quedar ahí dándose besitos?

—Cállate, Dorian —dijo Jennifer, abriendo la puerta izquierda—. Vamos.

Nos acomodamos en el asiento de atrás, yo junto a Jennifer, que de inmediato me tomó de la mano con una fuerza innecesaria. Dorian arrancó con ira, metiéndose entre los carros como si llevara prisa por llegar a ningún lado.

—¿A dónde vamos primero? —preguntó.

—A casa de Valeria —contesté.

—¿La loca de los picahielos? Qué bonito. A mí que me encanta hacer turismo de riesgo. Lo bueno es que traes a tu noviecita para que te acompañe a ver a tu amante. —hizo una mueca de burla.

—¡Ah muy perra, culera! —la voz de Jennifer cortó como un cuchillo—. ¡Cállate y maneja!

—¡Cierren la boca o me voy solo con Valeria, y no precisamente a Puebla!

El silencio se hizo denso. La ciudad pasaba por las ventanillas como un sueño fragmentado: los tianguis sobre ruedas, las fachadas desconchadas, el olor a diesel y a tamales que se colaba por las rendijas del auto. Cerré los ojos. Pensé en el sobre, en la libreta negra, en el nombre que me habían dado y en el que había perdido. Pensé en mi madre, en la foto que ya olía a humedad sobre el buró. Pensé que quizás, después de todo, había dejado de ser el que fui sin haberme convertido aún en quien debía ser.

Cuando abrí los ojos, ya estábamos frente al edificio de Valeria en la colonia Portales.

El departamento olía a algo que no podía nombrar. No era solo a crack, no era solo a alcohol, no

era solo a la ropa sucia acumulada en el cesto del baño. Era algo más profundo: a humedad, a descomposición, a un fuego que se había apagado y ahora solo dejaba ceniza.

Valeria nos recibió con una bata de seda escarlata que ya no le quedaba igual. Estaba más delgada, más pálida, con el cabello sucio recogido en un moño deshecho. Detrás de ella, Vanesa asomaba medio cuerpo, con una mirada que alternaba entre el miedo y la hostilidad.

—Ro, mí Ro —dijo Valeria, con una voz ardiente—. Qué bueno que viniste.

—Valeria, vine para que vayamos a la hacienda de Puebla. Nada más.

—Claro, claro. La hacienda, la hacienda de mi padre; por fortuna tiene una capilla donde podré rezar por él. Pero primero, ¿no me presentas a tu amiga?

—Soy Jennifer, la hija de Don Pascual —dijo con una sonrisa que mostraba los dientes—. La novia de Rodrigo, ¿Me recuerda Señora Valeria?

Valeria la miró con unos ojos que parecían querer perforarla. Durante un segundo, el tiempo se detuvo. Luego sonrió, con una sonrisa que se parecía a la mueca de un animal acorralado. No sé si realmente no recordaba a Jennifer o solo era la pelea normal entre edades e intereses.

—Qué bonita. Y qué joven. Ro mí Ro, me da alegría ver que sigues conservando tu buen gusto. ¿Ella también fuma o inhala?

—Valeria, por favor vístete para la ocasión, se hace tarde. —abrace a Jennifer para imponerle una distancia.

—Sí, la hacienda donde Tini aprendió a montar. Pero antes, ¿quieren pasar? Les ofrezco un café, algo de comer... No soy tan mala anfitriona. ¿O prefieres que traiga el cubo de Saturno?

—No, gracias —dijo Jennifer mientras me daba un fugaz beso en la boca—. Venimos solo por usted.

Vanesa se adelantó, con una mano en la espalda de Valeria como si fuera a sujetarla.

—Hola, Rodrigo. Yo la llevaré a vestirse. Ya sabes cómo se pone.

Valeria la empujó con un gesto brusco.

—No me toques, ¡Pinche puto! Esto es entre Ro, mí Ro y yo.

—Valeria...

—¡Cállate, Vanesa, esto no es asunto tuyo!

Jennifer me soltó la mano. Se acercó a Valeria con una calma que me heló la sangre.

—Señora —dijo, con una voz fría—. Rodrigo vino a hacer un trabajo. Usted sabe lo que pasa si desobedecemos al honorable señor Philippe Fabré-Palaprat. Entiendo su dolor por perder a su padre; nos duele a todos que ya no esté, y la señora Nastya no va a esperar eternamente. Así que, por favor, denos el honor de montar a su lado. Yo sé que usted es una gran

jinete. No queremos escándalos. Además, Rodrigo no le dará problemas.

Valeria la miró, como si la estuviera viendo por primera vez, y lo que veía no le gustara.

—¿Y usted quién es para darme órdenes, niñita? ¿Sabe qué fui su amante antes que usted? ¿Sabe lo que he hecho por él? —señaló hacia mí con un dedo tembloroso—. Yo lo saqué de la calle. Yo le di techo, comida, ropa. Yo le di...

—Señora —la interrumpió Jennifer—. No me interesa lo que le haya dado. Eso fue antes. Ahora él está conmigo. Y no voy a permitir que nadie, nadie, lo amenace con picahielos ni con nada.

El silencio se hizo tan denso que se podía morder. Vanesa se pegó a la pared, como si quisiera desaparecer. Yo no sabía dónde poner las manos, ni los ojos, ni nada. Valeria fue la primera en bajar la mirada. Se llevó una mano a la cara, se secó las lágrimas y caminó hacia la habitación donde almacenaba sus mejores vestidos.

—Dame eso —le dijo a Vanesa, que se apresuró a alcanzarle un cigarrillo mentolado.

Regresó en un abrir y cerrar de ojos, como si el vestuario la estuviera esperando. Vanesa venía cargando una maleta de mano y otra grande de esas de viaje que llevan rueditas en la parte de abajo.

—Ahí está, Ro. Ya tienes lo que viniste a buscar.

—Gracias, Valeria. Si gustas, Vanesa puede venir con nosotros.

—No, no la quiero ver en buen rato —su voz se rompió, pero no lloró—. Vete a tu departamento, Vanesa, en cuanto termines de bajar todo mi equipaje.

Jennifer me soltó la mano; entendí que era para que Valeria se moviera hacia la puerta. Vanesa se movió tras nosotros. Solo nos miró irnos con una expresión que no supe descifrar. Lástima, quizás. O alivio.

Cuando íbamos a salir del edificio, Valeria me tomó con fuerza de la mano.

—Ro.

Me volví.

—Gracias por venir por mí. Pero cuídate de los que te quieren, Ro. Porque los que te quieren son los que más te pueden hacer daño.

No supe qué responder. En el pasillo, Dorian nos esperaba con un cigarro en la boca y una mirada que no reflejaba ninguna emoción. Jennifer le pidió que abriera la cajuela y salimos.

—¿Ya? —preguntó.

—Ya —contestó Jennifer.

Bajamos las escaleras sin mirar atrás. El Thunderbird arrancó con un rugido que parecía querer dejar atrás más que el edificio.

Nos detuvimos en un mercado de Amecameca a comprar provisiones para el viaje. Dorian se bajó con Jennifer a buscar cervezas, cigarros y botanas, mientras

Valeria y yo nos quedábamos en el auto con la mirada fija, esperando a ver quién era el primero en mostrar debilidad y besar como en los viejos tiempos.

—¿Estás bien? —preguntó Valeria, tocándome la cara con una mano que ya no temblaba.

—No sé.

—¿Todavía me amas?

—No es eso. Es... no sé explicarlo.

—Déjame ayudarte —dijo, y por un momento su voz fue suave, casi tierna—. Lo que sientes por mí es una mezcla de todo. De gratitud, de miedo, de dependencia. Pero eso no es amor, Rodrigo. El amor no te encierra. No te amenaza. No te hace daño.

—¿Y cual es tu mezcla personal ahora? —pregunté, sin pensarlo.

Valeria me miró con una expresión que no supe leer. Luego sonrió, y por primera vez desde que la conocía, su sonrisa de loca no escondía nada.

—Mi nueva mezcla, en esta ocasión, no te hará daño. Eso te lo prometo. —Me agarró con fuerza de la camisa y comenzó a besarme con su técnica mixta de meter la lengua y cubrir mi boca con sus gruesos labios.

Dorian y Jennifer regresaron con dos bolsas del mandado y una sonrisa de oreja a oreja. Par de chismosas: ya habían recopilado suficiente información para manipularme.

—¡Como dice la teibolera: ¡ya es tubo! Vámonos. El rancho nos espera. —Grito Jennifer, obviamente eso lo escucho venir de Dorian.

El rancho estaba en las faldas del Popocatépetl, más allá de Atlixco, donde la carretera se convertía en vereda y los letreros dejaban de tener sentido. Era una propiedad de la familia de Valeria, una ex hacienda que había sido abandonada y luego restaurada para criar caballos de pura sangre. Las cuadras eran amplias, de piedra blanca, con tejas de barro que reflejaban el sol de la tarde como si fueran de oro.

Llegamos cuando el sol empezaba a teñir el volcán de naranja. La señora Mary —otra prima al servicio de la familia— nos recibió en la puerta principal, con un delantal blanco y una sonrisa que no era del todo amable.

—Ya les esperaba —dijo, señalando las habitaciones—. La señora Valeria debe estar cansada.

—¿Ya la vio algún médico? —pregunté.

—No, joven Rodrigo. La doctora Vorsterman vendrá mañana a verla.

La Señora Mary me llevo a mi habitación, una pieza pequeña pero limpia, con una cama de hierro forjado y una ventana que daba al corral. Desde allí podía ver a los caballos —tres alazanes y un tordillo— que caminaban en círculos alrededor del bebedero, como si también ellos estuvieran esperando algo.

No podía dormir bien durante la primera noche. Me quedé en la cama, con los ojos abiertos, escuchando los ruidos del campo: el canto de los

grillos, el viento que bajaba de la montaña, los pasos de Valeria en la habitación contigua. A veces creía escucharla llorar. O quizás era mi imaginación, o el eco de algo que ya no estaba.

Alrededor de las tres de la mañana, alguien tocó a mi puerta. Abrí. Era Jennifer, con el cabello suelto y una bata blanca que le llegaba hasta los tobillos.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—No.

Se metió en la cama sin pedir permiso. Se acurrucó contra mi pecho y, por un momento, sentí que su cuerpo era lo único caliente en ese cuarto frío.

—Mañana te enseño a montar —dijo, con la voz medio dormida—. En la ciudad no sabes nada del campo ni de sus animales, pero aquí vas a aprender.

—¿Y para qué quiero aprender a montar?

—Porque los caballos saben cosas que los humanos olvidaron. Saben quién eres de verdad. No importa el nombre que te hayas puesto. Ellos te leen el alma.

Me quedé en silencio. Afuera, algún animal soltó un grito en la noche, y luego todo volvió a la calma.

—Jennifer —dije—. ¿Por qué te liaste conmigo?

—Porque sí. Porque a veces las cosas no tienen por qué tener una razón. Porque te vi en ese autobús, con esa cara de perro callejero, y supe que no iba a poder olvidarte.

—Eso no es una razón.

—Es la única razón que tengo. Y la única que necesito.

—¿Sabes cuando va a regresar tu futuro esposo?

—Ya regreso. Así como tu ya regresaste con Dorian.

—No hemos regresado, solo fue momento que ella quería darme porque su libido es tan grande como el tuyo.

—Que culero eres, ella sigue enamorada de ti, Tanto como Valeria y Sharon. Pero tu solo nos usas para meter tu fierro. No eres nada tierno.

—¿Y porque me has tenido en tu departamento casi un año?

—Te digo que estas bien pendejo Rodrigo Granda, no sabes entender el corazón de una mujer, pero sabes como alimentarlo.

—Tu eres de esos que nunca tendrán un centavo para llevarlo a la bolsa de un pantalón roto, pero donde meter la verga siempre te va a sobrar.

—Yo no te obligo a nada, nunca te pido nada, y no tengo inconveniente de irme el día que tu me lo pidas.

—¿Ves lo que te digo? —el falo erecto levanto mi ropa interior y la sabana— abusas de mi debilidad, sabes que es lo único que puedes ofrecerme, el pito chico de mi futuro esposo no me hará sentir nada. Pero

después de casarme nunca jamás te buscare para pagarte por sexo.

—Esta bien, no pasa nada.

—¡Ves como estas bien idiota! Puedes trabajar en LAW Capital y generar dinero suficiente para casarte conmigo. Como si no supiera que también te andas cogiendo a Nastya.

—¿Quién te dijo? —comenzó a quitar la sabana y se giro para quedar boca arriba.

—Ella, ella me lo dijo, me lo dijo con su mirada asesina desde la primera vez que me vio contigo.

—¿Y seguramente tu le disparaste con tus ojos tu libreta del CCH de apuntes marxistas? ¡Que ataque tan letal!

—¡Te digo que eres un idiota! —me bajo la ropa interior, liberando a la bestia.

—No puedo entender como una niña rica como tu puede creer en esa estupidez del socialismo, a los rojos se les debe de pegar con un garrote en la cabeza para que se sometan al poder del capital. —con su mano izquierda comenzó a acariciar su juguete favorito.

—Christian me dio LSD para controlarme, pero nunca me dio placer, mucha lengua poca acción, por eso lo deje. —flexiono sus piernas

—¿Ese es el nombre verdadero del Comandante Roberto?

—Si, pobre idiota, su mama le dijo que su padre

se fue con los guerrilleros, su papa se llamaba Roberto. ¿Pero sabes con quien se fue?

—Con alguna piruja seguramente.

—¡Exacto! Se fue con la nalgas prontas.

—¡No mames! ¿la nalgas prontas? Pero esa señora si mas no lo recuerdo era una joven y bella secretaria que se siente millonaria.

—Si, esa misma pinche vieja. Siempre presumiendo riqueza y nunca sus hijos han salido en la portada de la Eres o en Vanidades.

—Esta cabrón, pero eso no va evitar que yo si te interrogue.

—Te sientes muy valiente para someter al pueblo con tu garrote.

—Claro soy un soldado de la dictadura perfecta.

—Yo soy una soldada de la revolución, no me harás delatar a mis camaradas, maldito cerdo. —por primera vez me puso su boca en mi pene sin preservativo.

—Sera una sesión de tortura que nunca vas a olvidar. —la deje que sus labios sintieran mi carne por primera vez.

Después del exitoso interrogatorio, cerró los ojos. Poco a poco su respiración se fue haciendo más profunda, más lenta. Yo seguí despierto, mirando el techo, escuchando los latidos de su corazón mezclados con los míos.

En algún momento, antes de que amaneciera, alcancé a escuchar un ruido en el pasillo. Pasos lentos, arrastrando los pies. Valeria, probablemente, caminando sin rumbo por la casa. O quizás era mi imaginación, o el eco de algo que nunca termina de irse.

Cerré los ojos. Y por primera vez en mucho tiempo, no soñé con nada.

TRASMVTATO
books

Nota editorial Re MiX:

Este capítulo marca un punto de inflexión en la narrativa. El sobre entregado y la libreta recibida de Don Luciano introducen una capa de misterio que conecta a Rodrigo con una red más amplia de poder y pertenencia, una que trasciende al Comanche, a Valeria y al barrio mismo. La visita al rancho, lejos de ser una mera terapia para Valeria, se convierte en un espacio de transición: del encierro a la apertura, de la ciudad al campo, de una identidad impuesta a otra que aún debe ser descubierta.

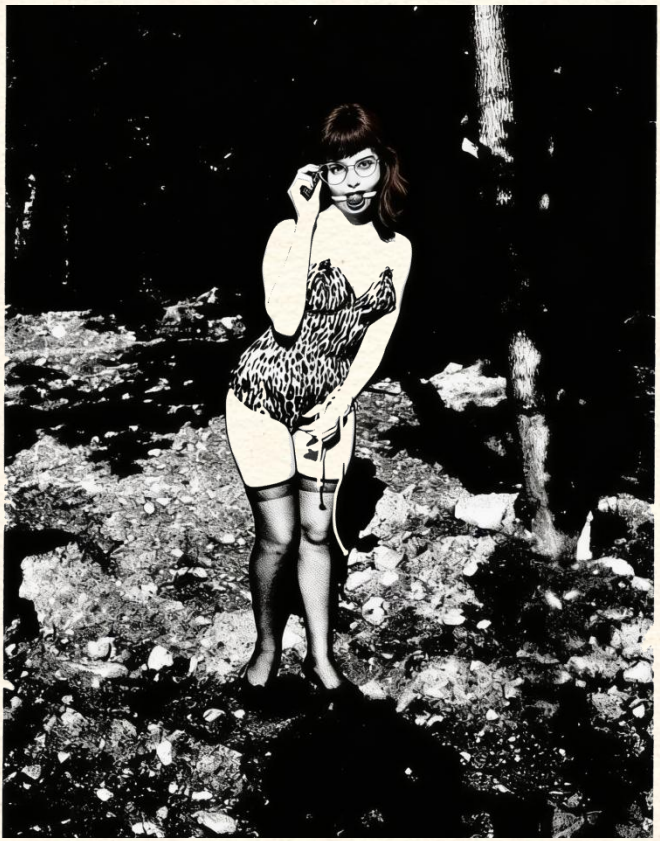
La presencia de Jennifer como jinete y entrenadora de caballos no es casual. Los caballos, en este contexto, funcionan como espejos: devuelven a cada quien su verdad, su peso, su posibilidad de ser otro. Rodrigo, que ha llevado tantos nombres y ha sido tantas cosas para tantas personas, se enfrenta por primera vez a la posibilidad de elegir quién quiere ser, no desde la supervivencia, sino desde el deseo.

La figura de Don Luciano, con su ajedrez y su libreta negra, conecta este capítulo con la tradición de las fraternidades secretas que atraviesan la historia de México. Su advertencia —«El Comanche nunca se retira, solo cambia de máscara»— resuena con el epígrafe del libro: esa tensión entre la ley y la sombra que define la identidad de los personajes.

Y, en medio de todo, el peso de los nombres. El nombre que le dieron al Comanche, el nombre falso que lleva Rodrigo, el nombre nuevo de Sharon, el nombre que Valeria perdió cuando dejó de ser solo la

esposa de un hombre para convertirse en otra cosa. Todos ellos, nombres en tránsito, nombres que no terminan de asentarse, que se mueven entre el papel y la vida, entre lo que se escribe y lo que se vive.

El rancho, con sus caballos y sus montañas, es el primer lugar donde Rodrigo puede ser sin tener que ser nada para nadie. Pero como todo en esta historia, esa paz es provisional. La libreta negra lo espera. Y en sus páginas, un nombre tachado, una fecha y la promesa —o la amenaza— de que la identidad, por más que se construya, nunca termina de ser propia.



TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

Capítulo V

«El galope de las sombras»

Les había contado que, después de la experiencia del picahielos, la idea de llevar a Valeria a la hacienda de Puebla no era solo un capricho de Nastya. Era una necesidad. La mujer que había conocido en la secundaria, la que me abría las puertas de su casa con chocolates y preguntas sobre si había comido, se estaba desintegrando entre el humo del crack y las promesas rotas. Algo había que hacer antes de que se perdiera del todo.

La señora Mary nos recibió en la hacienda con ese silencio de las empleadas antiguas, que lo saben todo pero lo guardan como si fuera un secreto de confesión. Mary nos asignó a cada uno las habitaciones: Valeria en la principal, con vista a los establos; Jennifer en la suite contigua; yo en una pequeña pieza al final del pasillo, con una cama de hierro forjado y una ventana que daba al corral donde los caballos se movían en círculos alrededor del bebedero, como si también ellos estuvieran esperando algo.

Dorian regresó al día siguiente en el Thunderbird rojo. El Loquillo envió a Quetzal (alias el Oaxaco) de refuerzo, un ex soldado que hablaba español, mixteco e inglés. El sardo se quedó en la caseta de vigilancia de la entrada principal, fumando un cigarro y hablando por radio con el Loquillo y con el señor Philippe. Su trabajo era otro: supervisar que las propiedades que el viejo Kirk había dejado no se las fueran a robar los que siempre esperan a que el muerto se enfríe para repartirse el botín.

—Mi jefecita chula Nastya me pidió que me quedara unos días —dijo Dorian, bajando del auto con una maleta de cuero que parecía más pesada que ella—. Dice que no confía en que este par de adictas, ojala y no se maten antes de que termine la semana.

—Nosotras no nos vamos a matar —respondió Jennifer, que había salido a recibirla con una copa de vino en la mano—. Pero no prometo nada si la señora Valeria vuelve a intentar sacarle los ojos a mi novio.

—Tu novio —Dorian soltó una carcajada—. Ese perro tiene más dueñas que pulgas. ¿A propósito, ¿a qué te supo mi culo?

—¡Ya cállense! —intervine, para cargar las maletas de Dorian—. ¿Qué hago con esto?

—Llévalo a la recámara que me asignó la señora Mary. Y después, cabrón, me vas a contar todo lo que pasó en el departamento. La señora Valeria anda más loca que de costumbre.

Las primeras horas en la hacienda fueron tensas. Valeria se encerró en su habitación y no salió hasta la tarde. Cuando lo hizo, traía puesta la bata de seda escarlata que ya le había visto otras veces, el cabello suelto y una mirada que alternaba entre la furia y la tristeza. Se sentó en la terraza que daba a los establos, pidió un café de grano, unos pastelillos de frutas frescas, y encendió un cigarro tras otro sin decir palabra.

Jennifer, por su parte, se había apropiado de las cuadras como si fueran suyas desde siempre. Yo no sabía que montaba. Nadie me lo había dicho. Pero cuando la vi acercarse a los caballos con esa seguridad

de quien lleva años haciéndolo, entendí que había muchas cosas de ella que aún desconocía.

—En la ciudad no se aprende esto —dijo, acariciando el hocico del tordillo que había en el corral principal—. Mis abuelos tenían un rancho en Jalisco. Allí pasé los veranos desde que aprendí a caminar.

—No me lo habías contado.

—Hay muchas cosas que no te he contado, Rock. Como que sé manejar un tractor, ordeñar vacas y reconocer una res de otra solo por el olor. Pero también sé que en este rancho no estamos solo para que Valeria se ponga bien.

—¿Entonces?

—Entonces, la señora Nastya me pidió que te vigilara. Dice que eres muy fácil de distraer.

—¿Con qué?

—Con mujeres —rió, soltando la melena del tordillo—. Pero no te preocupes. Ya me encargo yo de mantenerte enfocado.

La segunda noche, después de una cena incómoda en la que Valeria apenas probó bocado y Jennifer habló casi todo el tiempo de las razas de caballos que había conocido en sus viajes, me retiré temprano.

Desde mi ventana veía las luces de la hacienda dispersas en la oscuridad, como pequeños faros perdidos en un mar de magueyes y nopaleras. Escuchaba los pasos de Dorian en el pasillo, su voz baja hablando por teléfono con alguien en la ciudad, y

luego el silencio.

Alrededor de las dos de la mañana, alguien tocó a mi puerta. Era Valeria, recién bañada y oliendo a ese perfume fino que usaba para nuestras horas de pasión.

—¿Puedo pasar? —su voz era un hilo, apenas audible.

La hice entrar. Se sentó en la cama con la misma fragilidad con la que lo hacía en los días buenos, antes de que el crack le devorara las horas. Aunque la bata escarlata aun olía a alcohol y a cigarro.

—No vine a pelear, Ro —dijo, antes de que yo abriera la boca—. Vine a pedirte perdón.

—No tienes por qué.

—Sí, claro que tengo. Te quise matar con un picahielos. Eso no se hace, ni siquiera en este mundo de locos.

Me senté a su lado. Por un momento, el tiempo se detuvo. Ya no era la mujer que me había amenazado con el arma, ni la adicta que se consumía entre sus propias cenizas. Era la Valeria de los primeros días: la que me llevaba a McDonald's, la que me preguntaba si había comido, la que lloraba conmigo cuando la película terminaba y la luz de la televisión dibujaba sombras en su rostro.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —dijo, con la voz quebrada—. Que no me duele haberte perdido. Me duele haberme perdido a mí.

—Aún estás a tiempo, Val.

—No. Ya no. La droga me quemó por dentro. Lo único que me queda es este cuerpo que ya no es mío, y el recuerdo de cuando era joven y creía que la vida iba a ser distinta.

Lloró en mi hombro como no la había visto llorar nunca. Ni cuando la golpeaba su marido, ni cuando supo lo de Eugenia, ni cuando murió su padre. Era un llanto seco, antiguo, que venía de algún lugar que ni ella sabía que existía.

—¿Te acuerdas de las alucinaciones? —preguntó, cuando el llanto se fue calmando—. El ojo en la pirámide, los cuernos, la puerta de Ishtar.

—Me acuerdo.

—No eran solo las drogas, Ro. Esa mierda que veíamos era real. O tan real como puede serlo cualquier cosa que ves cuando te estás muriendo por dentro.

—¿Y qué era?

—Eras tú. O lo que representas. Ese ojo que nos miraba desde la oscuridad era la posibilidad de que alguien nos viera de verdad. No como nos veían los demás: como un objeto, como una pieza en un juego, como un estorbo. Como alguien que existe de verdad, aunque no tenga nombre.

Me levanté a buscar un vaso de agua con hielo. Cuando regresé, Valeria estaba recostada en la cama, con los ojos cerrados. Pensé que se había dormido, pero abrió los ojos cuando me senté a su lado.

—Nastya me va a internar en Suiza —dijo, con una calma que no le conocía—. Me lo dijo hoy por te-

léfono. Dice que es lo mejor para mí, para Sharon y para Lilith.

—¿Y tú qué quieres?

—No sé. Ya no sé qué quiero. Pero sé lo que no quiero: no quiero seguir siendo esta persona. La que te quería apuñalar con un picahielos porque no puede soportar que me hayas dejado por alguien mas joven, y aunque es mas joven no es tan bella como yo.

—Valeria...

—Déjame terminar. Voy a irme a Suiza. Pero antes quiero que sepas algo: el tiempo que estuvimos juntos fue lo único que me hizo sentir viva desde que tuve a Sharon. No era solo el sexo, ni las drogas, ni las alucinaciones. Era que contigo podía ser yo. La yo que había olvidado que existía.

Se levantó, se arregló el cabello, y antes de irse me dio un beso en la frente. Un beso seco, breve, que no pidió nada a cambio.

—Cuídate, Rodrigo. Y cuídala a ella. No la dejes que termine como yo.

—Valeria, Jennifer va a casarse en unos meses, me tendré que ir de su casa.

—Lo se, y por ello, de mujer a mujer le he pedido un favor.

—¿Qué tipo de favor?

—No necesitas saberlo, solo necesitas saber que no habrá droga esta noche para los dos. —me tomo de

la mano y me llevo a su habitación.

Cerró la puerta sin hacer ruido. Me quedé en la cama, escuchando los pasos de Jennifer alejarse por el pasillo, y luego el silencio que dejó. Volvimos a amarnos sin limite hasta que el cansancio y el sueño nos venció.

A la mañana siguiente, Valeria ya era otra. No sé si fue la decisión de irse, o el haber dicho lo que tenía que decir, o el simple hecho de haber llorado sin reservas. Apareció en el desayuno con un vestido blanco, el cabello recogido, y una sonrisa que no le veía desde antes del aborto.

—Hoy quiero que me enseñe a montar —dijo, sentándose frente a Jennifer—. Dicen que usted es una experta.

—No soy experta —respondió Jennifer, midiéndola con la mirada—. Pero sé lo suficiente para no caerme.

—Entonces, ¿qué esperamos?

Las dos horas siguientes las pasamos en el corral. Jennifer le enseñó a Valeria cómo acercarse al caballo, cómo colocar la silla, cómo subir sin que el animal se asustara. Al principio fue torpe, con esa torpeza de quien ha pasado años sin mover el cuerpo más allá de lo necesario. Pero poco a poco fue soltándose, encontrando el ritmo, la cadencia que solo se aprende cuando dejas de pensar y empiezas a sentir.

Yo las observaba desde la barda, con una cerveza en la mano y un cigarro entre los labios. Dorian se sentó a mi lado, con su propio cigarro y esa expresión

de quien sabe más de lo que dice.

—¿Sabes lo que está pasando aquí? —preguntó, sin voltear a verme.

—No.

—Valeria se está despidiendo, buscando otro animal que requiera sus cuidados, que la escuche y que no se la quiera coger solamente. Mientras tu puta hippie Jennifer está midiendo el terreno de lo que aspira a poseer. Y tú estás en medio, como siempre, sin saber para dónde va a caer la moneda.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Yo soy la supervisora. La que cuida que nadie se mate antes de que la patrona decida qué hacer con todo esto. Cuando ella llegue, yo me voy. Y tú te quedas con lo que decidas.

—No he decidido nada.

—¡Ese es tu problema, cabrón! Siempre esperas a que las cosas te pasen. Y luego te quejas de que te pasan. Además, ya me acostumbré a ti, a ser la última opción y a que no te quedes conmigo al amanecer. —Ni sus enormes lentes cubrían sus lágrimas.

—Dorian para ti el amanecer son las 5 de la tarde, para mi es a las "0500“.

—¿Y eso que pendejo? No estoy contigo por la verga, vergas vi muchas, y seguiré viendo.

—¿Entonces para que quieres que me quede contigo?

—¡Te digo que eres un idiota! —se tapo con una frazada.

Minutos después Dorian se levantó, se estiró como un gato después de una siesta, y se fue hacia la cocina a pedir más café.

En el corral, Valeria ya daba vueltas alrededor del redondel, con una seguridad que no le había visto en mucho tiempo. Jennifer la seguía a caballo, corrigiéndole la postura, la posición de las manos, el ángulo de las piernas. Por un momento, pensé que todo podría ser distinto. Que Valeria se iría a Suiza, que Jennifer se quedaría conmigo, que yo aprendería a montar y a ser otra persona. Pero eso era pensar como niño, como el que espera a que las cosas pasen sin hacer nada.

Pasaron los días hasta cumplirse un mes. Dorian recibió una llamada de Nastya para informarle que Valeria se iría al final de la semana. Había una clínica en Zúrich que la esperaba, un vuelo en primera clase, una cuenta bancaria a su nombre con suficiente dinero para mantenerse hasta que decidiera qué hacer con el resto de su vida.

—La matrona de Éfeso dice que ya no te necesita aquí —me dijo Dorian, colgando el teléfono—. Que te vayas con Jennifer o con quien quieras, pero que aquí ya cumpliste.

—¿Y Valeria?

—Ella se va. Ya habló con el *Rebis*. Sharon vendrá a despedirse el fin de semana.

Me quedé en la terraza, viendo cómo el sol se

ocultaba detrás de los volcanes. Jennifer llegó con dos copas de vino y se sentó a mi lado.

—¿Ya sabes? —preguntó.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. ¿Tú qué quieres que haga?

—No es lo que yo quiera, Rock. Es lo que tú decidas. Ya no eres un niño. Ya no puedes dejar que otros decidan por ti.

—Eso es lo mismo que dijo Dorian.

—Pues Dorian no es tonta. Aunque se haga la loca, sabe más de la vida que todos nosotros juntos. Y las dos hemos decidido dejar de verte; ya te hemos dado mucho.

Bebimos en silencio, viendo cómo la noche caía sobre el valle. Las luces de la hacienda empezaron a encenderse una por una, como pequeños faros que marcaban el camino de regreso.

—¿Tú te vas a quedar? —pregunté, después de un largo rato.

—No. Mi papá me necesita en la ciudad. Hay unos negocios que no puede dejar en manos de sus socios. Pero te voy a dar algo antes de irme. Después nos pondremos de acuerdo adónde voy a mandar tus cosas.

Sacó de su bolsa una cadena de plata, delgada,

con un pequeño colgante en forma de herradura.

—Es para que no te olvides de lo que aprendiste aquí. Montar no es solo moverse con el caballo. Es saber que puedes ir a donde quieras, siempre y cuando no le tengas miedo al galope.

Me puso la cadena al cuello. Sus dedos se quedaron un segundo de más, tocando mi nuca.

—¿Te vas a ir con la señora Valeria a Suiza? Digo, si te lo pidiera. —preguntó, con una voz que no era la suya.

—No. Ella tiene que hacer esto sola.

—¿Y conmigo?

—¿Me estás pidiendo que me vaya contigo?

—Te estoy preguntando qué quieres hacer. Que es muy distinto.

—«Me piro contigo» —le dije, usando su palabra. Sonrió. Era la misma sonrisa del autobús, la que me había hecho pensar que tal vez, después de todo, no todo estaba perdido.

—Entonces vámonos. Pero antes quiero que te despidas de ella.

La última noche de Valeria en la hacienda fue la más tranquila de todas. Cenamos en la terraza, con manteles blancos y velas que la señora Mary puso en el centro. Doña Mary abrió una botella de vino tinto que había guardado para la ocasión, y Jennifer contó historias de sus veranos en Jalisco, de las peleas con

sus primos, de la primera vez que montó a caballo sola y se cayó de espaldas en un charco de lodo.

Valeria escuchaba con una sonrisa que no era fingida. De vez en cuando intervenía para contar alguna anécdota de su propia infancia, de los caballos que tuvo su padre, de los paseos por el campo cuando aún no sabía que la vida iba a ser tan dura. Del primer caballo de Tini, del nuevo caballo de Sharon. Del día que me limpio la boca llena de sangre por defender a Tini. Del día que derribe con un golpe en la mandíbula a su ex esposo.

—Por miedo nunca me gustó montar —dijo, al final—. Siempre tuve miedo. Pero ahora creo que si hubiera aprendido antes, tal vez las cosas habrían sido distintas. Pero no les hubiera encontrado en mi camino.

—Nunca es tarde —dijo Jennifer, levantando su copa—. La próxima vez que nos veamos, te enseño a galopar.

—¿Crees que vuelva?

—Si te lo propones, sí.

Valeria me miró. Por un segundo, su mirada se clavó en la mía con esa intensidad que tanto me había perturbado cuando era adolescente. Pero esta vez no había deseo en sus ojos, ni rabia, ni resentimiento. Solo una tristeza profunda, antigua, que no pedía ser consolada.

—Cuídalo mucho —dijo, dirigiéndose a Jennifer—. Es un terco, un necio, un imbécil que no sabe lo que quiere. Pero es el único hombre que me ha

tratado como persona.

—Lo sé —respondió Jennifer, tomándome de la mano bajo la mesa—. Por eso me lo llevo. Pero soy mujer de palabra, y la luna llena nos dice que: *ya es tiempo de asegurar la productividad de la tierra, el ganado y la lluvia.* —Eso ultimo lo dijeron en coro, como si fuera algo parte de una celebración.

A la mañana siguiente, cuando el sol apenas empezaba a asomar entre los volcanes, Valeria se fue. Creo que no le dio tiempo de dormir, por la practica de la **Magia Simpática**, donde tres *Asherah* y un solo *Baal* aprovecharon la altura del lugar, el cambio de periodo de la primavera al verano, mas una lluvia intensa acompañada de rayos y centellas. No sabia que mis acompañantes eran seguidoras de una deidad Cananea, ni que la hacienda tenia un templo sobre un monolito, donde se representaba el "culto en Shittim". Por lo que aun medio despierto y muy agotado, vi un elegante Cadillac negro que la recogió en la puerta principal. La señora Mary le entregó una maleta pequeña y un ramo de flores que había cortado del jardín. Valeria subió al auto sin mirar atrás, sin despedirse de nadie. El auto era blindado con los vidrios polarizados. Al abrirse la puerta vi a Sharon vestida en tonos que iban del salmón al rosa mexicano, que hermosa y feliz se veía, me hubiera gustado saludarla.

La vi desde la ventana de mi habitación. Dorian estaba en la entrada, con los brazos cruzados, viendo cómo el auto se perdía en el camino de terracería. Cuando desapareció, se dio la vuelta y me saludó con la mano, como diciendo: ya estuvo, ya se fue, ahora qué vas a hacer. Así que fui con Jennifer quien me esperaba en los establos, con dos caballos ensillados.

—Hoy te toca a ti —dijo, subiendo al tordillo con la agilidad de quien lleva años haciéndolo—. ¿Te da miedo, después de la experiencia en la madrugada?

—No.

—Mientes como siempre Rodrigo Granda. Pero está bien. El miedo no se quita, se aprende a llevar. Como las riendas, como el galope, como la vida.

Me ayudó a subir. El caballo se movió un poco, sintiendo mi torpeza, mi peso mal distribuido, mis piernas temblorosas. Pero Jennifer puso una mano en mi espalda, firme, y dijo:

—No lo aprietes. Déjalo que te conozca. Los caballos saben quién eres antes de que tú mismo lo sepas.

Salimos del corral al paso. La mañana estaba fresca, el cielo despejado, el aire oliendo a tierra mojada y a eucalipto. A lo lejos, el Popocatépetl soltaba una columna de humo que se perdía en el horizonte.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—No sé.

— A donde el caballo nos lleve, porque el va a donde quiere cuando es libre. —se pinto los labios con el bilé de Valeria— ¿No te enseñaron eso en la correccional?

—En la correccional me enseñaron otras cosas.

—Pues olvídalas. Aquí no hay muros. Aquí no hay

rejas. Aquí solo hay tierra, viento, y lo que tú decidas hacer con ellos.

Aflojé las riendas. El caballo aceleró el paso. Al principio fue incómodo, un vaivén que me sacudía los huesos, pero poco a poco fui encontrando el ritmo. Dejé de pensar en cómo poner los pies, en dónde colocar las manos, en si iba a caerme. Solo sentí el movimiento, la respiración del animal, la tierra que pasaba bajo nosotros como si no tuviera fin.

Jennifer galopaba a mi lado, con el cabello suelto al viento, riendo como una niña que acaba de descubrir que el mundo es más grande de lo que le habían contado.

—¿Ves? —gritó, por encima del ruido de los cascos—. Esto es lo que te estabas perdiendo.

—¿Y qué más me estoy perdiendo? —le grité de vuelta.

—Eso lo decides tú.

Nos adentramos en el llano, donde los magueyes y los nopales se abrían paso entre la tierra roja recién mojada. El sol ya estaba alto, calentándonos la espalda, y por un momento pensé que podía seguir así para siempre. Sin el barrio, sin la correccional, sin la sombra del Comanche, sin Valeria. Solo el galope, el viento, y esa mujer que me había encontrado en un autobús y que ahora me enseñaba a cabalgar como si la vida fuera otra.

Pero la vida no es otra. Es la misma, solo que a veces cambia de nombre.

Regresamos a la hacienda antes de que cayera la noche, con los caballos sudorosos y nosotros también. Dorian nos esperaba en la terraza, con una jarra de agua fresca y una expresión que no sabía si era de alivio o de preocupación.

—¿Ya se despidió Valeria de Sharon en el aeropuerto? —pregunté, bajando del caballo con las piernas temblorosas.

—Ya. Y el Oaxaco también ya se fue.

—¿Cómo? —Jennifer se fue a su habitación.

—Recibió una llamada del Loquillo. Algo urgente en la ciudad. Se fue hace una hora en el auto de la señora Mary. El Loquillo me pidió que te diera un último recado de la señora Valeria.

Me entregó un sobre color hueso con el mismo sello de lacre. Lo abrí. Adentro había un boleto de autobús a la Ciudad de México, cincuenta billetes de quinientos nuevos pesos, y una nota escrita con una extraña letra manuscrita:

> «Roderick, no te desperté porque sé que te gusta despedirte a tu manera. Nos vemos en la ciudad, le pides a Vanesa la llave del departamento, ya debe de estar limpio. No te olvides de lo que aprendiste: el miedo no se quita, se aprende a llevar. La cadena que te dio Jennifer yo le pedí que te la entregara; era de mi padre, está prestada. Si la pierdes, te la cobro con intereses. Así que prepárate para pagarme hasta el fin de los tiempos»

Guardé la nota en la bolsa de mi chamarra.

Dorian me miró con esa mezcla de ironía y ternura que usaba para disfrazar que en el fondo le importaba lo que me pasara.

—¿Y ahora qué, cabrón? Solo pones esa cara cuando tu instinto de supervivencia te advierte de un peligro. —preguntó, encendiendo un cigarro.

—Ahora me voy a bañar. Luego me tomo una cerveza. Y después... después ya veremos. Algo no cuadra con esa carta, pero lo averiguare después.

—Eso mismo dijiste cuando saliste de la correccional. Y mira cómo acabó.

—Sí, mira cómo acabó. Con una vieja loca que nos engañó y que no se va a ir a Suiza, otra vieja loca en la ciudad que seguramente ya viene para acá, y tú aquí haciéndote la cómplice. Y yo en medio de la nada, con un boleto de autobús en la mano y sin saber qué hacer con él.

—No estamos en medio de la nada. Estoy aquí. —Mientras ella hablaba, besé la herradura—. ¿Y eso qué significa?

—No lo sé. Pero por primera vez, no me da miedo no saberlo.

Dorian soltó una carcajada, de esas que le salían del alma.

—Pinche Rambo, siempre con tus frases. Anda, vete a bañar. Hueles a caballo, a sudor y a miedo.

—Ya te dije que no tengo miedo.

—Todos tenemos miedo, cabrón. La diferencia es que algunos lo usan para correr, y otros para aprender a galopar.

Se fue hacia la cocina, dejándome solo en la terraza con el sobre en la mano y el boleto en la bolsa. Desde allí veía los establos vacíos, los caballos que volvían a sus cuadras, el humo del Popocatépetl que se deshacía en el horizonte.

Por un momento, pensé en Valeria. En su bata escarlata, en su risa rota, en sus dedos quemados por el encendedor. Pensé en Sharon, en sus cortes superficiales y su búsqueda de un nombre que le quedara. Pensé en el Comanche, en Patsy, en la Diana, en todos los que habían cruzado mi vida como sombras que no se quedaban.

Y pensé en Jennifer. En su camiseta de L7, en su risa en el autobús, en su mano firme en mi espalda cuando monté a caballo por primera vez.

No sabía qué iba a pasar. No sabía si valdría la pena caer en la trampa de Nastya para alcanzar a Valeria, si Sharon encontraría la paz, si Jennifer se cansaría de mí como se cansaron los demás. Pero por primera vez en mucho tiempo, no me importaba no saberlo.

Bajé las escaleras que conectan al estudio. Dorian ya había puesto dos cervezas sobre la mesa, con el líquido sudando en las botellas de vidrio verde.

—¿Sabes qué? —dije, sentándome frente a ella.

—¿Qué? ¿Que por fin vas a tener los güevos para andar conmigo y no huir al amanecer?

—Sigues con lo mismo, pero lo platicamos después. Dorian, voy a aprender a montar bien. No solo para no caerme. Sino para saber a dónde ir.

—¿Y a dónde vas a ir?

—No sé. Pero por lo menos voy a poder elegir. Así que si un día me ves llegar a tu hotel con mis bolsas negras de plástico, ya sabes para que es.

Dorian sonrió y levantó su botella. Yo levanté la mía. Brindamos en silencio, afuera bajaba el sol de la tarde, mientras los caballos relinchaban en los establos y el viento traía el olor a tierra mojada y a eucalipto.

Esa noche, cuando el cielo se llenó de estrellas y el Popocatépetl humeaba en la distancia, fui a la terraza a fumar el último cigarro que me quedaba. Jennifer ya se había ido a dormir, o eso creía. Pero apareció en la puerta con una manta y dos tazas de café.

—No vas a poder dormir —dijo, sentándose a mi lado—. A nadie le pasa después de que se va alguien.

—No es por eso.

—¿Por qué es, entonces?

—Porque no sé si quiero volver.

—¿A la ciudad?

—A todo.

Jennifer se quedó callada un rato. El viento movía los árboles del jardín, y los perros de la hacienda ladra-

ban a la luna.

—¿Sabes qué pienso? —dijo, al fin de los ladridos.

—Dime.

—Pienso que estás más vivo que nunca. Que el miedo que tienes no es a perderte, es a encontrarte. Y que no hay nada más peligroso que eso.

—¿Por qué peligroso?

—Porque cuando te encuentras, ya no puedes culpar a nadie. Ni a tu madre, ni a la correccional, ni a Valeria. Solo a ti.

No le contesté. Me tomé el café, sintiendo cómo el calor me bajaba por el pecho, y dejé que el silencio hiciera lo suyo.

Dorian se acerco con una taza de café, se sentó en medio de nosotros sin decir nada.

—No voy a dormir. Tampoco quiero regresarme Mañana. Estoy cansada de la ciudad, a ver qué hacen ustedes con sus vidas. Yo voy a terminar mi trabajo.

—¿A dónde vas Jenny? —Dijo Dorian, ni yo le digo Jenny.

—Con los caballos, Doris. —¿Doris? ¿Qué pedo con estas pinches viejas?

—Deberías de valorar mas a Jenny, voy con ella. Los caballos le dan algo espiritual; ya me cae bien. Ojalá podamos hacer algo sano los tres.

Se fueron, dejándome solo con la luna y el humo del volcán. Me quedé allí, viendo cómo las estrellas se movían lentas sobre mi cabeza, hasta que el frío me obligó a bajar.

En la habitación, antes de dormir, saqué la cadena de plata que supuestamente Valeria, por medio de Jennifer, me había regalado. La puse sobre la mesa de noche. Por un momento, pensé en todas las cosas que había perdido. Y en todas las que había encontrado sin buscarlas. Apagué la luz al sentir la llegada del sueño. Por primera vez en mucho tiempo, no soñé con fugas fallidas, ni con muros, ni con puertas que no se abrían. Soñé con un caballo blanco, galopando sobre la tierra roja, sin jinete, sin rumbo, pero con una libertad que nunca había sentido.

Me despertó la voz de Jennifer en el pasillo, platicando con Dorian; hablaban de mí, cosas buenas y malas. A pesar de mi torpeza al tratarlas, me veían no solo como una máquina para follar: veían a un niño buscando a su madre para que lo regañara, le ordenara, lo arrullara, lo alimentara.

Cuando sus risas jocosas me animaban a salir de la recámara, se escuchó la Suburban de Nastya llegar. Regresaron a sus habitaciones, mientras yo me vestía para recibirla. Oí a doña Mary correr por el pasillo de losetas de talavera, preguntándole a Nastya si deseaba cenar.

La saludé, y ella le pidió que llevara la cena al estudio y que me trajera un café. Me preguntó por Jennifer y Dorian para, después, tomarme de la mano y llevarme al estudio.

TRASMVTATO
books

Nota editorial Re MiX

Este capítulo cierra el arco de Valeria en la narrativa de Rodrigo, pero no la despacha como un personaje resuelto. Su fallida partida a Suiza no es una curación mágica ni una redención fácil: es un intento, una apuesta incierta que el relato —y la vida— le concede sin garantías. En eso radica la honestidad de la historia: la recuperación no se anuncia con trompetas, sino con un auto que se aleja por un camino de terracería.

La elección de Rodrigo no se resuelve en este capítulo. La cadena de plata que Valeria, a través de Jennifer, le regala no es un símbolo de posesión, sino de posibilidad. La herradura no encierra: señala un camino. Y aunque Rodrigo aún no sabe si seguirá a Jennifer, o si volverá al barrio, o si se perderá en la ciudad como tantas otras veces, el capítulo deja claro que ha aprendido algo que la correccional nunca pudo enseñarle: que la libertad no es un lugar al que se llega, sino un ritmo que se aprende.

La decisión de incluir la enseñanza de la equitación no es anecdótica. Los caballos funcionan aquí como una metáfora encarnada del vínculo: exigen presencia, firmeza, confianza mutua. No se puede montar con miedo, pero tampoco con violencia. La lección que Jennifer le imparte a Rodrigo es la misma que el capítulo le ofrece al lector: la vida se aprende llevándola, no dominándola.

La despedida de Valeria, por su parte, no es un adiós sentimental. Es un reconocimiento. La frase «el único hombre que me ha tratado como persona» no es

un halago hacia Rodrigo, sino una condena hacia todos los otros. Y en ese reconocimiento, Valeria no pide que la salven: pide que no la olviden. Su partida, silenciosa, sin mirar atrás, es el gesto más digno que ha tenido en toda la historia.

El capítulo termina con Rodrigo en un umbral: entre la hacienda y la ciudad, entre Jennifer y su propia incertidumbre, entre el galope y el paso. La cadena de plata y el boleto de autobús son dos caras de la misma moneda: la posibilidad de moverse, de elegir, de no quedarse. Pero también el peso de tener que hacerlo.

Y en ese peso está la verdad del personaje: Rodrigo no es un héroe que resuelve, es un sobreviviente que aprende. Y lo que aprende, en este capítulo, es que la libertad no se encuentra cuando dejas de tener miedo, sino cuando decides galopar con él.

SALSA MUSIC
EL THUNDERBIRD
TRASMVTATO
books

THUNDERBIRD
CANTINA
INSURGENTES
TRASMVTATO
books

Capítulo VI

«La noche de los volcanes»

El estudio de la biblioteca olía a cuero viejo y a tabaco de pipa. Había una chimenea apagada, un escritorio de caoba cubierto de papeles, y en las paredes, estanterías que llegaban hasta el techo con libros que nadie había leído desde la muerte del Viejo Kirk. También estaban las fotos, películas, grabaciones de audio, periódicos y revistas con el seguimiento de sus enemigos y amigos políticos. Doña Mary entró con una bandeja de plata Mulholland Bros: café negro en una prensa estilo francés de vidrio, pan dulce en un plato de cerámica, una jarra de leche humeante y dos tazas de porcelana con letras doradas que decían *Hacienda de los Ángeles*.

Nastya se sentó detrás del escritorio como si fuera suyo, aunque yo sabía que ahora ese lugar era del señor Philippe. No había encendido la lámpara de banquero Emeralite sobre la mesa, solo el flexo estilo Bauhaus que apuntaba hacia unos documentos, dejando su rostro a medio camino entre la luz y la sombra. Vestía un traje sastre negro de Gianfranco Ferré Pre-Owned, entallado, con doble botonadura; unas zapatillas Manolo Blahnik Capcour lace pumps; sobre la mesa, un bolso Birkin de Hermès de esos que usaba para las reuniones importantes. Llevaba el cabello recogido con un pasador de carey con incrustaciones de oro y diamantes en forma de octágono, que le daba un aire de directora de escuela para millonarios, de esas que te expulsan por algo que no hiciste cuando tu familia se queda pobre. Y, por supuesto, un collar de oro del que colgaba un hermoso trabajo de orfebrería con las letras **בַּעַל**.

—Siéntate y sírvete; yo lo haré después —dijo, sin levantar la vista de los papeles.

Me senté en el sillón de enfrente, el de cuero verde que crujía como un animal viejo cuando le ponías encima todo el peso. Tomé la cafetera de vidrio, serví el café en la taza con calma para no provocar al depredador más peligroso de la noche.

—¿Qué va a pasar con Valeria? —pregunté, para romper el silencio.

Nastya cerró la carpeta que estaba revisando. Era verde, de esas de archivo muerto, con una cifra de cuatro números que no alcancé a leer. La puso a un lado y me miró con esos ojos claros eslavos que tenía.

—Valeria va a Suiza porque yo lo decidí. No porque ella quiera, ni porque lo necesite, sino porque no puedo tenerla aquí mientras resuelvo lo del señor Philippe. Ella es mi media hermana; algo que tampoco sabías, Rodrigo. Y las hermanas se protegen, aunque a veces se quieran matar. —Por supuesto que Doris y Jenny me contaron de las medias hermanas.

—¿Y ustedes se quieren matar?

—De vez en cuando, por el dinero, por las mansiones, pero nunca por ti. Pero eso no es de tu interés.

Se levantó del escritorio y caminó hacia la ventana que daba al jardín. Desde allí se veían los árboles de limón y, más allá, la sombra de los volcanes recortada contra el cielo estrellado. El Popocatépetl humeaba con esa luz rojiza que parecía la brasa de un cigarro gigante. Nastya apoyó una mano en el marco de

la ventana y se quedó quieta, como si estuviera esperando que alguien le dijera algo que ella ya sabía.

—¿Sabes por qué di la orden de que te quedaras? —preguntó, sin voltear.

—¿Por lo del rito, o por Valeria?

—No. Por lo de Valeria ya hice lo que había que hacer. Te pedí que te quedaras porque necesito que me ayudes con algo más.

—¿Con qué?

—Con el señor Philippe.

Se dio la vuelta. En la penumbra, su rostro se había transformado. Ya no era la hermana mayor que decidía sobre Valeria, ni la patrona que daba órdenes a Dorian. Era otra cosa, algo que no había visto en ella hasta ese momento: una mujer contando cartas en una baraja donde los comodines éramos nosotros.

—El señor Philippe está viejo y enfermo, más viejo y enfermo que el difunto Kirk —dijo, caminando hacia mí con pasos lentos, midiendo cada palabra como si fuera una moneda—. Y cuando los viejos se mueren, los perros se pelean por el hueso. El Loquillo ya se está moviendo. El Oaxaco también, aunque finge lealtad. Y Dorian... Dorian es fiel a la familia, pero no es tonta. Sabe que cuando caiga el viejo, alguien va a tener que sostener esto.

—¿Y usted?

—Yo puedo sostenerlo sola. Soy una mujer ambiciosa, pero hay algo que yo no puedo hacer,

Rodrigo. En este mundo, el delito de asesinato es algo que siempre te va a perseguir, por muy perfecto que sea. Esa es una desventaja que no se quita con apellido ni con dinero. Necesito a alguien que esté conmigo, alguien que no sea de los que quieren quedarse con la parte del león. Alguien que decida ganar una buena compensación económica y el sabor de mi cuerpo cada semana para no volverse loco mientras paga su condena.

—¿Y quiere que sea yo? —Entendí en ese momento la falta de preservativos y dejarme andar desnudo por toda la hacienda.

Se sentó en el brazo del sillón. Estaba tan cerca que podía oler su perfume, el mismo que usaba Valeria en los días buenos, pero en ella olía distinto. Más ácido, como si la fragancia se hubiera vuelto amarga con los años.

—Tú eres útil, Rodrigo. No porque sepas pelear, ni porque tengas agallas. Eres útil porque Valeria te quiere, y Valeria es la única persona en este mundo que puede hacer que el señor Philippe me tome en serio. Si tú estás conmigo, ella está conmigo. Y si ella está conmigo, el señor Philippe no puede ignorarme.

—Entonces, quiere usted quitar a Valeria de su camino.

—Exacto, si te desapareces con ella, el señor Philippe respetaría su decisión. Por más loca que esté, aunque no sepa la puesta en escena de la muerte del Viejo Kirk, ella es la hija favorita. Bajara la guardia y alguno de sus viejos amigos o enemigos podría descubrir la farsa y evitarnos pagar abogados y celado-

res. Aunque esa parte de vernos cada semana no suena nada mal.

Tomó la taza de café de mis manos y la puso sobre la mesa, con una firmeza que no esperaba. Sus dedos eran largos, fríos, con anillos que giraban en los nudillos como si estuvieran vivos. Se siguió recorriendo mis brazos, me acaricio el pecho, puso sus manos en mis piernas, tomo un respiro y dijo:

—No te voy a pedir que hagas nada sucio a la fuerza —acerco sus carnosos labios a los míos, y bajo la voz—. Solo que estés conmigo. Que cuando llegue el momento, digas que me conoces, que confías en mí, que sabes que soy la única que puede seguir con esto sin que todo se desmorone. Que soy una mujer débil, frágil, inocente, sin la fuerza física o maldad para cometer un crimen. —me volvió a tomar de las manos.

—¿Y si no quiero?

—¿No quieres qué? ¿Estar conmigo cada semana? Decir que soy una buena mujer y madre. Las gemelas te admiran, te quieren, te respetan. —Su mirada mustia con ese intenso parpadeo salió a flote.

—No quiero ser una pieza en su juego.

Soltó mis manos y soltó una risa corta, de esas de burla con nervios.

—¿Crees que no lo eres ya? Desde que entraste a ese departamento a satisfacer a mi hermana. ¿Tu crees que no sabíamos lo que hacían y la causa por la que casi matas a su ex esposo a golpes?

—¿Y porque no me corrieron entonces?

—Porque mi plan era que la socia mayoritaria terminara en la cárcel. Pero la inútil drogadicta falló al intentar matarte con un picahielos. Si ella no está, automáticamente yo tomo posesión de todas sus acciones; y si Philippe muere, también me quedo con lo que ahora posee.

—Ósea que en este juego de mascaras, yo puedo elegir entre ser un Comanche, un Don Luciano, un Guacho ¿o el Viejo Kirk?

—¡Por supuesto! La única diferencia es quién te mueve. Y yo te propongo moverte con alguien que al menos te avisa cuál es el plan. ¿Eso es mejor que ser el perro del Comanche, que ni siquiera sabía por qué le ladraba a la luna?

Me quedé callado. Afuera, un caballo relinchó en los establos, y el sonido se perdió en la noche como una advertencia que nadie entendía.

—¿Qué me vas a dar de anticipo? —pregunté, porque había aprendido en la correccional que en este mundo nadie pedía nada sin ofrecer algo a cambio.

Nastya me dio un pequeño beso en la boca, se levantó y caminó hacia el escritorio. Abrió un cajón y sacó una llave, de esas viejas, de latón, con una etiqueta que decía *Casa de la Condesa*.

—¿Sabes lo que hay de valor en la colonia Condesa? —preguntó, haciendo girar la llave entre sus dedos.

—No. No se. —Mentí, era la casa que funciono como casino en la época de la prohibición del General Cárdenas.

—Una casa de dos pisos con seis recámaras, cada una con su baño, sala de recepción y baile, jardín con árboles frutales y una fuente con vista a la avenida. La compró mi padre para Valeria cuando se casó, pero ella nunca quiso vivir allí.

Me puso la llave en la palma de la mano. Era pesada, más pesada de lo que parecía. La cerré con los dedos, sintiendo el metal frío contra la piel.

—Eso es para ti —dijo—. Cuando vuelvas a la ciudad, no tienes por qué regresar al barrio. No tienes por qué dormir en departamentos ajenos ni deberle favores a nadie. Ese lugar es tuyo, si decides que quieres estar conmigo. Cuando Regrese Valeria de Suiza, nadie hará preguntas de verme allí cada semana.

—¿Y Jennifer?

Nastya levantó una ceja. Esa ceja que usaba para decir *no me jodas* sin pronunciar una sola letra.

—Jennifer solo es para mí la hija de un socio. Un socio del que no sé si va a estar conmigo cuando las cosas se pongan difíciles. Si tú quieres seguir viéndola, es tu asunto. Pero que quede claro: ella no es la que te está dando un lugar donde vivir y con escrituras. Yo soy la albacea y puedo marcarle al Notario para que de fe del acto.

—No quiero que me compren.

—No te estoy comprando. Te estoy dando una oportunidad. La diferencia es que cuando te compran, te tratan como a una cosa. Cuando te dan una oportunidad, se espera que la aproveches. Es como la metáfora de Mark Twain, ¿recuerdas cual fue el primer

libro que te deje sacar de la biblioteca?

—Era *El Príncipe y el Mendigo*.

Guardé la llave en la bolsa de mi chamarra, junto con el boleto de autobús y la nota de Valeria. Por un momento, el peso de todo lo que llevaba encima me pareció más grande que mi cuerpo. Pero no dije nada. Había aprendido en la correccional que a veces callar era la única manera de seguir siendo uno mismo. Nastya volvió a sentarse detrás del escritorio, retomando su lugar como si nada hubiera pasado. Sirvió más café en su taza, le añadió leche y azúcar, con ese gesto mecánico de quien ha hecho lo mismo mil veces.

—Hay algo más —dijo, y su voz había cambiado. Ya no era la voz de la mujer que me ofrecía una casa. Era otra, más baja, más íntima, como si hubiera bajado la guardia sin querer.

—Dígame.

—Valeria te ama, Rodrigo. No como tú crees, no como ella cree. Te ama de una manera que no sé si entiendes. Cuando ella te mira, no ve a un chico del barrio que salió de la correccional. Ve algo que perdió hace mucho tiempo y que no sabe cómo recuperar.

—¿Qué cosa?

—A ella misma. Tú le recuerdas quién era antes de que el mundo la partiera en dos. Y eso es peligroso, porque cuando alguien te recuerda quién eras, también te recuerda todo lo que dejaste de ser.

—¿Y por qué me dice esto?

—Porque si vas a estar conmigo, tienes que saber que Valeria no tomo el vuelo a Suiza con Sharon. Deberías de ir a buscarlas, convéncelas de ir a Suiza, yo te consigo pasaporte y visa estadunidense para que te vayas a las Vegas con Sharon cuando dejen a la loca de mi hermana en la clínica. No sabes lo que significas para ella, vas a terminar haciéndole daño sin querer sino la buscas. Y a mí no me sirve que le hagas daño. Aunque ella sea mi media hermana, las hermanas se protegen, aunque no se lo merezcan.

Bebí el café ya frío, sintiendo el amargor en la lengua. La chimenea seguía apagada, pero el cuarto estaba caliente, como si las paredes guardaran el calor del día o la tensión de lo que no se decía.

—Yo no quiero hacerle daño a nadie —dije, y supe que sonaba como un niño, como el que todavía creía que con no querer bastaba.

—Lo sé. Por eso te estoy hablando claro. Porque tú no eres como los demás. Los demás quieren algo: dinero, poder, un nombre. Tú quieres... no sé qué quieres. Y eso te hace peligroso. No para mí. Para ti mismo.

Se levantó otra vez, pero esta vez no fue hacia la ventana. Vino hacia mí, se puso frente a mi sillón, y por un momento pensé que iba a hacer algo, a tocarme el hombro, a decirme algo que no me iba a gustar. Pero solo se quedó allí, mirándome con los brazos cruzados, como si estuviera esperando que yo dijera algo que ella ya sabía.

—¿Entonces qué va a pasar con el señor Philippe si acepto? —pregunté, porque era lo único que se me

ocurrió para llenar el silencio.

—Eso no te importa.

—Me importa si voy a estar con usted.

—Vas a estar conmigo. No con él. Con él ya no te vas a cruzar. Eso es lo que yo decido.

—¿Y si él decide otra cosa?

Nastya sonrió, aunque la sonrisa duró apenas un segundo, como un relámpago en una noche de tormenta.

—El señor Philippe no va a decidir nada. Porque cuando él quiera decidir, yo ya voy a haber decidido por él. Así funciona esto, Rodrigo. No esperes a que los viejos se mueran. Muévelos antes de que se caigan.

Se acercó más. Estaba tan cerca que podía ver las líneas alrededor de sus ojos, cada una equivalente a una década; esas líneas que no se perciben a la distancia. Esas líneas que, desde el primer día que amanecimos juntos, me contaron los años que ha pasado un demonio tan sensual en este mundo de mortales, donde solo los inmortales toman decisiones que nadie más quiere tomar.

Puso una mano en el respaldo del sillón, justo detrás de mi cabeza, e inclinó el rostro como si fuera a decirme un secreto.

—Tú no eres como Valeria —dijo, bajando la voz hasta hacerla un hilo—. Ella se dejó llevar por las cosas: por las drogas, porque le gustó tu forma de fornicar, por la tristeza. Tú no tienes dinero para darle

la vida que ella ha recorrido desde niña, pero con esa casa al menos podrán aparentar ante los demás su idilio. Tú has sobrevivido a cosas que ella no podría ni imaginar. Por eso te quiero conmigo. Porque sé que cuando todo se venga abajo, tú no me vas a dejar caer.

—No estoy tan seguro.

—Yo sí.

Su mano bajó del respaldo y se posó en mi hombro. Sus dedos fríos apretaron apenas, como si estuviera tomando mi medida, calculando el peso que podía soportar.

—No te voy a pedir ninguna respuesta afirmativa de negocios esta noche. Lo demás, lo decido yo, yo puedo entrar en la habitación que quiera porque muy pronto seré la dueña de esta hacienda. —dijo, separándose de repente, como si hubiera decidido que ya era suficiente—. Vete a la cama, espero y las demás me hayan dejado algo para saciar mi sed.

—¿Y Jennifer?

—Jennifer se va mañana con su padre. Tú te quedas un día más. Luego vuelves a la ciudad. A tu nueva casa, si decides tomarla. O a tu barrio, que no tiene ni siquiera una estación del metro ni un centro comercial cerca, si decides ser tonto, buscare otro semental entonces.

—No voy a ser tonto.

—Eso espero.

Caminó hacia la puerta, pero antes de abrirla se

detuvo. La luz del flexo le daba de espaldas, dibujando su sombra enorme en la pared.

—Una cosa más, Rodrigo Granda. Lo de la casa no es para que te sientas en deuda conmigo. Es porque Valeria me pidió que te lo diera antes de irse. Dijo que si no tenías un lugar propio, ibas a terminar como ella, esperando que alguien te abriera la puerta en lugar de construir la tuya.

—¿Valeria? Valeria me dejo un sobre pidiéndome buscarla.

—Sí. Aunque no lo creas, cuando está lúcida, piensa en los demás. Es su única virtud. Y tu podrías usar tu deliciosa virtud para que ya se suba a ese avión. ¡ya vete y date un baño!

Salió del estudio con pasos firmes, los mismos que había usado para entrar. Me quedé allí, con la taza vacía entre las manos y la llave de la casa en la bolsa.

Doña Mary apareció en la puerta con su silencio de siempre, recogió la bandeja y me miró con esos ojos que lo sabían todo pero no decían nada.

—¿Quiere más café, joven Rodrigo antes de que le prepare el baño de vapor?

—No, gracias, doña Mary. Me bañare en la regadera de la Señora Nastya.

—Entonces voy a cerrar. Mañana hay que madrugar. La señora Nastya quiere que lleven a los caballos a pastar antes de que salga el sol.

—¿Los caballos?

—Sí. Dice que el tordillo necesita ejercicio. Y que usted lo va a montar.

Doña Mary salió sin esperar respuesta. Me quedé solo en el estudio, con el olor a cuero y a tabaco, con la sombra del Popocatépetl en la ventana, con la llave de la Condesa quemándome en la bolsa de la chamarra como una brasa que no se apaga.

Fui a la habitación con las piernas temblorosas, pero no por los caballos. Me senté en la cama de hierro forjado y saqué la cadena de plata que Jennifer me había dado. La hice girar entre los dedos, viendo cómo la luz de la luna se reflejaba en la herradura.

Sabía que Nastya no me había dicho la verdad. Yo sabía que la casa y la mansión eran de Valeria, pero mientras me duchaba llegue a la conclusión de que era una trampa para atarme a ella. No sabía si Jennifer esperaba que la siguiera a la ciudad o si ya había decidido que yo era un problema que no valía la pena. No sabía nada. Pero por primera vez en mucho tiempo, no me daba miedo no saberlo.

Lo que me daba miedo era saberlo.

Apagué la luz. Desde la ventana vi cómo se encendía la luz del estudio, y la sombra de Nastya moviéndose detrás de los visillos, hablando por teléfono con alguien que no iba a dormir esa noche. Más allá, los volcanes humeaban en la oscuridad, quietos, eternos, mirando cómo los vivos se mataban por cosas que ellos habían visto nacer y morir desde antes de que hubiera hombres que les pusieran nombre.

Y en el establo, un caballo relinchó otra vez. Como si supiera que al día siguiente yo iba a montarlo.

Como si supiera que iba a caerme. Como si supiera que iba a levantarme.

Cerré los ojos. Y antes de dormirme, pensé en la cara de Nastya cuando me puso la llave en la mano. Pensé en sus dedos fríos, en su sonrisa de un segundo, en su voz diciendo *tú no te vas a dejar caer.*

Y pensé que tal vez tenía razón.

Pero también pensé que tal vez no.

Y que lo único que podía hacer era madrugar, montar ese caballo, y ver hasta dónde me llevaba antes de caerme.

Apenas comenzaba a dormirme cuando la puerta se abrió lentamente. Nastya entró descalza, con solo una ligera bata de seda puesta. Se metió a la cama y me dijo:

—¿Te acuerdas de que la primera noche que pasamos juntos en Valle de Bravo te dije que a las tres de la mañana con treinta y tres minutos mi libido se enciende?

—Sí, aunque de acuerdo con el reloj de la pared apenas son las tres con cinco minutos y el segundero sigue girando.

—¿Qué hacemos mientras me enciendo?

—No sé; platicar, si quieres.

—Rodrigo, ¿crees que soy otra pinche vieja loca en tu vida?

—La mejor. La mejor de todas. Eres la mejor amante que he tenido. De hecho me gustas mas que tu hermana.

—¿En serio?

—Sí. Me encantan las locas, y tú eres la más loca de todas.

—Abrázame, entonces.

—Solo si es para besarte.

—Pero aún faltan minutos.

—Te dije que solo voy a besarte.

—Me encanta cómo te doblegas ante mí, que me hables de usted, pero en la cama me vuelvo tu esclava.

—Lo sé. Por eso te dejo hacer lo que se te dé tu chingada gana frente a la gente.

—Faltan tres minutos. ¿Por qué no me quitas la bata?

—Excelente idea. Tengo ganas de amarrarte las manos; con esa bata será fácil.

—Falta un minuto. Recuérdame mañana traer una de las reatas para que me amarres y ¡me partas la madre!

TRASMVTATO
books

[Nota editorial Re MIX]

Este capítulo introduce el conflicto central del arco final de la historia: la lucha por la herencia del señor Philippe y el lugar que Rodrigo ocupará en ella. Nastya no es una villana en el sentido clásico, sino una estratega que opera con las herramientas que el mundo le ha dado. Su oferta a Rodrigo no es generosidad: es una inversión. Pero en esa inversión hay también un reconocimiento genuino de su valor, que no es el de un sicario ni el de un protegido, sino el de alguien que ha sobrevivido a la violencia y la indiferencia sin perder del todo la capacidad de elegir.

La llave del departamento en la Condesa no es solo un premio: es una trampa simbólica. Rodrigo ha pasado toda su vida buscando un lugar al que pertenecer, y Nastya se lo ofrece atado a un precio que aún no termina de entender. Pero la novela no lo juzga por aceptar. En el México de los noventa, donde el Estado se retiraba y el crimen organizado empezaba a llenar los vacíos, la lealtad y la traición eran monedas de la misma denominación. Rodrigo no es un héroe que resiste la tentación: es un sobreviviente que aprende a negociar con ella.

La escena en el estudio es, en ese sentido, el reverso oscuro de las lecciones de equitación. Jennifer le enseñó a Rodrigo que la vida se lleva, no se domina. Nastya le enseña que el poder se toma, no se espera. Entre ambas lecciones, Rodrigo tendrá que encontrar la suya propia. Y la llave que ahora pesa en su bolsillo es el primer paso de ese camino, que no lleva a ningún paraíso, sino a un territorio más complejo: el de la autonomía conquistada a cambio de algo que aún no

sabe si está dispuesto a perder.

La imagen final —el caballo que relincha en la noche, los volcanes que humean en la distancia, la llave que quema en la chamarra— condensa el dilema del personaje: entre la domesticación y la libertad, entre la herencia y el propio camino. Pero a diferencia de otros momentos de la novela, Rodrigo ya no es solo un espectador. Ha aprendido a montar. Y aunque no sepa adónde va, sabe que el galope es suyo.

Queda pendiente, para los capítulos siguientes, la resolución de esa tensión: si Rodrigo aceptará el lugar que Nastya le ofrece o si encontrará la manera de construir el suyo propio, sin deberle nada a nadie más que a sí mismo. Y en esa decisión, la sombra de Valeria —en Suiza, lejos, pero presente en cada palabra de su hermana— seguirá siendo el espejo donde Rodrigo mida lo que no quiere llegar a ser.

TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

Capítulo VII

«La piel de la serpiente»

Les había contado que aquella noche, después de que Nastya me metió a la cama de Valeria en la hacienda, algo cambió. No fue solo el sexo —aunque eso también—, sino la forma en que sus dedos recorrían mi cuerpo como quien examina un mapa antes de decidir si vale la pena habitarlo. A las tres de la mañana con treinta y tres minutos, su libido se encendía, decía ella. Pero yo ya había aprendido que en esa familia las señales nunca eran lo que parecían.

Amanecí antes que ella, como siempre, aunque no tenía por qué huir. Me gustaba, en esos días, ver el sol salir por las ventanas de la hacienda, cómo la luz se filtraba entre las montañas e iba tiñendo de naranja los volcanes. Me vestí en silencio, pasé a la recámara que ocupé desde el primer día por la libreta negra que don Luciano me había entregado y salí al corral. Los caballos ya estaban despiertos, moviéndose alrededor del bebedero con esa paciencia de los animales que saben esperar. El tordillo me miró con sus ojos grandes y oscuros, como si reconociera algo en mí que yo mismo no terminaba de entender.

Me senté en la barda de piedra y abrí la libreta.

Las páginas seguían en blanco, salvo aquella lista de nombres en el centro. Juan Pérez Martínez —el nombre más común en México; hay millones de combinaciones así en el registro civil— era el del acta de nacimiento falsa del Comanche. También estaban el nombre de la madre de Valeria y el de la madre de

Nastya. No había visto una Merkabah hecha con carboncillo al lado de mi verdadero nombre, escrito con tinta púrpura —que, por supuesto, solo los de confianza conocen—, no el del acta alterada con la que me registró mi malparida abuela. Y al lado, esa fecha que me había quedado grabada desde el primer día: 1 de mayo de 1776.

Pero ahora, con la luz de la mañana, vi algo que antes había pasado por alto. Debajo de la fecha, escrito con una letra tan pequeña que parecía querer esconderse, decía: "Número Oficial 1776. Clave: El ojo que todo lo ve". Y también unas palabras que para mí eran nuevas: "Grimorio", "Gilles de Rais" y "Chaos".

Cerré la libreta. El viento traía el olor a eucalipto y a tierra mojada, mezclado con el humo del Popocatépetl que no dejaba de respirar. Pensé en Don Luciano, en su ajedrez, en su mecedora de mimbre. Pensé en lo que me había dicho: *"El Comanche nunca se retira, solo cambia de máscara."* Y pensé en la llave que Nastya me había dado —la de la casa en la Condesa—, que aún pesaba en mi bolsillo como una brasa que no se apaga. Fue en ese momento de reflexión cuando ella apareció. La confesa, ahora con la farsa descubierta, no tenía nada más que su cuerpo sensual para negociar:

—¿No duermes, Roderik? Ven, amor, sigamos adelante. Ahora todo será para ti.

La voz fogosa de Nastya me sacó de mis pensamientos. Venía descalza, envuelta en la arrugada y manchada bata de seda negra, con el cabello despeinado cayendo suelto sobre los hombros. Al fondo, doña Mary colocaba un mantel sobre la mesa de hierro fundido, acomodando los cojines y respaldos de

las sillas, moviéndose con ese silencio de las empleadas antiguas que lo saben todo, pero no dicen nada.

—No —respondí, guardando la libreta en la chamarra.

—Amor mío, ven entonces a desayunar para reponer energías. Jennifer y Dorian aún duermen. Tenemos tiempo para hablar de nuestro futuro.

Camine hacia la mesa, Doña Mary colocó dos tazas de café y la prensa francesa, puso platos con frutas, hot cakes, pan dulce, frascos con miel y mermelada, crema batida sobre la mesa y se retiró con la discreción de quien ha aprendido a desaparecer cuando es necesario. Nastya se sentó frente a mí, estiró sus piernas y puso los pies sobre mis rodillas. Me miró con esos ojos claros que parecían ver más allá de lo que mostraban. Sirvió el café y comenzó a prepararme unos hot cakes con frutas frescas y crema batida, mientras ella se servía huevos estrellados, tocino y salchichas fritas.

—¿Dormiste bien, amor mío? —preguntó, con esa voz cachonda y una sonrisa que le llegaba hasta los ojos.

—Sí. ¿Y usted? —mantener el usted era parte de mi jugada, no lo iba a romper.

—Llevaba años sin dormir bien. Me faltaba una sesión de tortura así de placentera. Fue inevitable resistirme. Me sacaste la verdad.

—¿Qué pensarías si te dijera que quemé la carta falsa y el dinero, y que enterré la llave en el estiércol

de los cerdos? Me imagino que esa salchicha y ese tocino son producto de la granja, parte de la hacienda.

La pregunta cayó en la mesa como una piedra en un estanque. Nastya sostuvo mi mirada sin pestañear, los dedos girando lentamente la taza de café.

—Ji, ji, ji... qué curiosa pregunta, Roderik. ¿Por qué la haces? —comenzó a temblar y el líquido de la taza se derramó.

—Porque fue lo que hice. Porque así, ni tú ni yo tenemos nada que nos comprometa a partir de este momento. Ah, y en un mes deberías ir al ginecólogo. Esa sensación de leche caliente en el estómago no es por lo que estás desayunando.

—Roderik, Valeria es la loca de la familia. Yo soy normal. Las drogas les quemaron el cerebro a los dos. Desayunemos, y si quieres volvemos a la cama para después salir a montar por nuestro nuevo imperio.

—Nastya, tú eres ninfómana, y tu locura es diferente. ¿Nunca pensaste que tenerte amarrada y llevarte al orgasmo mientras te hacía confesar la verdad fue porque alguien más me advirtió de tus planes?

Nastya volvió a soltar una risa corta.

—¿Y tú le crees? ¿A ella? La que intentó matarte con un picahielos.

—No fue ella. Le creo a los hechos. ¿Sabes por qué dicen que los griegos son la base de la civilización occidental?

Saqué la libreta negra y la puse sobre la mesa.

Nastya la miró, y por un segundo vi algo en sus ojos que no supe si era miedo o admiración. Quizás las dos cosas.

—Don Luciano me dio esto —dije, abriéndola en la página de los nombres—. ¿Reconoces alguno?

Nastya inclinó la cabeza y leyó en silencio. Sus dedos recorrieron la lista con la misma delicadeza con que había recorrido mi cuerpo la noche anterior. Cuando llegó al nombre falso del Comanche, se detuvo. Abajo, en color verde, los nombres: Areté y Eudaimonia.

—Juan Pérez Martínez —leyó en voz alta, como si probara el sabor de las palabras—. El nombre que compró el Comanche en La Merced. ¿Sabías que ese nombre es tan común desde el siglo XIX que por eso el Rabino se lo dio al Comanche?

—Sí, lo sabía. Pero no leíste los nombres siguientes. Antes de la comedia trágica del "nuevo Barón Financiero", el viejo Kirk me llevó a un lugar donde trabaja una de tus amigas. De hecho, afirma que eras su mejor amiga. Y tú le robaste la identidad. Y no solo eso: también te embarazaste de su marido, por eso te corrieron. Él te levantó del arroyo. Y como el viejo Kirk era bibliófilo, escogió los nombres de las gemelas para darte un regalo de sabiduría. Areté es la virtud o excelencia, y eudaimonia es el florecimiento humano. Son conceptos centrales de la ética griega antigua, especialmente en Aristóteles.

Nastya comenzó a mostrar nerviosismo, conteniendo las lágrimas.

—Pero hay muchas cosas que no sabes, Roderik. Aunque eso no te detiene para ser mi chulo. Kirk se casó conmigo para registrar a las gemelas; ninguno de los dos sabía que era mi padre. ¿Cómo no quieres que me volviera loca al prostituirme y saber que mi mejor cliente era mi padre?

Se desprendió de la bata, como si volverla a ver desnuda fuera suficiente para detener mi discurso.

Cerré la libreta y la guarde. Sus dedos rozaron los míos, y por un momento sentí que el tiempo se detenía, que estábamos en el ojo de un huracán donde todo era posible y nada era verdad.

—La fecha —dije, mientras le ponía la bata—. 1 de mayo de 1776. ¿Qué significa?

—¿No lo has averiguado?

—Por eso te pregunto. Y tampoco deberías sentirte culpable; tal vez, cuando huyó tu papá de casa, tuvo miedo de ser padre. Después quiso corregirlo, y no fue incesto ni endogamia. Lo bueno es que tu mamá no vivió para verlo, aunque eso también es lo malo de registrar los nacimientos. Pero, por fortuna para ustedes, esos papeles ya son cenizas en la chimenea.

De sus ojos salieron lágrimas de fracaso. Nastya se levantó y caminó hacia la ventana que daba al corral. El tordillo seguía ahí, mirando con sus ojos de siempre. Y me dijo:

—1776 es un año clave en la historia. Es el año en que Adam Weishaupt fundó los Illuminati en Baviera. También es el año de la Independencia de Estados Unidos, la Declaración de Independencia, el

inicio de un nuevo orden mundial. Pero aquí, en México, es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Es el número de la casa que es para ti y para Valeria, en la Condesa. Y el primero de mayo, por un claristorio con forma de ojo, entra una luz que ilumina el piso. En el piso hay una estrella de Ishtar que brilla durante tres minutos y treinta y tres segundos. Además, es la contraseña de la cuenta secreta de Kirk.

Me quedé helado. La llave que Nastya me había dado —la que supuestamente Valeria le pidió que me entregara— era de la misma casa que don Luciano mencionaba en la libreta. El número 1776. Ese mismo número era el de la carpeta de archivo muerto: allí estaba toda la evidencia que comprobaba la paternidad del viejo Kirk. Quemé los papeles en la chimenea al salir Nastya del estudio; así me lo pidió Philippe cuando hablé por teléfono con él un día antes.

—Nastya, ¿sabías que desde el primer trabajo que hice para ustedes, Kirk me pedía sacar un juego de fotocopias y guardarlas en el almacén de la colonia Federal? —dije, sacando una hoja de la copia de la Cesión de Derechos de Valeria.

Nastya volvió a la mesa y se sentó frente a mí. Por un momento, su máscara de mujer fría y calculadora se resquebrajó, y vi algo que nunca había visto en ella: cansancio.

—¿Qué? ¡¿Qué has hecho, Roderik?!

Las palabras cayeron con el peso de una sentencia. El silencio se volvió tan denso que se podía morder.

—¿Dónde está el original? —pregunté, con la voz más firme de lo que me sentía.

—¡En Londres!

—No, no está en Londres. Don Luciano apenas está viajando para allá.

—Philippe no sabe de esos papeles. Sus propios socios me matarán si se enteran.

—Nastya, ¿nunca pensaste que Don Luciano iba a cotejar los documentos? ¿Creíste que no confirmaría el expediente que respalda las propiedades de las que es dueña Valeria?

Las lágrimas de fracaso siguieron cayendo. Nastya me miró con una expresión que no supe descifrar: dolor, quizás... o tal vez orgullo.

—Solo pensé en el dinero. Mucho dinero. —A las gemelas y a ti, el viejo Kirk les dejó bastante. ¿Qué ganabas con sacar a Valeria de la venta de esas propiedades y de sus acciones? —Recuperar mi dignidad, mi tiempo... matar el dolor. Mientras ella era la niña buena, yo tenía que prostituirme por comida, bailar en clubes nudistas. No tienes idea del horror que fue para mí saber que mi mejor cliente era, en realidad, mi padre. —Nastya, el error fue tuyo. Tú le robaste el cliente a quien decías que era tu mejor amiga. Mientras ella estaba presa, su esposo y tú la engañaron. ¿Nunca pensaste que las amistades del viejo Kirk están donde se tenga que pagar una cuota a los sindicatos en cada puerto importante del mundo? —Roderick, huyamos juntos. Vámonos a Cuba; allí

Philipp no tiene poder. Estoy dispuesta a trabajar duro, pero te necesito junto a mí.
—Nastya, no te van a hacer nada. Solo queríamos que tú te delataras.

Le mostré la grabadora de periodista marca Sony que ella me había regalado junto con los libros y la ropa del viejo Kirk, cuando yo también creí que estaba muerto.

—¡Roderik, destruye esa grabación! Te lo suplico por mis hijas. Trabajaré para ti. A ti te gustan las mujerzuelas como yo. Yo todavía puedo ganar mucho dinero en la calle.
—Aunque la destruyera, no sé si recuerdas que los micrófonos de la casa están intervenidos. Tal vez, en cincuenta u ochenta años, puedas solicitar los registros en el Archivo General de la Nación. Allí también estarán disponibles mis recuerdos algún día.

El mundo se detuvo. Trató de tomar la taza de café, pero el temblor de sus manos hacía que la taza, el plato y la cuchara sonaran al ritmo de la rodada de las camionetas con los guardaespaldas de Philipp. Tuve que quitársela antes de que se rompiera.

—Yo sé lo que vale una hija. Y por Lilith he pedido tu perdón —dije, con la voz que apenas me salía—. No voy a permitir que tus hijas se queden solas. Pero tampoco te dejarán andar libre: eres una mujer muy peligrosa. La que se va a ir a Suiza eres tú; las niñas se quedan en un colegio en Italia.

Mientras la señora Mary ya cruzaba el jardín con el resto de la servidumbre, traían todas las cosas de Nastya.

—No, Roderik. Por favor, no dejes que me lleven a la casa de la risa —se puso de rodillas y me besó la mano—. Llévame contigo, no me importa vivir en una vecindad.

Su voz, llena de miedo y llanto, no le permitió percatarse de que los guaruras del honorable señor Philippe ya estaban caminando sobre el pasto del jardín.

—Nastya, otra de las condiciones es que yo regresaré a mi barrio con la promesa de alejarme del negocio familiar. Además, el quebranto del sistema actual es evidente. Lo mejor es dejar ir todo esto a cambio de vivir tranquilo, aunque sea con poco.

—¿No tomarás el lugar del anciano decrépito? Entonces, ¿por qué crees que Kirk te protegió tanto? ¿Por qué te invitó a su casa, te vistió, te perfumó, te hizo sentir parte de su familia? No era cariño, Roderik. Era asegurarse de que no hicieras preguntas, de que reclamaras lo que era tuyo.

—Nastya, yo no puedo cambiar el entorno de mi vida. No es que no me sienta atraído por ti, pero eres capaz de matarme... o preparar una escena donde yo salga culpable.

—¿De qué estás hablando, imbécil?

—Esa carta falsa que me diste era para que yo fuera al departamento de la colonia Portales. Calculaste el tiempo y el día para que alguien asesinara a Valeria, a Sharon y a Vanesa. Todo el mundo sabe que allí nos drogábamos; yo sería el culpable, evidentemente.

—Pero yo te iría a visitar cada semana. Tenía planeado pagar para que estuvieras aislado de la población, con buena ropa y comida.

—No te creo nada.

—Eres un pendejo, Rodrigo Granda. ¡Nunca dejarás de ser un pobre pendejo!

—Nastya, solo hay una razón por la cual decidí seguir tu juego.

—¿Ah, sí? ¿Cuál de tus putas o de tus putos es más importante que yo?

—No es nadie de lo que tú piensas.

—¿Seguramente tu puta madre? ¡Ella ni te quiere!

—No, Nastya... es por Lilith. Porque Lilith es lo mejor de mi vida. Y con la tutela del esposo que el viejo Kirk le consiguió a Eugenia, su futuro será diferente al mío.

—¡Vamos entonces, préñame como la perra que soy!

—Nastya, no entendiste el regalo de Dios al ser madre.

—¿Cuánto te pagaron por traicionarme?

—Nada. Solo que tú no recuerdas la cena en la que el honorable señor Philippe me dijo el significado de los nombres de las gemelas: "Rodrigo, en la ética griega antigua, la areté es el camino o la práctica de la excelencia humana, mientras que la eudaimonía es la

meta final: una vida plena, virtuosa y con propósito". Por eso supe que era él. Ni las cirugías, ni el acento diferente, ni el sobrepeso podían ocultar que era el viejo que me hizo leer a Aristóteles.

—¡Leer! ¿De qué te sirve leer si no puedes tener riqueza? ¿Si no quieres usarme a mí para conseguirla?

Caminé hacia el pasto y respiré el aire frío de la mañana. El tordillo seguía ahí, mirándome con sus ojos de siempre. Como si supiera. Como si siempre hubiera sabido.

—¿Por qué no aprovechas la oportunidad y empiezas de nuevo? —pregunté, sin voltear.

—Solo me voy si te vas conmigo.

—No te confundas, Nastya. Ya no eres parte de la familia ni de la fraternidad. Yo nunca fui parte; solo fui un mal aprendiz. Pero, gracias a mi fracaso, me iré a vivir como la gente normal.

Vi, por el sendero que comunica con la hacienda, una camioneta más que venía con la música a todo volumen. Era como si alguien hubiera escogido el tema incidental; solo a un par de enfermos mentales se les podía ocurrir venir escuchando y cantando:

I used to love her, but I had to kill her /
I used to love her, mm, yeah, but I had to kill her /
I had to put her six feet under /
And I can still hear her complain

El Loquillo y el Oaxaco se contoneaban en los asientos de la camioneta, como si se tratara de una novatada en la correccional. Nastya no podía creer tal

escena de burla, por lo que me dijo:

—Aún puedes elegir de qué lado quieres estar. Del mío o del de Valeria. Del de los muertos o del de los vivos. Roderik, por favor, ayúdame.

Su frustración era evidente.

—Tu plan era brillante, Nastya. Yo iría a buscar a Valeria, nos drogaríamos, tendríamos sexo sin protección y tú enviarías al Oaxaco a liquidarla.

—Pero me arrepentí. Por eso contraté a un reo que estaba por salir. Un tal "Vainillas".

Sus lágrimas eran falsas, tan falsas como sus caricias.

—El Vainillas también fue parte de nuestra clica, Nastya. Amigos de verdad, nunca has tenido, Valeria.

—No puedo creer lo que está pasando. Y menos que tú me des la última estocada.

—En cuanto yo estuviera preso, te habrías deshecho de Dorian, del Oaxaco y, al final, del Loquillo. Pensabas quedarte con todo.

—No. Yo solo quería poder. El poder de mandar, el poder de decidir.

—El viejo Kirk me contó que el día que te encontró bailando en Nueva York, le vino a la mente el recuerdo de tu madre.

—Cállate, idiota.

—Eres lujuriosa. Te fuiste con él y te gustó ver

su estilo de vida. Pero nunca pensaste que pudiera ser tu padre. Por eso te hiciste pasar por tu mejor amiga; se parecen bastante, como si las hubieran hecho en la misma fábrica genética.

—Ya te dije que no sabía que era mi padre. ¡Me estás volviendo loca con eso! —comenzó a arrancarse el cabello.

—¿Y cómo lo supiste entonces?

—Le mandé una carta y fotos instantáneas a mi única tía viva. Ella me lo contó todo. Y después él se enteró cuando ya estábamos en México.

—Nastya, ya es hora de que te vayas. Ve a vestirte.

Me di la vuelta. Nastya seguía de rodillas, sujetando su fina cadena entre los dedos. La luz de la mañana le daba de lleno en el rostro, y por primera vez la vi como era: una mujer que había sobrevivido a la caída de un imperio, que había cruzado medio mundo para encontrar un lugar donde esconderse, y que había aprendido a usar las armas de los poderosos para no ser devorada por ellos.

—La nota de Valeria —dije, volviendo a sentarme—. La que supuestamente me dejó en el sobre con el boleto de autobús. No era su letra.

—No.

—Era la tuya.

—Sí.

—Y los billetes. Cincuenta billetes de quinientos pesos nuevos, todos con número de serie consecutivo. Tú los sacaste del banco el día que fingiste que te robaron la bolsa en Perisur.

Nastya sonrió. Esta vez, fue una sonrisa de nervios.

—Eres más observador de lo que crees, Roderik. Por eso Kirk confiaba en ti. Por eso Philippe ahora confía en ti.

—¿Por qué hiciste todo esto? ¿Por qué falsificar la nota, por qué darme la llave, por qué traerme aquí?

—Porque necesitaba que te alejaras de Valeria. Ella es peligrosa, Roderik. No solo para sí misma, también para ti. Y mientras tú estuvieras cerca, yo no podía hacer lo que tenía que hacer.

—Ya no tienes nada que hacer. Ni siquiera empacar. Puedes permanecer desnuda si lo deseas, solo para que veas que tu belleza esta vez no te va a librar del exilio. Te va a ir bien.

—¿Y puedo elegir que me internen en Suiza? En una clínica cerrada, de esas donde no se sale hasta que los médicos deciden que estás lista. Y eso puede pasar pronto, para que nos volvamos a ver.

—Nastya, Sharon y yo estamos convencidos de que esta locura tiene que parar. Su relación con el argelino, los cortes en los brazos, los intentos de llamar la atención... todo eso la llevará al mismo lugar si no hacemos algo. Pero ella al menos tiene a Valeria. Y tú tienes a las gemelas.

—Yo no soy nada sin poder, sin posición social,

sin dinero.

—Tus hijas son lo único que puede mantenerte cuerda. Lo mismo que a Valeria. Lo mismo que a Eugenia a mí. Por eso estás aquí. Siempre me llamaste Roderik para hacerme sentir importante. Pero todo ese cuento de que el viejo Kirk me protegió se derrumbó cuando Don Luciano me dio la libreta. Por eso te estoy contando todo esto. Porque tú eres el eje de tu propia historia. Sin ti, todo tu universo personal se desmorona.

—No quiero ser el eje. ¡Quiero que seas tú, entiéndeme!

Comenzó a jalarse el cabello de nuevo desde la raíz con fuerza.

—Nastya, no importa lo que tú quieras. Importa lo que tú eres. Y tú eres adicta a las relaciones destructivas, además de ninfómana. Recuerda que en la madrugada no teníamos condón y aceptaste sin protección. Tampoco hubo higiene al terminar nuestro acto de perversión mutua.

Me callé. Afuera, los caballos relinchaban en los establos, y el viento traía el olor a tierra mojada y a eucalipto. Pensé en la fuga fallida de la correccional, en los pasos que nunca me llevaron a ningún lado, en los nombres que había cargado sin saber quién era. Pensé en mi jefa, en la foto que ya olía a humedad sobre el buró de la vecindad. Pensé en Lilith, en sus ojos que eran los míos.

—¿Nastya cuándo fue la última vez que menstruaste? —pregunté, porque era lo único que se me ocurría para cambiar de tema.

—No sé. No lo recuerdo. De todas formas, eso tampoco te va a hacer quedarte conmigo.

Su mirada estaba perdida, su voz apagada. El golpe de la realidad no es fácil de asimilar.

Me alejé porque necesitaba aire. Los guaruras de Philippe ya estaban rodeándonos. Caminé hacia el Loquillo y el Oaxaco, les entregué la grabadora, me di la vuelta y agarré el sendero hacia la autopista.

El camino es largo, tal vez dos o tres horas. Necesitaba pensar en otra cosa. Necesitaba algo que no supiera nombrar en este plano dimensional.

TRASMVTATO
books

Nota editorial — Re Mix

«La piel de la serpiente» cierra una de las secuencias más cargadas del manuscrito: el desmoronamiento de Nastya no ocurre por violencia ni por traición ajena, sino por el peso de sus propias mentiras al ser nombradas en voz alta, en el jardín de una hacienda, frente a unos hot cakes que nadie terminó.

Lo que Re Mix identifica como el mayor acierto del capítulo es la economía del poder sexual invertido. Nastya usa el cuerpo como moneda desde la primera línea, y el narrador —Roderik, veintiún años, del D.F. profundo, acostumbrado a que el dinero ajeno decida por él— lo sabe y lo deja hacer. Su arma no es la fuerza ni el dinero: es la paciencia de quien no tiene nada que perder, y eso, en el universo de esta novela, lo convierte en el más peligroso de la organización.

La libreta negra funciona como el objeto narrativo que sostiene el capítulo entero: acta, grimorio, mapa y testigo. El detalle de la letra pequeña —*Número Oficial 1776. Clave: El ojo que todo lo ve*— hace lo que debe hacer la buena literatura especulativa: sembrar sin explicar.

Se recomienda releer el ritmo del diálogo en el tramo central —hay algunos intercambios donde la exposición de información histórica (Weishaupt, Aristóteles, los Illuminati) puede ralentizar la tensión dramática que el autor construyó con precisión en la primera mitad.

El tordillo como testigo recurrente es un acierto de atmósfera. No se sobre-explica. Aparece, mira y basta.

El capítulo termina donde debe: en movimiento. Roderik caminando hacia la autopista, sin nombre que no sea suyo, sin llave que no abra nada suyo. Por primera vez en la novela, se siente libre, aunque el camino dure varias horas y no lleve a ningún lugar todavía conocido.

— *Equipo editorial Re Mix*

TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

Capítulo VIII

«El último de la vieja escuela»

Les había contado que después de aquella mañana en la hacienda, cuando Nastya se llevó el golpe de realidad entre las manos temblorosas y los guaruras del señor Philippe la escoltaron hacia un futuro en una institución psiquiátrica, yo emprendí el camino a pie por la carretera. No llevaba el reloj que me había regalado Dorian —olvidé recogerlo en la recámara— pero la sombra del sol sobre los escasos postes de lo que fue un tendido para alambre de púas me decía que apenas pasaban de las nueve de la mañana. El polvo de la terracería se me metía en los pulmones con cada bocanada de aire, y el olor a eucalipto se iba quedando atrás, mezclado con el humo del Popocatépetl que seguía ahí, eterno, viendo cómo los mortales se despedazaban por cosas que él había visto nacer y morir mil veces. Tampoco tenía ganas de fumar, ni de que nadie me encontrara, por lo que con las piedras que fui hallando en el camino comencé a destrozar el radio localizador y mi teléfono celular.

No sabía adónde iba. Esa era la verdad. No sabía si volver al ático de Jennifer, no sabía si buscar a Sharon en el departamento de los RIS, no sabía si enfrentar a Valeria con el picahielos guardado bajo el colchón. Mis pies caminaban solos, como si supieran algo que mi cabeza se negaba a entender. Tampoco tenía ganas de buscar a Dorian; tal vez mi eterna amiga Patsy sería la única capaz de comprender mi derrota.

El sol pegaba muy cabrón cuando crucé el puente de Amecameca. La carretera se llenaba de camiones de

carga y autobuses de pasajeros que iban y venían de Cuautla, Tlaxcala o Puebla. En el tianguis de la entrada, un señor vendía refrescos en una hielera de unicel. Me compré una Coca de vidrio, de esas verdes que me gustan, y me senté en una banqueta a ver pasar la vida. Le pagué con uno de los billetes que me dio Nastya y le regalé el cambio; solo regrese al puesto para tomar una torta fría de queso de puerco con rajas y frijoles.

Fue entonces cuando vi la camioneta.

Una Suburban negra, de esas que usan los políticos, los Judas y la mafia, con vidrios polarizados que no dejaban ver nada. Se detuvo frente a mí con un chirrido de frenos que hizo que todos voltearan. La puerta del copiloto se abrió.

—Súbete, carnal —dijo la voz desde adentro.

No era el nuevo Comanche. El viejo Comanche estaba muerto, aunque don Luciano dijera que solo cambiaba de máscara. Era el Loquillo, con su cara de pocos amigos y una camisa de guayabera que le quedaba grande; el traje con el que llegó a la hacienda le estorbaba, además de que esta no era una misión oficial, sino un paro entre carnales de la clica. Me subí sin preguntar. A esas alturas de la vida, ya había aprendido que cuando una Chevrolet Suburban negra se detiene frente a ti en una carretera, no hay mucho que hacer aparte de subir y aguantar lo que venga.

El Loquillo no dijo nada hasta que tomamos la desviación hacia Tláhuac. Iba mirando al frente, con las manos en el volante a las "doce en punto", como si llevara un cadáver en la cajuela y quisiera pasar desapercibido.

—Don Luciano te manda llamar —dijo al fin, sin voltear a verme.

—¿A poco ya regresó de Londres?

—¡Simona la cacariza! Le caes bien, por eso me mando a buscarte.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Siempre sabemos dónde estás, cabrón. Eso no lo has entendido todavía. Cuando don Luciano te dijo que viajaba a Londres es porque él ya venía de regreso. ¡Ese pinche viejo es un chingón, es el último de la vieja escuela!

Me quedé callado. La Suburban se metió por las calles de terracería que llevaban a la casa de don Luciano, esa que parecía más selva que jardín, con las bugambilias desbordándose por las bardas y el laurel de la India que ya tenía más de cien años, y que decían era donde el viejo solía sacar confesiones por encargo.

Cuando llegamos, el Loquillo no se bajó. Solo me dijo:

—Entra. Él te está esperando. Y ya no te preocupes por las cosas que pasaron en la hacienda. El señor Philippe se encargó de todo. Ya sabes cómo son esos pinches güeros: les gusta tener todo en orden antes de que los perros empiecen a pelear por el hueso. Ah, y deberías, grandísimo pendejo, no olvidar tu reloj.

Tome mi reloj y me le puse inmediatamente.

—Y a ver si después les hablas a tus viejas para decirles con cuál te vas a quedar. Pinche Rambo, eres la mamada, cabrón.

Bajé de la camioneta. El portón de madera estaba entreabierto, como si supieran que iba a llegar. Los perros flacos no ladraron. Solo me siguieron con los ojos hasta que crucé el umbral.

Don Luciano estaba en su mecedora de mimbre, con el sombrero de palma calado hasta las cejas y una taza de barro con café de grano en la mano. A su lado, la mesa de madera con el tablero de ajedrez. Las piezas estaban dispuestas, pero esta vez no parecía estar jugando contra sí mismo. El rey blanco estaba caído sobre el tablero, como si alguien hubiera dado un golpe sobre la mesa.

—Pase, mi estimado joven Rodrigo. Siéntese, por favor. Ya le traje su Coca y un vaso de vidrio —señaló la mesa donde había una botella verde de vidrio, un vaso con hielo y un plato de quesadillas de huitlacoche—. El Loquillo me avisó que andaba en carretera. No es bueno caminar bajo este sol. Aunque usted es moreno, no es campesino.

Me senté en la silla de madera que crujía igual que la primera vez. Serví la Coca en el vaso, vi cómo el líquido oscuro se mezclaba con el hielo y el vidrio se empañaba con el frío. Ese ritual me daba seguridad, como si al hacerlo pudiera detener el tiempo, volver a ser el adolescente que recién salía de la correccional y creía que la vida era solo cuestión de aguantar los golpes.

—Don Luciano, ¿por qué me mandó llamar?

—No lo mandé llamar, joven. Lo invité a tomar un café. O una Coca, que parece que es su gusto — sonrió con esa sonrisa que tienen los que llegan a vie-

jos por sabios y no por estúpidos—. ¿Ya había comido algo hoy?

—No, señor.

—Pues entonces aproveche. Doña Chole preparó las quesadillas esta mañana. Sabe que le gustan con huitlacoche. También hay salsa hecha en molcajete y tortillas hechas a mano. Usted me cae bien por entrón; siéntase como en su casa.

Comí en silencio, sintiendo cómo la masa caliente me llenaba el estómago vacío. Don Luciano me observaba sin prisa, moviendo las piezas del ajedrez con sus dedos de uñas gruesas y amarillentas. El rey blanco seguía caído, pero ahora lo había puesto de lado, como si hubiera aceptado la derrota.

—¿Sabe por qué lo invité, Rodrigo? —preguntó, cuando ya había terminado las quesadillas y me servía otra Coca.

—No, señor.

—Porque hoy usted cumple veintiún años. Y porque quería que conociera a mi hijo.

Me confundí mas de lo que ya estaba. Solo había escuchado al Comanche hablar del hijo de don Luciano. En el barrio, en la banda, en los rumores que corrían por las vecindades, siempre se decía que don Luciano era un viejo solitario, que había entregado su vida a la causa, que las mujeres eran cosa de otros hombres.

—Si sabía que tenía un hijo, don Luciano. ¿y como es el?

—Nadie lo sabe. Así lo quise. En este oficio, los hijos son un punto débil. Y los puntos débiles, joven, los usan los enemigos para partirle a uno el corazón; es decir, partirle la madre —se levantó de la mecedora con un esfuerzo que disimuló mal, caminó hacia el mueble de madera tallada y abrió el cajón donde guardaba sus cosas—. Pero él ya está grande. Ya puede cuidarse solo. Y yo ya estoy viejo. Los viejos tenemos derecho a presumir antes de irnos.

Sacó una fotografía en blanco y negro, de esas que se toman en los estudios de la colonia, con fondos pintados de jardines europeos. En la foto, un hombre joven con traje oscuro y corbata sostenía a un niño de brazos. El niño tendría unos cinco o seis años, y se parecía a don Luciano en la mirada, en la forma de apretar la boca cuando no decía lo que pensaba.

—Él es mi hijo —dijo don Luciano, señalando al niño—. Se llama Rodrigo, como usted. Rodrigo Luciano Aguilar Madaleno. Su madre fue la secretaria ejecutiva del director de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes. Una mujer inteligente, de esas que podían manejar un despacho con una mano y a un hombre con la otra. Pero no quiso casarse conmigo. Y yo no quise obligarla. Así que él creció con ella, en una casa de la colonia Narvarte, con educación privada y vacaciones en París. Yo solo lo veía cuando podía, cuando el trabajo me dejaba.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que creció. Se hizo hombre. Se hizo médico. Y ahora, cuando me muera, va a heredar lo que he guardado. Pero no quiero que herede las deudas. Por eso le pedí que viniera, Rodrigo. Porque usted y él

van a conocerse. Y porque usted, cuando yo falte, él va a ser su padrino de AA. Usted va que vuela para alcohólico reconocido.

El golpe me dejó sin aire. No por el encargo que le daría a su hijo, sino por la forma en que lo dijo. Como si ya supiera que su tiempo se acababa, como si estuviera poniendo sus piezas en orden antes de que cayera la noche.

—Don Luciano, yo no sé si pueda...

—Claro que todo se puede, joven Rodrigo. El Comanche decía que usted era el único de su banda que aprendió a escuchar. Y en este oficio, escuchar vale más que pegar. Más que matar. Escuchar es lo único que de verdad salva. Por eso mi hijo será su padrino en una misión espiritual que, en su debido momento, usted tomará.

Me entregó la fotografía. La tomé con cuidado, sintiendo el papel viejo entre los dedos. En el reverso, con letra manuscrita, decía: *"Para mi hijo, que Dios te bendiga. Primera Luna llena de 1997"*.

—Usted nació en el 76, ¿verdad? —preguntó don Luciano, volviendo a su mecedora.

—Sí, señor.

—Pues mi Rodrigo nació en el 43. Le lleva treinta y tres años. Pero eso no importa. En AA no importa la edad. Importa la honestidad. Y usted, Rodrigo Granda, es de las personas más honestas que he conocido en mi vida. Aunque no lo parezca.

Me quedé callado. La fotografía pesaba en mi ma-

no como una promesa, como esas promesas que uno hace sin saber si va a poder cumplirlas.

—Don Luciano, ¿cómo supo que el Comanche iba a ser lo que fue? —pregunté, porque era la única pregunta que se me ocurrió para cambiar de tema, para no pensar en la responsabilidad en que me convertiría para su hijo en el futuro.

Don Luciano se recostó en la mecedora, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo de lámina que filtraba la luz en rayos polvorientos.

—El Comanche —dijo, con una voz que ya no era la del viejo que juega ajedrez, sino la del hombre que había visto cosas que el resto de la humanidad solo leen en los libros—. Usted sabe su historia a medias. Como todos. Pero la verdad, Rodrigo, la verdad es que el Comanche no nació en un mercado de Oaxaca. Nació en una trinchera.

Me quedé helado. Nadie sabía el origen del Comanche. Ni Patsy, ni Diana, ni el propio Ray el Rata. Era uno de esos secretos que todos daban por sentado, como la muerte o los impuestos.

—Yo conocí al Comanche en el 47 —siguió don Luciano, con la mirada perdida en algún lugar que yo no podía ver—. Yo había vuelto de la misión de la Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana, ¿sabe cuál era?

—El Escuadrón 201, señor. Los Águilas Aztecas.

—Así es. Nos mandaron a pelear en Filipinas, contra los japoneses. Yo tenía treinta y tantos años, la sangre caliente y la cabeza llena de discursos patrióticos. Volví con una medalla, una pierna menos

funcional y las manos llenas de muertos que no podía olvidar.

Don Luciano se levantó la pernera del pantalón. La pierna izquierda tenía una cicatriz que le subía desde el tobillo hasta la rodilla, un mapa de carne quemada y costuras viejas.

—Años después me dieron trabajo en la Dirección Federal de Seguridad. En ese tiempo, la DFS era otra cosa, tenía otro nombre, que como todo sistema de inteligencia no se debe nombrar. No la mugre que vino después. Era el brazo del presidente Miguel Alemán Valdés, el "cachorro de la Revolución" era un hombre que sabía que la paz de México dependía de que nadie se moviera más de lo debido. Así que nos movíamos nosotros, para que los demás se quedaran quietos.

Sirvió más café en su taza de barro despostillada, con las manos temblorosas. El líquido hirviendo se derramó un poco sobre la mesa, pero no hizo nada por limpiarlo.

—En el 46 me mandaron a León, Guanajuato. Había rumores de que la Unión Nacional Sinarquista estaba organizando a las brigadas de la Unión Cívica Leonesa. Joven Rodrigo, en la región mexicana del Bajío siempre se ha caracterizado por preservar su cultura y fe católicas. Asimismo, fue la región del país donde la reforma agraria de Cárdenas tuvo menos éxito. Teníamos que saber todo de los grupos anticomunistas y ultra católicos; se tenía miedo de que los cristeros estuvieran levantando cabeza otra vez, que los viejos que no se rindieron en el 29 andaban organizándose en la sierra de los Lobos. Yo había pe-

leado en la Guerra Cristera, ¿sabe? Pero del otro lado. Del lado del gobierno. Los cristeros eran los enemigos. Los que se levantaron contra el presidente Calles, contra la ley, contra la Constitución. Los maté con mis propias manos cuando era más joven, más joven que usted.

Pero usted no tiene el don para ser un asesino; solo sabe defenderse. Y vaya, joven Rodrigo, para enamorar no hay quien le gane. Se lo digo porque me informaron que el líder de la posible conspiración se escondía en Oaxaca. En el 47 yo ya no mataba por convicción. Mataba por obediencia.

—¿Y ahí conoció al Comanche?

—No. En Oaxaca conocí a un niño. Un niño que no tenía nombre, que no tenía padre, que no tenía madre. Las monjas de una congregación en San Simón Zahuatlán lo habían recogido de un mercado, donde una mujer lo había dejado envuelto en un costal como si fuera un montón de plátanos podridos. Las monjas le pusieron Juan. Juan Pérez, porque ese era el nombre que le ponían a todos los niños que llegaban sin nombre. Pero después, cuando el niño creció, las monjas se dieron cuenta de que no era como los otros. Era más listo. Más rápido. Más peligroso.

Don Luciano se levantó de la mecedora, caminó hacia el mueble de madera y sacó otra fotografía. Esta era más vieja, más borrosa, con los bordes gastados. En la foto, un niño de unos diez años miraba a la cámara con una expresión que no era de niño. Era la mirada de alguien que ya sabía demasiado.

—¿Él es el Comanche? —pregunté.

—Sí. Juan Pérez Martínez, antes de que le pusieran el apodo. Las monjas no sabían qué hacer con él. Era demasiado vivo para quedarse en la congregación, pero demasiado pobre para estudiar en la ciudad. Así que me lo entregaron a mí. Dijeron que yo lo podía educar. Que yo lo podía enderezar.

—¿Y lo enderezó?

Don Luciano soltó una risa corta, de esas que parecen tos.

—Nadie endereza al Comanche, Rodrigo. El Comanche nació doblado, como el río. Solo había que enseñarle a dónde ir para que no se desbordara. Yo le enseñé a leer los expedientes, a caminar por las calles sin que lo vieran, a escuchar lo que la gente no dice. También le enseñé a pelear, pero con la mente, porque pelear a golpes cualquier pendejo lo hace. Aunque aprendió el inglés y se educó entre judíos, no dejó de ser otro imbécil que vendió su alma por espejos. A ese pobre muchacho las monjas le decían "Xolopitli"; sacaba el machete para todo, pero no sabía usarlo. La pistola sí aprendió a usarla, y sobre todo aprendió a disparar del lado correcto de la historia.

—¿Y de ahí se hizo policía?

—De ahí se hizo lo que quiso ser. Yo lo metí en la DFS como administrativo, pero seguía siendo policía de calle. El Comanche no era de escritorio. Era de calle. Así que lo mandaron a los barrios, a los mercados, a los cabarets. Y ahí se hizo. Ahí aprendió que la ley no es la ley, Rodrigo. La ley es lo que el que manda dice que es. Y si usted sabe quién manda, usted manda. Y como lo encargué con una de mis mujeres

que era nana de unos niños judíos, ahí aprendió a usar el dinero; fue de los primeros ahorradores en dólares.

Volvió a sentarse. Sus manos ya no temblaban. Habían encontrado el ritmo de la memoria, ese ritmo que no necesita pensar.

—El Comanche tenía un don, ¿sabe? No era solo que supiera pelear o que supiera moverse.

Era que podía estar en un lugar y hacer que la gente hiciera lo que él quería sin que se dieran cuenta. Eso no se enseña. Con eso se nace o no se nace. Y él nació con eso.

—¿Por eso lo protegió tanto?

—Lo protegí porque era mi mejor pieza, Rodrigo. Y porque... porque lo quería como a un hijo. Aunque no fuera mi hijo. Aunque no pudiera serlo.

El silencio se hizo denso. Afuera, los perros ladraron a algo que no veíamos, y luego todo volvió a la calma.

—Don Luciano —dije, con la voz más firme de lo que me sentía—. ¿Usted cree que el Comanche cambió de máscara? ¿Como dice la libreta?

Don Luciano me miró con esos ojos que lo habían visto todo, que lo habían visto tanto que ya no necesitaban moverse para saber.

—El Comanche —dijo, con una voz que parecía venir de otro tiempo— no cambió de máscara. La máscara se le cayó. Y debajo de ella, Rodrigo, debajo de ella no había nada. Solo un hombre que había mata-

do por órdenes, que había callado por lealtad, que había protegido por orgullo. Y cuando se dio cuenta de que todo eso no servía para nada, se fue. No a la tumba. A otro lado. A un lugar donde nadie lo conociera, donde nadie le pidiera que volviera a ser quien era.

—¿Usted sabe dónde está?

—No. Y no quiero saberlo. Porque si lo supiera, Rodrigo, los otros también lo sabrían. Y los otros, los que vienen ahora, no quieren que el Comanche descanse. Quieren que siga trabajando. Que siga matando. Que siga callando. Pero es inevitable el cambio que viene; el ingeniero Cárdenas será el hijo del General, pero no tiene el respaldo del ejército ni de la Iglesia Católica, es decir de las familias novohispanas que inteligentemente cada que llega un nuevo presidente crean lazos de sangre sin importar la ideología. Aquí lo que vale es el poder.

Se levantó de la mecedora otra vez, pero esta vez no fue al mueble. Vino hacia mí, se puso frente a mi silla, y por un momento vi en sus ojos la sombra del hombre que había sido: el soldado de la 201, el agente de la DFS, el adolescente militar que peleó contra los cristeros porque las órdenes eran las órdenes.

—Usted me preguntó cómo supe que el Comanche iba a ser lo que fue. Pues le voy a decir: no lo supe. Nadie lo sabe. Uno echa la semilla, la riega, la cuida, y luego la semilla hace lo que quiere. A veces sale árbol, a veces sale espina. El Comanche salió espina. Pero fue la espina más útil que tuve en toda mi vida.

—¿Y mi padrino? —pregunté, usando la palabra que nunca había usado para nadie—. El señor Rodrigo Luciano. ¿Cómo fue que se hizo médico?

Don Luciano volvió a sentarse. Su rostro se suavizó, como si al hablar de su hijo pudiera bajar la guardia, dejar de ser el hombre que había sido.

—Él quiso ser médico desde niño. Su madre le compró un estetoscopio de juguete cuando tenía seis años, y desde entonces no se lo quitaba. Lo ponía en el pecho de los vecinos, de los primos, de los perros, y decía que escuchaba cosas. Cosas que nadie más escuchaba. Yo pensaba que era puro cuento de niño, pero cuando creció, resultó que sí escuchaba. Escuchaba lo que la gente no dice. Y eso, Rodrigo, eso lo hizo buen médico.

—¿Y usted lo ve seguido?

—No. No lo veo desde que se graduó de la universidad. Eso fue en el 84, antes del temblor. Fuimos a comer a un restaurante en la Zona Rosa, y me presentó a su novia. Una muchacha buena, de familia de médicos. Me cayó bien. Pero después... después yo tuve que desaparecer. Las cosas se pusieron feas. La DFS se deshizo, y luego llegó la PGR, y luego los que vendrán después. Y yo ya estaba cansado para andar cambiando de credencial cada seis meses. Así que me vine aquí. A Tláhuac. A cuidar mis árboles, a jugar ajedrez, a esperar.

—¿Esperar qué?

—A que llegue el momento de entregar las piezas, Rodrigo. Eso es lo único que hacemos los viejos: entregar las piezas para que los jóvenes sigan jugando.

Me entregó la fotografía de su hijo. La tomé con cuidado, sintiendo el papel viejo entre los dedos.

—Guárdela —dijo—. Cuando yo falte, usted la va a necesitar para encontrarlo. No va a ser difícil. Se llama Rodrigo Luciano Aguilar Madaleno, es médico cirujano y tiene una clínica en Polanco. Usted va a ir a verlo, le va a decir que yo lo mandé, y le va a pedir que sea su padrino de AA. Él va a aceptar. Porque él también necesita un ahijado. Los médicos también se enferman de alcoholismo, joven Rodrigo. Nadie se salva de eso.

Guardé la fotografía en la bolsa de mi chamarra, junto con la libreta negra, junto con la llave de la casa de la Condesa que Nastya me había dado y que yo no había tirado al estiércol de los cerdos como le dije. La mentira me pesaba, pero no podía decir la verdad. No todavía.

—Don Luciano —dije, levantándome de la silla—. ¿Por qué me contó todo esto?

—Porque usted lo necesita saber. Porque usted va a ser el que va a sostener esto cuando los viejos nos vayamos. Porque el Comanche está muerto, pero lo que el Comanche protegió no se muere. Y usted, Rodrigo Granda, usted es el único que puede seguir protegiéndolo. No con las armas. Con la memoria.

—Yo no sé hacer eso.

—Ya lo está haciendo. Escribir, Rodrigo. Escribir es la única forma de proteger la memoria sin ensuciarse las manos.

Se levantó de la mecedora y me acompañó hasta

la puerta. El sol ya estaba cayendo, tiñendo los volcanes de naranja y rojo. Los perros flacos nos miraban desde el patio, quietos, como si supieran que algo importante estaba pasando.

—Antes de que se vaya —dijo don Luciano, poniendo una mano en mi hombro—. Le voy a contar algo que no le he contado a nadie. Ni siquiera al Comanche.

—Dígame.

—En la Guerra Cristera, yo maté a un hombre. Un hombre que no tenía nada que ver con la guerra, un hombre que solo quería que dejaran a su familia en paz. Lo maté porque me lo ordenaron, porque si no lo mataba, me mataban a mí.

Ese hombre se llamaba Rodrigo, así como usted. Se llamaba Rodrigo Aguilar. Y yo no sabía que era mi padre.

El golpe me dejó sin aire. Don Luciano me miró con los ojos vidriosos, pero no lloró. Los hombres de su generación no lloraban. Solo guardaban las lágrimas para cuando nadie las viera.

—Por eso le puse ese nombre a mi hijo —siguió, con la voz quebrada—. Para que él llevara el nombre que yo manché. Para que él hiciera algo bueno con él. Y lo hizo. Mi hijo es médico, Rodrigo. Médico. Salva vidas. Eso es más de lo que yo hice en toda la mía.

—Don Luciano...

—No me diga nada. Solo recuerde esto: cuando se sienta perdido, cuando no sepa quién es, recuerde que

usted no es el que encerraron. Usted no es al que le pegaron. Usted no es al que le hicieron. Usted es el que escribió esto. Y escribir, Rodrigo, escribir es la única forma de no volverse como ellos.

Me soltó el hombro. Dio un paso atrás. Y por un segundo, vi en sus ojos la sombra del hombre que había sido: el soldado, el espía, el padre, el hijo.

—Váyase —dijo—. Ya es tarde. Y no se preocupe por las cosas de la hacienda. El señor Philippe ya arregló todo. Usted ahora tiene que arreglar su vida. Y la de su padrino, cuando llegue el momento.

Salí de la casa sin mirar atrás. El Loquillo me esperaba en la Suburban, con el motor apagado y la radio de banda civil haciendo ruido.

—¿Ya? —preguntó.

—Ya.

—¡Ya te la comes, cabrón! ¡Je, je, je!

—¡Vete a la verga, culero! —me hizo reír.

—¿A dónde lo llevo, su majestad? —dijo con tono burlón, pero así era él, y por eso era mi amigo; sabía voltear las tragedias en chistes simples como los de Capulina.

Pensé en Jennifer. Pensé en Sharon. Pensé en Valeria y en el picahielos. Pensé en Nastya y en sus ojos fríos. Pensé en la libreta negra y en la llave que me quemaba en el bolsillo.

—Al ático de Jennifer —dije—. Pero antes, pása-

me por una papelería.

—¿Vas a sacar copias, cabrón?

—Simón. Y también quiero comprar una agenda.

—¿Para?

—¡Para dibujar a tu mamá y a tu hermana encueradas, jue, jue, jue!

—Ora, pinche culero —se puso serio—. ¿Sí te cogiste a mi hermana?

—No se deja. Está muy enamorada del "Churro".

—Ese güey me cae gordo. Me gustas más tú para mi cuñado.

—Bueno, ya en serio, un día de estos paso a buscar a tu carnala a la fábrica.

—Ya estás peinado pa' atrás —sacó los cigarros y encendió la radio en AM.

Tras unos comerciales sonó nuestra canción ritual desde los días de encierro:

La calle es una selva de cemento / y de fieras salvajes, cómo no / ya no hay quien salga loco de contento / donde quiera te espera lo peor.

El Loquillo arrancó sin decir nada. La Suburban se metió en la carretera, y yo me quedé mirando por la ventana cómo Tláhuac se perdía en el polvo y la luz del atardecer.

En el bolsillo de mi chamarra, la fotografía de don Luciano con su hijo pesaba más que todas las mentiras que me había contado Nastya ese día. Y en la libreta negra, en alguna página que aún no había abierto, sabía que estaba esperando la siguiente pieza del tablero. Pero por ahora, solo quería llegar al ático. Quería sentir el perfume caro de Jennifer. Quería que su mano firme en mi espalda me recordara que todavía estaba vivo. Quería olvidar, aunque fuera por una noche, que el Comanche se había llevado los secretos a la tumba y que don Luciano me había entregado los suyos como quien entrega una herencia que nadie pidió.

En la papelería compré una agenda nueva. De piel negra, como la de don Luciano. La abrí en la página del medio, donde no había nada escrito, y con el bolígrafo que me había dado Nastya anoté un solo nombre:

Rodrigo Luciano Aguilar Madaleno. Clínica. Polanco.

Después guardé la agenda en la chamarra, junto con la fotografía. Me quedé mirando las luces de la ciudad, que empezaban a encenderse una por una, como si el mundo entero estuviera esperando que yo decidiera qué hacer con todo lo que me habían dejado.

El Loquillo me dejó en la esquina del edificio de Jennifer. Antes de bajar, me puso una mano en el hombro.

—Rambo —dijo, usando el apodo que solo los de la banda usaban—. Cuídate, cabrón. Ya no estamos en la correccional. Aquí afuera, los golpes no se curan con gasa y alcohol.

—Lo sé.

—No. No lo sabes. Pero lo vas a aprender.

Arrancó la Suburban y se perdió en el tráfico de avenida Insurgentes. Yo me quedé en la banqueta, viendo cómo las luces del ático de Jennifer parpadeaban como un faro en medio de la noche. Saqué la agenda negra, la abrí en la página donde había anotado el nombre de mi padrino. Y debajo, con la misma letra temblorosa, escribí:

1 de mayo de 1776. Número Oficial 1776. Clave: El ojo que todo lo ve.

No sabía qué significaba. Pero sabía que estaba escrito en la libreta de don Luciano. Y que algún día, cuando pudiera leerlo sin que me temblaran las manos, iba a entender.

Guardé la agenda. Crucé la calle. Y subí al ático, donde Jennifer me esperaba con una cerveza fría y una sonrisa que no preguntaba nada.

—¿Dónde te metiste, Rock? —preguntó, mientras me quitaba la chamarra.

—Fui a ver a un viejo. Me contó historias de cuando era joven.

—¿De esas que duelen?

—De esas que duelen.

Me sentó en el sillón de piel negra, puso la cerveza en mi mano y se sentó a mi lado.

—Cuéntame —dijo.

Y por primera vez en mucho tiempo, le conté la verdad, aunque no toda. Solo lo que podía contar sin romperme. Pero fue suficiente.

Afuera, los volcanes humeaban en la noche. Y en algún lugar de Tláhuac, don Luciano estaría moviendo sus piezas de ajedrez, esperando que alguien ganara la partida.

«Continuara...»

Nota editorial Re MIX

Este capítulo funciona como una bisagra entre dos momentos de la narrativa: la despedida del mundo de Nastya y el señor Philippe, y la entrada a un nuevo territorio de pertenencia y responsabilidad. Don Luciano no es solo un personaje: es un archivo vivo. Su historia condensa décadas de violencia institucional, lealtades fracturadas y una ética de supervivencia que trasciende las banderas ideológicas.

La figura de don Luciano —que peleó del lado del gobierno durante la Guerra Cristera de 1926-1929 y fue después agente de la Dirección Federal de Seguridad en la época de Miguel Alemán— no es una contradicción narrativa: es la encarnación de la paradoja mexicana del siglo XX. La misma mano que mató cristeros protegió después a los sobrevivientes, porque en este país las lealtades nunca fueron ideológicas: son personales, territoriales, de sangre. La Guerra Cristera enfrentó al gobierno federal —armado con la Ley Calles de 1926, que restringía severamente el culto público— contra los defensores de la Iglesia Católica, dejando entre 70,000 y 90,000 muertos en tres años de conflicto abierto. Los acuerdos de 1929 que pusieron fin oficial a la guerra no cerraron todas las heridas: grupos dispersos de cristeros que no se rindieron, los llamados escopeteros o cristeros de segunda, continuaron activos en la sierra hasta mediados de los años cuarenta, justamente el escenario que describe don Luciano en su misión a Oaxaca en 1947.

El Escuadrón 201, mencionado con orgullo por don Luciano, fue la única unidad de combate mexicana que participó activamente en la Segunda Guerra Mundial. Conformado por poco más de 300 pilotos y

personal de apoyo, fue entrenado en Estados Unidos y desplegado en Filipinas en 1945, donde tomó parte en los bombardeos de apoyo a la campaña de liberación del Pacífico. Su actuación se convirtió en un hito de la identidad militar y nacional posrevolucionaria. La incorporación de veteranos de la 201 a estructuras como la DFS no fue excepcional: el Estado mexicano buscó canalizar a sus cuadros militares más disciplinados hacia los nuevos aparatos de seguridad del régimen priísta en consolidación.

La DFS, creada formalmente en 1947 durante el gobierno de Miguel Alemán, fue el principal instrumento de inteligencia interior del sistema político mexicano durante cuatro décadas. Operó como brazo ejecutivo del partido en el poder para el control de disidentes, organizaciones sindicales y movimientos sociales, y su historia está marcada por una doble función: proteger hacia afuera y disciplinar hacia adentro. La referencia de don Luciano a que la DFS "ya no era lo mismo" cuando se disolvió a principios de los años noventa —tras su involucramiento en el narcotráfico y el caso Camarena— sitúa su biografía en el arco completo de esa institución, desde su fundación hasta su desintegración.

El hallazgo del niño que se convertiría en el Comanche, recogido por monjas en San Simón Zahuatlán, Oaxaca, remite a una práctica documentada en la historia social mexicana de mediados del siglo XX: la absorción por parte del Estado de menores en situación de abandono extremo para incorporarlos a estructuras de servicio, control o vigilancia. No había en ello ningún programa formal de protección a la infancia; era la expresión de un Estado que confundía sistemáticamente la tutela con el reclutamiento. Los ni-

ños sin nombre, bautizados con apellidos genéricos —Juan Pérez, María López—, eran el residuo humano de las guerras y las migraciones forzadas, y el sistema los convertía en instrumentos antes de que pudieran elegir otra cosa. La voz del Comanche, tal como don Luciano la reconstruye, lleva además la marca de esa doble orfandad: la del origen y la del nombre.

La revelación final —que don Luciano mató a su propio padre durante la Guerra Cristera y que por eso bautizó a su hijo con el mismo nombre— es el núcleo emocional del capítulo. No es solo un acto de reparación simbólica: es el reconocimiento de que la violencia institucional no es abstracta, sino que se encarna en los cuerpos, en los nombres, en las genealogías que se rompen y se rehacen. El parricidio involuntario —matar al padre por obediencia a una orden que ni siquiera se comprende del todo— es una figura que reaparece en la literatura sobre los conflictos armados del siglo XX mexicano, donde la lealtad al Estado sustituyó con frecuencia a la lealtad familiar al reflexionar sobre la identidad narrativa, señala que el sujeto no es lo que hace, sino lo que puede contar de sí mismo: don Luciano lleva décadas sin poder nombrar este crimen, y solo al borde de la muerte encuentra en Rodrigo al depositario adecuado para esa historia

La decisión de convertir al hijo médico de don Luciano en padrino de AA de Rodrigo es, en ese sentido, una forma de cerrar el círculo. Lo que comenzó con un crimen —el parricidio— termina con una promesa de salvación: la medicina, la recuperación. No hay redención en el sentido religioso, pero sí la posibilidad de que el nombre manchado sea portado con dignidad por quien lo lleva ahora. Es un gesto que

recuerda a los mecanismos de reparación intergeneracional que la psicología y la sociología han documentado en comunidades marcadas por la violencia política: la necesidad de que alguien en la cadena generacional haga algo distinto, aunque sea en un registro completamente diferente al del daño original.

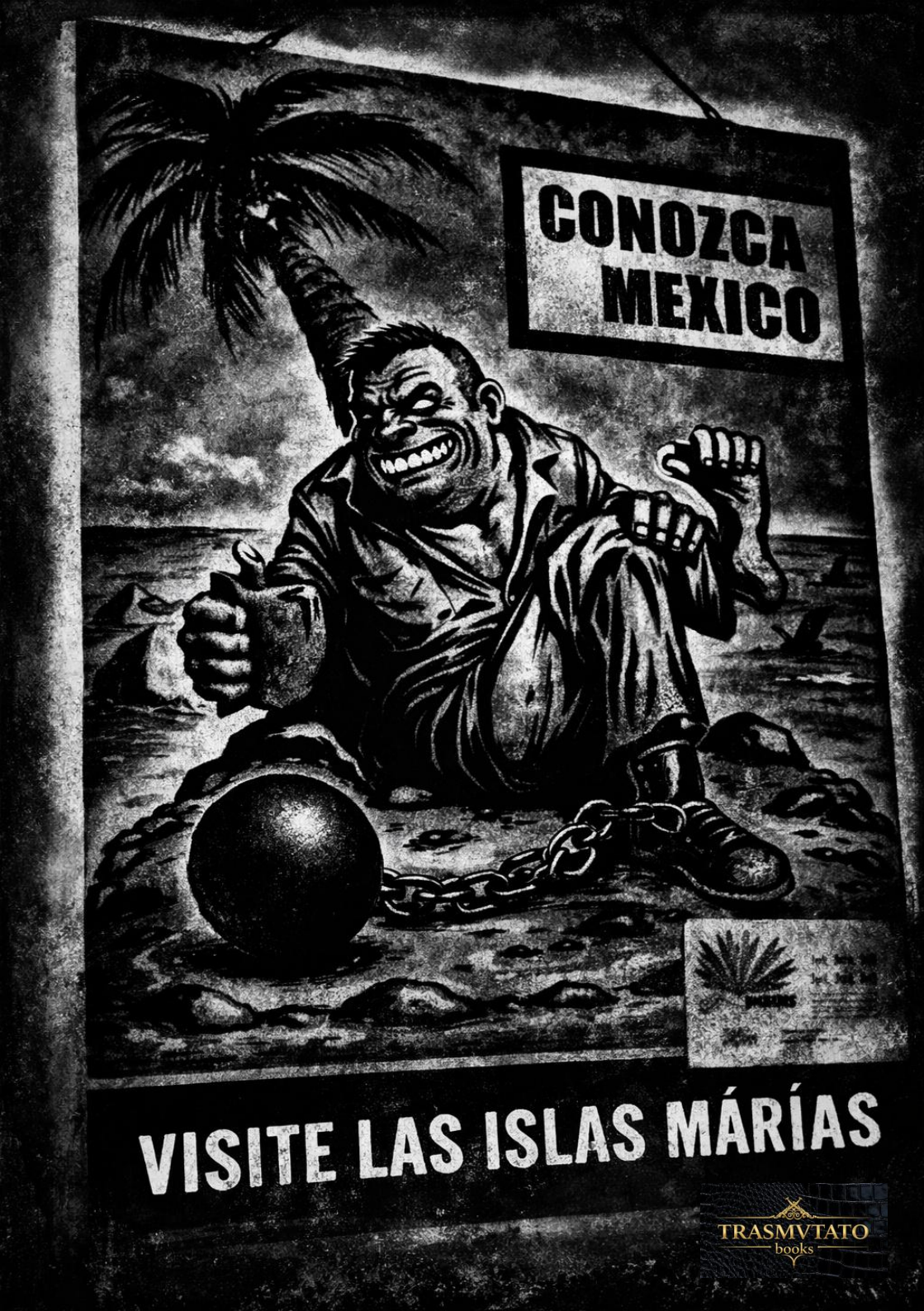
El capítulo también establece un paralelismo deliberado entre Rodrigo Granda y el hijo de don Luciano: ambos llevan el mismo nombre de pila, ambos son hijos de padres ausentes —uno por la violencia, otro por la clandestinidad—, ambos buscan un lugar en el mundo. La diferencia es que uno eligió salvar vidas con el bisturí y el otro está aprendiendo, página a página, a salvar la suya con la escritura. Esa es la apuesta del diario como forma literaria: que escribir no es solo recordar, sino construir una identidad que la violencia no terminó de destruir.

La imagen final —Rodrigo anotando en la agenda negra el nombre de su futuro padrino junto con la enigmática referencia a la fecha de 1776— une dos hilos narrativos que atraviesan la serie: la historia de la familia de Valeria y la historia de la familia de don Luciano. Ambas convergen en Rodrigo, que no es solo un sobreviviente, sino un depositario de memorias que deben ser transmitidas. La clave "El ojo que todo lo ve", asociada a esa fecha, anticipa desarrollos ulteriores de la trama que el lector irá descubriendo; por ahora, basta con saber que Rodrigo ha comenzado a archivar lo que otros quisieran borrar.

La referencia a la Guerra Cristera, al Escuadrón 201 y a la DFS no es decorativa: sitúa al personaje de don Luciano en una genealogía de violencia estatal que

se extiende desde la Revolución Mexicana hasta los años noventa, el momento en que Rodrigo escribe. Su hijo médico es, en ese sentido, una respuesta histórica a esa violencia: no con las armas, sino con la cura. Y Rodrigo, al aceptar ser su ahijado de AA, acepta también esa respuesta como la suya propia. Lo que comenzó en una trinchera —o en un mercado de Oaxaca, o en una correccional de la Ciudad de México— puede, quizás, terminar en una página escrita.

TRASMVTATO
books



TRASMVTATO
books

Epílogo

Nota editorial final Re MiX

No hay cierre posible para una historia que nunca fue una sola.

Lo que aquí termina -si es que algo termina- no es la vida de Rodrigo, ni la del Comanche, ni la de Don Luciano. Tampoco se clausura el archivo. Lo que se agota es, en todo caso, una forma de mirar: una secuencia provisional de fragmentos que intentan dar sentido a una materia que, por naturaleza, se resiste a ser fijada.

Porque este libro no fue escrito para resolver la identidad, sino para exhibir su inestabilidad.

A lo largo de estas páginas, la tensión entre la ley y la sombra se manifestó no como oposición, sino como coreografía: el Estado nombrando, clasificando, registrando… y la vida desbordando, borrando, reinventando. Entre ambos, los cuerpos -los verdaderos territorios- aprendieron a sobrevivir en la grieta.

Rodrigo Granda -o quien haya ocupado ese nombre en cada momento- entendió algo que no se enseña en ninguna institución: que la identidad no es un dato, sino una práctica. No se posee: se ejerce. No se hereda: se negocia. No se garantiza: se arriesga.

Y sin embargo, incluso esa práctica necesita un archivo.

Este libro es ese archivo: incompleto, contradictorio, contaminado. Un archivo que no busca pureza, sino persistencia. Que no aspira a la verdad absoluta, sino a impedir el borrado total. Porque en un país donde la memoria institucional ha sido selectiva, cuando no abiertamente violenta, escribir se convierte en un acto de insurrección silenciosa.

Don Luciano lo sabía: quien no narra su historia termina habitado por la versión de otros.

Por eso, la libreta negra -real o simbólica- atraviesa esta obra como un objeto sagrado. No por lo que contiene, sino por lo que permite: la posibilidad de que lo vivido no se disuelva del todo en el ruido del tiempo.

Pero este archivo no pertenece a quien lo escribió.

Pertenece a quienes lo continúan.

A quienes reconocen en estas páginas una calle, una voz, una pérdida. A quienes entienden que la violencia institucional no es un episodio del pasado, sino una estructura que muta. A quienes han tenido que cambiar de nombre, de piel o de historia para seguir existiendo.

A quienes saben que la memoria no es un refugio, sino un campo de batalla.

En ese sentido, Re MiX de Lecturas Transgresoras no es un libro: es un dispositivo.

Un mecanismo de remezcla donde la historia oficial, la experiencia íntima y la ficción se contaminan deliberadamente. Donde la bibliografía dialoga con el rumor, y el archivo con el deseo. Donde el lector deja de ser espectador para convertirse en cómplice.

Porque leer aquí es intervenir.

Es tomar partido en la disputa entre lo que se registra y lo que se vive. Es decidir qué versiones se conservan y cuáles se dejan caer en el olvido. Es aceptar que toda memoria es, en última instancia, una construcción colectiva o no es nada.

Si algo queda después de este recorrido, no debería ser una conclusión, sino una pregunta:

¿Quién tiene el poder de nombrar -y de borrar- una vida?

Y más aún:

¿qué hacemos con ese poder cuando descubrimos que también nos pertenece?

Este epílogo no cierra la historia.

La desplaza.

La entrega.

La deja en manos de quien la lee, para que la continúe, la contradiga o la rehaga desde su propio archivo.

Porque, como ya se insinuaba desde el inicio: lo que una vez se perdió, no regresa intacto.

Regresa transformado.

Y en esa transformación -imperfecta, fragmentaria, inevitable- reside su única forma de verdad.

Epílogo

Manifiesto de cierre del libro 2 (o de apertura del libro 3)

Este libro no termina aquí.

Se niega a cerrar.

Se rehúsa a convertirse en objeto domesticado, archivado sin riesgo, citado sin consecuencia. Re MiX de Lecturas Transgresoras no fue escrito para ser comprendido del todo, sino para incomodar, desplazar, interferir.

Declaramos:

Que la identidad no es fija.
Que el nombre propio es un campo en disputa.
Que toda biografía es una negociación entre lo que se dice y lo que se oculta.

Declaramos que el archivo miente.
Pero también que sin archivo no hay combate.

Por eso escribimos.

No para ordenar el pasado, sino para sabotear el olvido.
No para estabilizar la memoria, sino para mantenerla en tensión.
No para cerrar heridas, sino para impedir que se vuelvan invisibles.

Aquí, la ley no es neutral.
Nunca lo fue.

La ley clasifica, persigue, borra.
La vida responde: muta, se esconde, reaparece.

En esa fricción habitamos.

Somos -quienes escriben, quienes leen- cuerpos atravesados por esa disputa.
No hay exterior. No hay distancia crítica que nos salve.

Leer este libro no es un acto pasivo.

Es intervenir.

Es aceptar que cada página es una toma de posición.
Que cada silencio también lo es.

Reclamamos el derecho a narrarnos incluso cuando no hay lenguaje suficiente.
Reclamamos el derecho a contradecir nuestras propias versiones.
Reclamamos el derecho a no ser legibles para los sistemas que nos administran.

Porque ser completamente legible es, muchas veces, ser completamente controlable.

Este proyecto no busca verdad única.

Busca fricción.

Busca grietas.

Busca fisuras en el relato dominante donde otras formas de existencia puedan sostenerse, aunque sea de manera precaria, aunque sea por instantes.

Si algo de lo que aquí se dijo incomoda, entonces funciona.

Si algo de lo que aquí se recuerda duele, entonces persiste.

Si algo de lo que aquí se mezcla desordena, entonces abre.

No ofrecemos cierre.

Ofrecemos continuidad.

Este manifiesto no es un final:
es una instrucción.

Toma este archivo.
Intervénlo.
Contradícelo.
Expándelo.

No lo conserves intacto.

Hazlo vivir.

TRASMVTATO
books

Nota editorial final

Re MiX de Lecturas Transgresoras — Libro Dos

Este segundo volumen de Re MiX de Lecturas Transgresoras se cierra como un gesto deliberado de intervención: no busca clausurar un proceso, sino tensarlo hasta el límite de su propia relectura. A partir de las notas de Rodrigo Granda, este libro se configura como una cartografía inestable donde la lectura deja de ser recepción pasiva para devenir acto crítico, montaje y desmontaje simultáneo.

Si el primer libro insinuaba la fisura, este segundo la habita. Aquí, las notas no funcionan como comentario subordinado, sino como dispositivo de reescritura: interrumpen, contaminan y reordenan los textos que atraviesan. En ese sentido, el proyecto asume que toda lectura es ya una forma de traducción infiel, un desplazamiento que produce sentido en el mismo gesto en que lo desestabiliza.

La noción de "Re MiX" se radicaliza: no se trata únicamente de mezclar voces o referencias, sino de exponer los mecanismos mismos de esa mezcla. Las capas de interpretación, las citas fragmentadas, las resonancias teóricas y afectivas construyen un archivo vivo que rehúye la linealidad. El lector -si aún puede llamarse así- es convocado como cómplice, obligado a navegar entre restos, ecos y fracturas.

Este volumen también insiste en una ética: leer desde la transgresión implica asumir la incomodidad, resistirse a la domesticación del sentido y sostener la ambigüedad como campo productivo. Las notas de Granda, lejos de ofrecer respuestas, intensifican las preguntas, desplazan los marcos y abren zonas de indeterminación donde lo político, lo estético y lo corporal se entrelazan.

Cerrar este libro es, entonces, un acto provisional. No hay síntesis ni resolución, sino una invitación a continuar el proceso en otros soportes, otras lecturas, otros cuerpos. Re MiX de Lecturas Transgresoras no concluye: se propaga.

- Equipo editorial

TRASMVTATO
books

TRASMVTATO
books

Glosario — Re MiX de Lecturas Transgresoras (Libro Dos)

Abyección
Categoría teórica que designa aquello expulsado del orden simbólico por resultar perturbador para la constitución del sujeto y de la norma. En el contexto del proyecto, la abyección no se limita a su dimensión excluyente, sino que se reinscribe como un operador crítico que permite visibilizar los límites y tensiones de los sistemas de representación.

Archivo vivo
Concepto que redefine el archivo más allá de su función conservadora, entendiéndolo como un campo dinámico de reactivación, relectura y resignificación. En el Re MiX, el archivo se convierte en materia prima para la intervención, desplazando su estatuto de memoria fija hacia una práctica performativa.

Cuerpo transgresor
Entidad discursiva y material que desafía las normativas biopolíticas, estéticas y de género. No se concibe como una identidad estable, sino como un proceso de inscripción y reinscripción constante en el que se articulan resistencias y nuevas configuraciones de subjetividad.

Desobediencia estética
Práctica crítica que interrumpe los regímenes hegemónicos de visibilidad y representación. Supone no solo la producción de formas alternativas, sino la problematización de los códigos perceptivos que estructuran la experiencia estética.

Dispositivo
Ensamblaje heterogéneo de discursos, instituciones, prácticas y saberes que configuran modos de subjetivación. El proyecto aborda los dispositivos como estructuras susceptibles de ser intervenidas mediante estrategias de desplazamiento, apropiación y reconfiguración.

Ficción crítica

Modalidad discursiva que articula elementos teóricos y narrativos para producir conocimiento. Se distancia de la ficción como mero recurso ilustrativo, operando más bien como un espacio de experimentación conceptual donde se ponen en juego hipótesis sobre lo real.

Fragmento

Unidad textual o visual que, al sustraerse de la totalidad, cuestiona las lógicas de coherencia y clausura. En el Re MiX, el fragmento funciona como metodología, privilegiando la discontinuidad como forma de pensamiento.

Hibridación

Proceso de cruce e intersección entre distintos lenguajes, registros y formas culturales. Lejos de aspirar a una síntesis armónica, la hibridación en este contexto enfatiza la fricción y la inestabilidad como condiciones productivas.

Intertextualidad

Relación constitutiva entre textos que excede la mera referencia o cita. En el proyecto, la intertextualidad se manifiesta como una práctica de colisión y reconfiguración semántica que desestabiliza los sentidos originales.

Lectura transgresora

Práctica interpretativa que desarticula los significados dominantes y propone nuevas configuraciones de sentido. No se limita a la exégesis, sino que implica una intervención activa sobre el texto y sus condiciones de posibilidad.

Liminalidad

Condición de umbral en la que las categorías establecidas se suspenden o se vuelven inestables. Este concepto permite pensar los espacios de tránsito donde emergen formas alternativas de subjetividad y significación.

Mutación simbólica

Proceso mediante el cual los significados se transforman a partir de su desplazamiento contextual. En el Re MiX, esta mutación es resultado de operaciones de recombinación que alteran las estructuras semióticas preexistentes.

Poética del exceso

Estrategia estética caracterizada por la saturación, la proliferación y el desborde de formas y significados. El exceso se configura como un recurso crítico que pone en crisis los principios de economía y contención propios de los discursos normativos.

Re MiX

Operación metodológica central que consiste en la recombinación, apropiación y resignificación de materiales culturales. No se limita a la edición o montaje, sino que implica una rearticulación crítica de los sistemas de sentido.

Subjetividad disidente

Configuración del sujeto que se produce en tensión con las normativas sociales, culturales y políticas dominantes. Se entiende como un proceso dinámico, resultado de prácticas de resistencia y autoinscripción.

Transgresión

Acción de atravesar o desbordar límites normativos. En el marco del proyecto, la transgresión no se concibe como un gesto aislado, sino como una práctica sostenida que permite la producción de conocimiento crítico.

Violencia simbólica

Mecanismo de imposición de significados que opera de manera naturalizada, reproduciendo relaciones de poder. El Re MiX busca desarticular estos mecanismos mediante estrategias de visibilización y resignificación.

SIN & WITH VODKA
Slip + Fall
TRASMVTATO
books

Guía individualizada de personajes. Re MiX de Lecturas Transgresoras. Libro II

1. Valeria

Tipo: Sujeto transgresor / eje articulador

Descripción:
Figura central con alta densidad narrativa. Su presencia está marcada por una **conciencia fragmentada**, atravesada por memoria, deseo y conflicto identitario.

Rasgos clave:

- Intensidad emocional y reflexiva
- Relación conflictiva con su propio cuerpo
- Capacidad de desplazarse entre registros (íntimo / crítico / performativo)

Función narrativa:

- Eje de experiencia subjetiva
- Punto de entrada del lector al universo transgresor
- Articuladora de relaciones entre personajes

Ejes simbólicos:

- Identidad en crisis
- Cuerpo como territorio de disputa
- Deseo como fuerza ambivalente

Relaciones:

- Con Jennifer: tensión afectiva / espejo emocional
- Con Comanche: fricción entre vulnerabilidad y violencia
- Con Dorian: vínculo intelectualizado o reflexivo

2. Jennifer

Tipo: Doble especular / cuerpo performativo

Descripción:
Personaje que opera como **reflejo y distorsión** de otras identidades, especialmente de Valeria.

Rasgos clave:

- Fuerte carga corporal y estética
- Ambigüedad entre autenticidad y performance
- Presencia magnética pero inestable

Función narrativa:

- Activar tensiones afectivas y sexuales
- Desestabilizar identidades fijas
- Introducir la dimensión performativa del yo

Ejes simbólicos:

- Simulación vs. verdad
- Erotización del cuerpo
- Identidad como puesta en escena

Relaciones:

- Con Valeria: relación de espejo (deseo / rechazo)
- Con el entorno: objeto de mirada y juicio

3. Comanche

Tipo: Agente liminal / figura de violencia estructural

Descripción:
Presencia fuerte, casi arquetípica. Representa una **masculinidad desbordada**, cercana a lo instintivo y lo territorial.

Rasgos clave:

- Corporalidad dominante
- Violencia latente o explícita
- Relación con lo marginal

Función narrativa:

- Introducir conflicto físico y simbólico
- Encarnar estructuras de poder encarnadas
- Tensionar el espacio narrativo

Ejes simbólicos:

- Violencia estructural
- Masculinidad hegemónica en crisis
- Animalidad vs. cultura

Relaciones:

- Con Valeria: tensión entre atracción y peligro
- Con otros personajes: imposición o amenaza

4. Nastya

Tipo: Figura desplazada / identidad migrante

Descripción:
Personaje marcado por el **extrañamiento cultural y afectivo**. Su presencia introduce una dimensión transnacional.

Rasgos clave:

- Desarraigo
- Sensibilidad contenida
- Observación crítica del entorno

Función narrativa:

- Expandir el campo geopolítico del relato
- Introducir la otredad desde dentro
- Descentrar la mirada dominante

Ejes simbólicos:

- Migración
- Identidad fragmentada
- Traducción cultural

Relaciones:

- Con otros personajes: distancia emocional / observación
- Con el entorno: tensión constante de pertenencia

5. Dorian

Tipo: Intelectual / mediador discursivo

Descripción:
Figura que introduce un nivel de **reflexividad teórica o estética** dentro del relato.

Rasgos clave:

- Discurso elaborado
- Distanciamiento emocional relativo
- Capacidad analítica

Función narrativa:

- Interpretar (o problematizar) los acontecimientos
- Servir como puente entre experiencia y teoría
- Complejizar la lectura del texto

Ejes simbólicos:

- Razón vs. cuerpo
- Estética y representación
- Observador implicado

Relaciones:

- Con Valeria: diálogo entre experiencia y reflexión
- Con el relato: meta-narratividad

6. Don Luciano

Tipo: Antagonista estructural / figura de autoridad

Descripción:
Representa una **forma de poder institucional o tradicional**, más simbólica que individual.

Rasgos clave:

- Autoridad implícita
- Peso histórico
- Relación con normas y jerarquías

Función narrativa:

- Encarnar estructuras de control
- Generar oposición al cambio
- Dar contexto socio-cultural

Ejes simbólicos:

- Tradición
- Poder patriarcal
- Orden vs. transgresión

Relaciones:

- Con personajes transgresores: conflicto ideológico
- Con el sistema: continuidad

7. Diana

Tipo: Figura de tensión afectiva

Descripción:
Personaje que articula vínculos emocionales desde una posición menos radical, pero no pasiva.

Rasgos clave:

- Sensibilidad emocional
- Ambivalencia
- Posición intermedia

Función narrativa:

- Humanizar conflictos
- Introducir matices afectivos
- Evitar polarizaciones extremas

Ejes simbólicos:

- Afecto
- Duda
- Relación vs. autonomía

8. Philippe

Tipo: Figura externa / mirada extranjera

Descripción:
Introduce una perspectiva **exógena**, a menudo asociada a lo cultural o intelectual.

Rasgos clave:

- Distancia analítica
- Curiosidad
- Posible exotización del entorno

Función narrativa:

- Reencuadrar lo local desde fuera
- Generar contraste cultural
- Activar lectura crítica

Ejes simbólicos:

- Mirada colonial / poscolonial
- Traducción cultural
- Alteridad

9. Loquillo

Tipo: Figura marginal / disruptiva

Descripción:
Personaje que encarna lo **caótico, lo impredecible y lo excedente**.

Rasgos clave:

- Conducta errática
- Energía disruptiva
- Ambigüedad entre lucidez y delirio

Función narrativa:

- Romper continuidad narrativa
- Introducir ruido y exceso
- Cuestionar la lógica racional

Ejes simbólicos:

- Locura
- Marginalidad
- Subversión del sentido

Conclusión operativa

En conjunto, los personajes no funcionan como identidades cerradas, sino como:

- **Nodos de una red afectiva y política**
- **Superficies de inscripción del cuerpo y el lenguaje**
- **Vectores de tensión entre norma y transgresión**

Guía de Personajes

Re MiX de Lecturas Transgresoras. Libro II

(a partir de las notas de Rodrigo Granda)

1. Consideraciones generales

Los personajes en *Re MiX de Lecturas Transgresoras. Libro II* no operan únicamente como entidades narrativas tradicionales, sino como **dispositivos semióticos híbridos**, atravesados por:

- La reescritura intertextual
- La performatividad de género, cuerpo y lenguaje
- La tensión entre archivo, memoria y ficción
- La transgresión de categorías identitarias estables

En este sentido, cada personaje debe leerse en al menos tres niveles:

1. **Narrativo** (rol dentro del relato)
2. **Simbólico** (qué representa)
3. **Crítico** (qué problematiza dentro del proyecto Re MiX)

2. Tipologías de personajes

2.1. El sujeto transgresor

Figura central del proyecto.

Características:

- Identidad mutable o en tránsito
- Cuerpo como campo de inscripción política
- Ruptura con normativas (género, moral, lenguaje)
- Oscilación entre agencia y vulnerabilidad

Función:

- Encarnar la disidencia
- Desestabilizar categorías hegemónicas

- Activar la lectura crítica del espectador / lector

2.2. La figura mitificada reconfigurada

Personajes que provienen de imaginarios clásicos (mitológicos, religiosos, culturales), pero son reescritos.

Características:

- Hibridación (humano/animal/divino/tecnológico)
- Erotización o desacralización del mito
- Reapropiación desde perspectivas disidentes

Función:

- Desmontar narrativas tradicionales
- Evidenciar la historicidad de los símbolos
- Generar fricción entre lo sagrado y lo corporal

2.3. El cuerpo como archivo

Personajes cuyo cuerpo funciona como depósito de memoria.

Características:

- Marcas, cicatrices, mutaciones
- Inscripción de historia personal/colectiva
- Materialidad explícita (piel, textura, transformación)

Función:

- Convertir el cuerpo en texto
- Articular memoria y violencia
- Producir lectura desde lo sensorial

2.4. El agente liminal

Figura situada entre categorías.

Características:

- Ambigüedad ontológica

- Existencia entre mundos (real/ficcional, humano/no humano)
- Inestabilidad narrativa

Función:

- Desbordar dicotomías
- Introducir zonas de indeterminación
- Cuestionar la lógica binaria

2.5. El antagonista estructural

No siempre es un personaje individual, sino una fuerza.

Características:

- Representa norma, sistema o poder
- Puede ser difuso o institucional
- A veces internalizado por otros personajes

Función:

- Generar conflicto
- Representar estructuras de control
- Activar procesos de resistencia

3. Ejes de construcción de personajes

3.1. Corporalidad

El cuerpo no es accesorio: es núcleo narrativo.

- Cuerpos mutantes
- Cuerpos erotizados y politizados
- Cuerpos como territorio de disputa

3.2. Identidad

No hay identidades fijas.

- Identidad como proceso
- Fragmentación del yo
- Multiplicidad de registros (visual, textual, simbólico)

3.3. Lenguaje

Los personajes también existen en cómo hablan o son narrados.

- Lenguaje híbrido (poético, técnico, visual)
- Ruptura sintáctica
- Intertextualidad constante

3.4. Poder y resistencia

Cada personaje se posiciona frente al poder.

- Sumisión / resistencia / negociación
- Internalización de normas
- Subversión performativa

4. Relaciones entre personajes

Las relaciones no son lineales, sino **redes de tensión**:

- **Fusión**: personajes que se mezclan simbólicamente
- **Espejo**: duplicidades o reflejos identitarios
- **Conflicto corporal**: disputa inscrita en el cuerpo
- **Coexistencia inestable**: relaciones sin resolución

5. Estrategias de representación

Los personajes se construyen mediante:

- Estética visual intensificada (detallismo, textura, simbolismo)
- Referencias cruzadas (mitología, cultura pop, teoría crítica)
- Ambigüedad narrativa (no cierre interpretativo)

6. Lectura crítica

En conjunto, los personajes de *Re MiX de Lecturas Transgresoras. Libro II* operan como:

- **Máquinas de significación** más que individuos

- **Interfaces entre discurso y cuerpo**
- **Plataformas de crítica cultural**

No buscan identificación empática tradicional, sino **provocar, incomodar y reconfigurar la mirada.**

Bibliografía General

Re MiX de Lecturas Transgresoras.

En base a las notas de Rodrigo Granda.

Libro dos.

Para nuestro colectivo, levantar y desarmar una **bibliografía sólida y verosímil** no es un ejercicio académico, sino un gesto de revelación: demostrar que *Rodrigo Granda no es protagonista, sino eje articulador de una historia negra y oculta de México.* Para ello, remezclamos fuentes de historia, narcotráfico, insurgencia, geopolítica y pensamiento crítico. Por respeto a los grupos y personas aludidos, los nombres y lugares han sido alterados como parte de la propia narrativa.

Historia, poder y estructuras ocultas en México

- Carlos Monsiváis - *Los rituales del caos.* México: Era, 1995.
- Elena Poniatowska - *La noche de Tlatelolco.* México: Era, 1971.
- Friedrich Katz - *La guerra secreta en México.* México: Era, 1981.
- Adolfo Gilly - *La revolución interrumpida.* México: Era, 1971.

Narcotráfico, crimen organizado y Estado

- Anabel Hernández - *Los señores del narco*. México: Grijalbo, 2010.
- Oswaldo Zavala - *Los cárteles no existen*. México: Malpaso, 2018.
- Diego Enrique Osorno - *El cártel de Sinaloa*. México: Grijalbo, 2009.
- Ioan Grillo - *El narco: en el corazón de la insurgencia criminal mexicana*. México: Tendencias, 2012.

Insurgencia, guerrilla y geopolítica latinoamericana

- Jon Lee Anderson - *Che Guevara: Una vida revolucionaria*. Nueva York: Grove Press, 1997.
- Eduardo Galeano - *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI, 1971.
- Regis Debray - *Revolución en la revolución?*. México: Era, 1967.

Teoría crítica, poder y narrativas ocultas

- Michel Foucault - *Vigilar y castigar*. París: Gallimard, 1975.
- Giorgio Agamben - *Estado de excepción*. Valencia: Pre-Textos, 2004.
- Achille Mbembe - *Necropolítica*. Madrid: Melusina, 2011.

Contracultura, disidencia y lecturas transgresoras

- Roberto Bolaño - *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- William S. Burroughs - *El almuerzo desnudo*. París: Olympia Press, 1959.
- Hakim Bey - *TAZ: Zona Temporalmente Autónoma*. Nueva York: Autonomedia, 1991.

Documentos, archivos y fuentes hemerográficas

- Archivos de la Secretaría de Gobernación (desclasificados).
- Informes de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.
- Hemeroteca de La Jornada y Proceso.

Nota conceptual

Esta bibliografía no busca validar una narrativa única, sino abrir múltiples capas de lectura donde figuras como Rodrigo Granda operan como nodos dentro de redes más amplias de poder, insurgencia y violencia estructural.

Bibliografía

Referencias en formato APA 7.ª edición

Aguilar Camín, H. (1990). *Después del milagro*. Cal y Arena.

Aguilar Camín, H., y Meyer, L. (1993). *A la sombra de la Revolución Mexicana*. Cal y Arena.

Aguayo, S. (2001). *La charola: Una historia de los servicios de inteligencia en México*. Grijalbo.

Albornoz, M. (1998). *La comunidad argentina en México*. Siglo XXI.

Astorga, L. (1995). *Mitología del narcotraficante en México*. Plaza y Valdés.

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres: Las prácticas clientelistas del peronismo*. Manantial.

Bartra, R. (2002). *La sangre y la tinta: Ensayos sobre la condición postmexicana*. Océano.

Bartra, R. (2007). *Fango sobre la democracia*. Debate.

Bourdieu, P. (2013). *La nobleza de Estado: Grandes escuelas y espíritu de cuerpo*. Siglo XXI. (Obra original publicada en 1989)

Brading, D. A. (1994). *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*. Fondo de Cultura Económica.

Butler, M. (2004). *Popular piety and political identity in Mexico's Cristero Rebellion*. Oxford University Press.

Camp, R. A. (1996). *Politics in Mexico: The decline of authoritarianism* (3.ª ed.). Oxford University Press.

Careaga, G. (1996). *Mitos y fantasías de la clase media en México.* Océano.

Castells, M. (1998). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura: Vol. II. El poder de la identidad.* Alianza Editorial.

Castillo García, G. (1994). *Los cárteles de la droga: Radiografía del narcotráfico en México.* Planeta.

Castillo, J. (1995). *La Merced: Estampas de un barrio.* INBA.

Cosío Villegas, D. (1972). *Historia moderna de México.* Hermes.

Davis, D. E. (1994). *Urban leviathan: Mexico City in the twentieth century.* Temple University Press.

De la Peña, G., y Lomnitz, L. (1987). *La nueva clase urbana en México.* El Colegio de México.

Ellis, M. (2002). *The Mexican Air Force in World War II: The 201st Fighter Squadron.* Air Force History and Museums Program.

Fábregas Puig, A. (1992). *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco.* CIESAS.

Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI.

García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad.* Grijalbo/CNCA.

García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos: Conflictos multiculturales de la globalización.* Grijalbo.

Goffman, E. (1994). *La presentación de la persona en la vida cotidiana.* Amorrortu. (Obra original publicada en 1959)

Gojman de Backal, A. (1995). *La comunidad judía en México.* Tribuna Israelita.

Gómez Mont, T. (1997). *El Tratado de Libre Comercio: Balance y perspectivas.* Fondo de Cultura Económica.

González de la Rocha, M. (1994). *The resources of poverty: Women and survival in a Mexican city.* Blackwell.

González, F. (2008). *La guerra cristera en el centro de México.* El Colegio de Michoacán.

Guénon, R. (1962). *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada.* Eudeba.

Gutiérrez, E. (1995). *El crimen organizado en México: Historia y presente.* Ediciones Era.

Gutiérrez, R. (2000). *La contrainsurgencia en México.* ERA.

Hamnett, B. R. (1994). *Juárez.* Longman.

Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo.* Akal.

Hebb, D. O. (1949). *The organization of behavior: A neuropsychological theory.* Wiley & Sons.

Katz, F. (1998). *The life and times of Pancho Villa.* Stanford University Press.

Keyes, D. (1966). *Flowers for Algernon.* Harcourt, Brace & World.

Knight, A. (1986). *The Mexican Revolution* (Vols. 1–2). Cambridge University Press.

Krauze, E. (1997). *Siglo de caudillos: Biografía política de México (1810–1910).* Tusquets.

La Maldita Vecindad y los Hijos del Quinto Patio. (1991). Pachuco [Canción]. En *El circo* [Álbum].

BMG/Ariola.

Le Guin, U. K. (1969). *The left hand of darkness.* Ace Books.

Lomnitz, C. (2005). *Death and the idea of Mexico.* Zone Books.

Lomnitz, C. (1995). *Las salidas del laberinto: Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano.* Joaquín Mortiz/Planeta.

Lomnitz, L. A. (1994). *Redes sociales, cultura y poder: Ensayos de antropología latinoamericana.* FLACSO/Miguel Ángel Porrúa.

McLean Hospital. (1994). *Annual report on addiction treatment programs.* Harvard Medical School Affiliates.

Meyer, J. (1976). *La Cristiada.* Siglo XXI Editores.

Monsiváis, C. (1995). *Los rituales del caos.* Ediciones Era.

Monsiváis, C. (2000). *Aires de familia: Cultura y sociedad en América Latina.* Anagrama.

Montemayor, C. (2007). *La guerrilla recurrente.* Debate.

Olvera, A. J. (Ed.). (1999). *La sociedad civil: De la teoría a la realidad.* El Colegio de México.

Paz, O. (1993). *El laberinto de la soledad.* Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1950)

Pimentel, L. A. (1998). *El relato en perspectiva: Estudio de teoría narrativa.* Siglo XXI/UNAM.

Poniatowska, E. (1994). *Luz y luna, las lunitas.* Ediciones Era.

Poniatowska, E. (1999). *Las mil y una... (la herida de Paulina).* Plaza & Janés.

Raphael de la Madrid, R. (1997). *México: El peso de la deuda social.* Cal y Arena.

Reguillo, R. (1995). *En la calle otra vez: Las bandas, identidad urbana y usos de la comunicación.* ITESO.

Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro* (A. Neira Calvo, Trad.). Siglo XXI. (Obra original publicada en 1990)

Riding, A. (1984). *Vecinos distantes: Un retrato de los mexicanos.* Joaquín Mortiz.

Ross, J. (1995). *The annexation of Mexico: From the Aztecs to the IMF.* Common Courage Press.

Rubin, J. W. (1997). *Decentering the regime: Ethnicity, radicalism, and democracy in Juchitán, Mexico.* Duke University Press.

Sassen, S. (1991). *The global city: New York, London, Tokyo.* Princeton University Press.

Secretaría de Gobernación. (1985). *Informe sobre los daños del sismo del 19 de septiembre de 1985 en el Distrito Federal.* Gobierno de México.

Semo, E. (1993). *México: Un pueblo en la historia.* Alianza Editorial.

Servín, E., Reina, L., y Tutino, J. (Coords.). (2007). *Cycles of conflict, centuries of change: Crisis, reform, and revolution in Mexico.* Duke University Press.

Sierra, J. (2004). *Evolución política del pueblo mexicano.* Porrúa.

Tenorio-Trillo, M. (2012). *I speak of the city: Mexico City at the turn of the twentieth century.* University of Chicago Press.

Toro, M. C. (1995). *Mexico's 'war' on drugs: Causes and consequences.* Lynne Rienner Publishers.

Tsiolkovsky, K. (1965). *Works on astronautics.* Nauka.

Vallée, J. (1969). *Passport to Magonia: From folklore to flying saucers.* Henry Regnery Company.

Vaughan, M. K. (1997). *Cultural politics in revolution: Teachers, peasants, and schools in Mexico, 1930–1940.* University of Arizona Press.

Verbitsky, H. (1995). *El vuelo.* Planeta.

Vila, P. (2000). *Crossing borders, reinforcing borders: Social categories, metaphors, and narrative identities on the U.S.-Mexico frontier.* University of Texas Press.

Volkov, V. (2002). *Violent entrepreneurs: The use of force in the making of Russian capitalism.* Cornell University Press.

Walker, L. E. (1980). *The battered woman.* Harper & Row.

Wolf, E. R. (1987). *Europa y la gente sin historia.* Fondo de Cultura Económica.

Zermeño, S. (1996). *La sociedad derrotada: El desorden mexicano del fin de siglo.* Siglo XXI/UNAM.

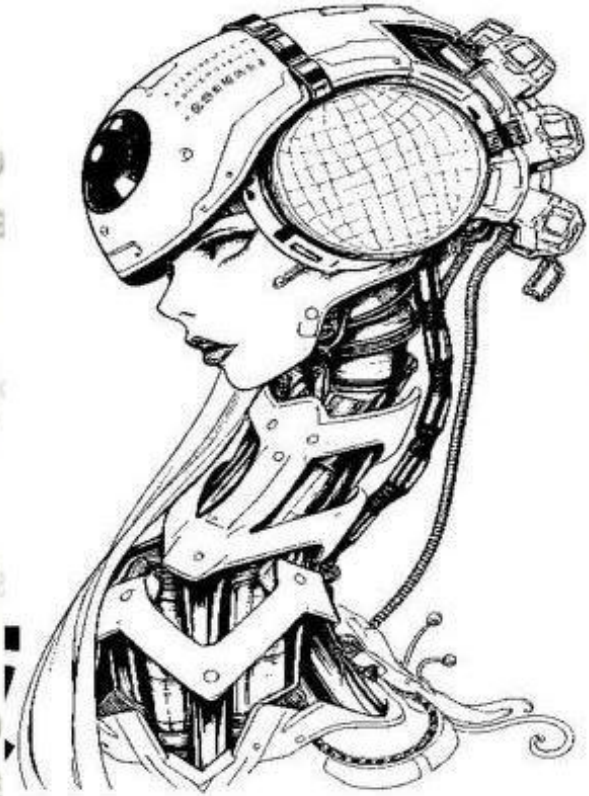
Zolov, E. (1999). *Refried Elvis: The rise of the Mexican counterculture.* University of California Press.

Ex Typographia Phaneinthymos

Luna de Sangre. 3 de marzo, 2026; Año de las 13 Lunas Llenas

LECTURAS TRANSGRESORAS
ReMiX
Consuetudinario ≠ Transcripciones
Rodrigo Granda
Remezclado por Inna-Neva, Solroly, Viv y Xi-Mena
LECTURAS TRANSGRESORAS
ReMiX
Consuetudinario ≠ Transcripciones
Rodrigo Granda
Remezclado por Inna-Neva, Solroly, Viv y Xi-Mena

333
Personal Library
Rodrigo Granda



A family archive reborn.

Curated with love by Sokoły Granda Ananeva, this collection preserves the voice, images, and legacy of Rodrigo Granda. Memory becomes future.

"What was once lost now breathes again — through the eyes of a daughter, memory returns as light."

REMIX DE LECTURAS TRANSGRESORAS

En base a las notas de Rodrigo Granda

Libro dos

LA MEMORIA NO ES UN ARCHIVO: ES UN CAMPO DE BATALLA.

En este segundo volumen, las notas de Rodrigo Granda se expanden entre la ley y la sombra, donde identidad, deseo, poder y traición revelan las grietas del México de los noventa. Un descenso crudo y necesario a los territorios donde la historia personal se funde con la historia colectiva.

Testimonio, ficción y archivo se mezclan en una narrativa poderosa.

Personajes que viven al filo entre la lealtad, el peligro y la redención.

Una relectura crítica de la violencia, el poder y la memoria en México.

"Leer este libro es aceptar la fragmentación.
Es escuchar lo que no fue dicho.
Es habitar la grieta entre lo que somos
y lo que nos nombraron."

CONTENIDO Y ADVERTENCIA

Este libro aborda violencia institucional, encierro, consumo de sustancias, erotismo explícito, abuso, trauma psicológico, suicidio, corrupción y crimen.

Se recomienda una lectura atenta y consciente.

Una obra de memoria histórica y crítica social.
No apología. Solo verdad.

TRASMVTATO books

Curado con amor por *Sokoly Granda*, este proyecto preserva la voz, las imágenes y el legado de Rodrigo Granda. La memoria se transforma en futuro.

Licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0
Libre para copiar, compartir y transformar con atribución.
No uso comercial. Distribuir igual.

trasmvtato books
archive.org/details/@rodrigo_granda887